

LA CREACIÓN DE DIOS
(Explorando el relato del Génesis)
Randall W. Younker

La mayor parte de este librito se ocupa de la creación original de la Tierra. Aunque destacamos la importancia de reconocer a Dios como nuestro Creador, es importante recordar que nuestro planeta está afectado por el pecado, y que de ningún modo refleja el modo de vida divino para la humanidad. Por lo tanto, se nos plantea el desafío de esperar una nueva creación.

Jesús animó a sus discípulos por medio de un cuadro tangible de la recompensa celestial que aguarda a los fieles, y Dios espera que la promesa de gozos futuros nos ayude a alejarnos del mundo de pecado que ahora habitamos. ¿Nos propondremos perseverar hasta el final para hacer nuestra esta bienaventurada esperanza?

Título del original: *God's Creation, Exploring the Genesis Story*
Propiedad de Pacific Press Publishing Association, 1998.

CONTENIDO

1. Dios el Creador
2. Los dos libros de Dios: Las escrituras y la naturaleza
3. Pero, ¿ocurrió eso realmente?
4. La creación en seis días
5. Una creación reciente
6. Una mirada más de cerca al relato de la creación: ¿Hay contradicciones entre Génesis 1 y 2?
7. El paraíso perdido: El impacto de la caída sobre la creación
8. ¿Muerte antes del pecado?
9. La creación y el diluvio
10. El Diseñador maestro
11. El poder de Dios en la naturaleza
12. El sábado y la redención en la creación
13. La re-creación de Dios: La Tierra hecha nueva

CAPÍTULO 1

DIOS EL CREADOR

Dios existe

La Biblia, por supuesto, da por sentada la existencia de Dios. Como lo afirman Salmos 14:1 y 53:1: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios”. El erudito bíblico John Scullion nota que los escritores bíblicos no demuestran la existencia de Dios científicamente para el hombre de ciencia, el filósofo o el historiador modernos. Ellos saben por experiencia que Dios existe. Indican que Dios inicia, sostiene y gobierna el Universo, y que dirige la historia, y están convencidos de ello. No conocen a un Dios inerte.

A pesar de la confianza de los escritores bíblicos originales, los filósofos y teólogos que los han seguido han mantenido un debate prolongado acerca de si Dios existe o no. Un viaje a una biblioteca universitaria revelaría numerosos tomos sobre el tema, con argumentos que marean y que se usan para defender los puntos de vista respectivos. Está mucho más allá de los límites de este librito tratar todos los argumentos que se han presentado. Aunque ésta no sea una prueba concluyente y decisiva, es interesante notar que el número de encuestas hechas al público en los Estados Unidos revela que la mayoría cree que Dios realmente existe y tiene alguna responsabilidad en el origen de la vida. Los que argumentan en favor de la existencia de Dios, generalmente señalan la evidencia tanto de la naturaleza como de las Escrituras.

Obviamente, los que usan la Biblia como apoyo para la existencia de Dios ya dan por sentada la existencia de Dios, y también suponen que el oyente acepta la Biblia como dotada de autoridad de una u otra manera. Aceptan la Biblia como autoritativa porque creen que la Biblia es la Palabra de Dios, es decir, una comunicación o revelación de Dios; entonces, para ellos, Dios necesariamente existe.

El desafío mayor es, por supuesto, convencer a quienes no aceptan *a priori* (de antemano) la Biblia como la Palabra Dios. Para estas personas, se han usado a veces diversos argumentos *filosóficos* para convencerlos de la existencia de Dios. Aun la Biblia parece reconocer la validez de los argumentos no bíblicos en favor de la existencia de Dios (por ejemplo, Rom. 1:18-20; 2:14). Un argumento filosófico que ha estado recibiendo atención creciente es el argumento del diseño. Este argumento ha recibido atención, especialmente, de parte de los físicos y cosmólogos (consideraremos más este aspecto en el cap. 10). Los que miran con escepticismo este enfoque, comenzando con el filósofo escocés David Hume, han sido rápidos en señalar que la evidencia del diseño no apunta necesariamente al Dios de la tradición judeo-cristiana derivada de la Biblia, y debemos admitir, por supuesto, que eso es cierto. El argumento del diseño sólo señala la necesidad de un Maestro diseñador. Con el fin de demostrar que este Diseñador es el Dios de la Biblia, es necesario volverse a argumentos filosóficos que han sido planteados por los apologistas y los filósofos cristianos tales como C. S. Lewis (ver su libro *Mere Christianity*) o Alan Plantanga. Los adventistas, por supuesto, creen en la Biblia, de modo que si queremos saber más acerca de nuestro Creador, tenemos el privilegio de penetrar en lo que el Diseñador ha revelado acerca de sí mismo en las Escrituras.

Dios es el Creador de todo

Un hecho acerca del Dios de la Biblia que era claro para los antiguos hebreos era que su Dios (llamado Yahvé) era el creador de todo, tanto lo viviente como lo no viviente. Numerosas veces se describe esto de diversas maneras para asegurarse de que no haya dudas. La primera declaración aparece en el primer versículo de la Biblia: “En el

principio creó Dios...” En este pasaje el autor del Génesis claramente presenta a Dios como activo *antes* de la creación. En realidad, la idea de la eternidad de Dios en parte refuerza la idea de que Dios es el Creador de todo porque no había nada antes de Dios. Dios es antes de todas las cosas, y por eso es el originador de todas las cosas. La naturaleza eterna de Dios es afirmada por el salmista en Salmos 90:2, donde describe a Dios como “desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”.

En los tiempos bíblicos, por supuesto, cada pueblo sostenía tener su propio dios o dioses (Miq. 4:5). La afirmación de que el Dios de Israel era un Dios eterno, ciertamente era una manera en que los escritores bíblicos intentaban negar la legitimidad de las pretensiones rivales a la divinidad que los demás pueblos pudieran presentar en favor de sus propios “dioses”. A los ojos de los antiguos hebreos temerosos de Dios, no había otro Dios fuera de YHWH (Isa. 45:14-25). Aunque YHWH (Yahvé) era el Dios de Israel, también era el Dios del mundo entero porque era él quien había hecho todas las cosas. El desafío ante los escritores bíblicos era afirmar las características divinas de Yahvé como Dios, sin presentar comparaciones con las falsas deidades de los pueblos vecinos y así, en forma inadvertida, dar legitimidad a la idea de que esas deidades eran reales.

Si los autores bíblicos deseaban mostrar la superioridad de Yahvé sobre los otros supuestos dioses sin realmente reconocer su existencia, podían elaborar un pasaje literario que describiera a Yahvé conquistando a esas entidades en forma similar a como los dioses falsos batallaban entre sí y se conquistaban los unos a los otros. Sin embargo, los escritores bíblicos evitaron cuidadosamente emplear algún nombre propio o terminología que pudiera igualarse plenamente con los nombres que se usaban en los relatos de los conflictos divinos que circulaban entre los vecinos de Israel. Esta práctica está ilustrada en forma muy clara en el informe de la creación del sol y de la luna registrado en Génesis 1. El autor del Génesis quería mostrar que el Dios bíblico era el Creador del sol. Sin embargo, la palabra semítica corriente para “sol” también era el nombre divino comúnmente empleado para los dioses extranjeros. El escritor del Génesis, naturalmente, quería estar seguro de que de ningún modo el sol pudiera presentarse como un dios extranjero o falso. Por esta razón, el informe de la creación en Génesis 1 deliberadamente evita usar el término hebreo corriente para “sol” (*shemesh*) y “luna” (*yareah, lebanah*). Más bien, se usaron los términos “lumbreira” mayor y menor (v. 16).

Al negar los nombres propios a estas entidades, el escritor muestra que el sol y la luna son meramente objetos creados y no deidades cósmicas dignas de ser adoradas. Una práctica similar puede observarse en algunos de los salmos. Aquí se describe cómo Yahvé “divide” el mar con su poder y quiebra las cabezas de Rahab o Leviatán (poderosas criaturas marinas). Algunos eruditos han pensado que la Biblia está adaptando sencillamente la historia de la creación de Mesopotamia en la que el dios Marduk crea el cielo y la Tierra partiendo el cuerpo de la diosa del mar, Tiamat. Sin embargo, W. G. Lambert nota que al crear el cielo y la Tierra dividiendo al dios en una batalla es realmente algo peculiar de la historia mesopotámica, el *Enuma Elish*, y que una lectura cuidadosa del informe de la creación en Génesis, donde se crean el cielo y la Tierra por la división de las aguas, no contiene ningún indicio de una batalla. Además, acerca de las alusiones poéticas al registro de la creación en Salmos 74:13, hay alguna discusión de si la palabra “dividiste” está traducida adecuadamente. Una palabra relacionada con ésta, en el árabe, indica que el texto podría igualmente traducirse como: “Pusiste el mar en conmoción”.

De este modo, en este salmo, así como en Génesis, no se usa ningún nombre propio que pudiera sugerir que Dios está luchando con otras deidades. Más bien, estas

entidades son privadas de personalidad (o “de-deificadas”) de modo que aparezcan puramente como fenómenos naturales. Por ello, el efecto neto es un cuadro que muestra sencillamente el control y dominio de Dios sobre todos los poderes de la naturaleza.

Sin embargo, los escritores bíblicos no siempre negaron talmente la existencia de dioses falsos. El concepto de un verso politeísta prevalecía tanto, que “por razón del argumento” los autores bíblicos “permitían” la existencia de los dioses en los pasajes literarios (textos que no tenían la intención de ser entendidos en un sentido directo y literal), a fin de que Yahvé pudiera derrotarlos. Yahvé conquista y destruye las cabezas del monstruo mítico Leviatán, o Rahab, en la creación, de acuerdo con Salmos 74:12-17; 89:9-14. Yahvé justifica su señorío al rechazar y subyugar los ríos primitivos y rebeldes (*nahar*) (Sal. 93:1, 3, 4; 98:6-8). Pero en el registro de la creación en Génesis 1 no hay indicios de una batalla contra otras deidades. Cualquier referencia a tal batalla implicaría que Dios no era el Creador de todo.

En última instancia, sin embargo, los dioses extraños eran descartados burlescamente por lo que eran, nada más que objetos de metal, piedra, madera, que no sabían, escuchaban ni podían hacer nada (Isa. 40:19, 20). Hablando de ídolos de madera, Isaías dice: “No saben ni entienden; porque cerrados están sus ojos para no ver, y su corazón para no entender” (Isa. 44:18). Otra vez, hablando de ídolos de oro: “Le gritan, y tampoco responde, ni libra de la tribulación” (Isa. 46:7b). Estas proclamaciones tenían la intención de ser inequívocas: no hay Dios sino Yahvé. El Señor resume esta aseveración mediante Isaías de este modo: “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isa. 44:6).

Dios se ha dado a conocer

Un atributo final del Dios bíblico, que es sumamente importante de notar, es que él es el Dios que se ha *revelado* a sí mismo. Este punto tiene que ver con la cuestión de la existencia de Dios. Dios quiere que sepamos que él existe. También hay cosas que él quiere que conozcamos acerca de su carácter, tales como su bondad, su amor y su justicia.

La idea de que Dios quiere hacerse conocer entre los hombres es importante en vista de las pretensiones de algunos filósofos que dicen que, por cuanto Dios está tan lejos y tan por encima de nosotros, es imposible que exista ninguna comunicación entre Dios y las criaturas; esta muralla o brecha es impenetrable. Esto contradice lo que la Biblia afirma acerca de Dios.

Las Escrituras indican que Dios se ha hecho conocer de diversas maneras. Una es por medio de su Palabra, la Biblia. Una segunda manera es mediante el ministerio del Espíritu Santo. La tercera manera, y desde una perspectiva cristiana, la mayor revelación de Dios, es mediante Jesucristo. Para algunos, esta última revelación no parece demasiado útil, ya que Jesús fue visto sólo por un número finito de personas, limitadas en el tiempo y el espacio. Los discípulos, por ejemplo, gozaron del privilegio de conocer a Jesús directamente mientras ministró en la Tierra. Nosotros, quienes vivimos hoy, no podemos compartir directamente esa experiencia histórica. Sin embargo, podemos llegar a conocer a Jesús tanto mediante la objetiva Palabra escrita como por medio del subjetivo poder del Espíritu Santo.

El poder de la Palabra de Dios

El poder de la palabra hablada ha sido y sigue siendo un concepto importante en el pensamiento del Cercano Oriente. Por eso, no debiera sorprendernos que este rasgo fuera atribuido a los dioses del antiguo Cercano Oriente también. En realidad, la

capacidad de los dioses del antiguo Cercano Oriente de crear meramente por el poder de su palabra hablada, tiene una larga historia. Por lo tanto, no es sorprendente que este poder no sólo sea atribuido al Dios de la Biblia, sino que es enfatizado como, tal vez, la característica divina más distintiva de Yahvé. Además, la Biblia afirma que esta característica es en realidad *peculiar de Yahvé* y no realmente la prerrogativa de ningún otro pretendiente a la divinidad.

Más allá del hecho de que sólo la Palabra de Yahvé tiene poder divino, John Sculley hace la perspicaz observación de que, de acuerdo con la Biblia, la Palabra de Dios también es un evento. Es decir, hay una conexión interna entre la Palabra de Dios y el evento. Lo que Dios ha dicho debe ocurrir. El profeta Isaías ilustra en forma excelente este concepto:

“Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Isa. 55:10, 11).

El poder de la palabra de Dios se exhibe de diversas maneras, y tres de las más notables son la creación, la profecía y la redención. La creación es, por supuesto, un acontecimiento histórico que no puede ser observado en el presente. Así que, aunque Dios a menudo justifica su afirmación de ser el verdadero Dios porque creó todo por el poder de su palabra, no limita su justificación a esta afirmación sola. Otra vez, dentro de la comprensión de que la palabra divina es igual a un evento, Dios desafía a todos los que pretenden (a todos los otros “dioses”) a usar el poder de su palabra para declarar lo que acontecerá *antes* de que realmente ocurra. Así, leemos en Isaías 44:7: “¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir”. Para el verdadero Dios, su Palabra, aun para el futuro, llega a ser un “evento”. Si él lo dice, ¡ocurrirá! ¿Quién sino el Dios de la Biblia puede afirmar esto? ¿La palabra de quién, fuera del Dios de la Biblia, es tan poderosa?

Por cuanto podemos ver la palabra de Dios cumplida en la profecía, podemos también tener confianza en el poder de su palabra creadora. “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca” (Sal. 33:6). Así como Dios habló y existió en la esfera histórica, así fue en el mundo de la naturaleza.

El aspecto final del poder que hay en la palabra de Dios es su capacidad de redimir. Normalmente, cuando pensamos en la redención, pensamos en la redención espiritual, el poder de la palabra de Dios de transformarnos en nuevas criaturas. Este concepto es ciertamente bíblico. Sin embargo, el antiguo Israel también entendía los actos redentores de Dios en un sentido corporativo. Dios salvó a Israel de Egipto. Dios libró a Israel de Babilonia. A través de todo Isaías, el poder de la palabra de Dios para crear (y para predecir) se usa como una garantía de su poder para redimir. Un ejemplo excelente de este tipo de pasajes se encuentra en Isaías 42:

“Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan: Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz a las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas. Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas. He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré notorias” (Isa. 42:5-9).

Por medio de textos como éste y el registro de la creación, los escritores bíblicos fortalecieron la fe de sus lectores de que no importa cuán grandes y poderosas parecieran ser las deidades de sus vecinos, los poderes de esos falsos dioses empalidecían cuando se los comparaba con Yahvé.

Al seguir nuestro estudio del informe bíblico de la creación, nosotros también podemos ver fortalecida nuestra fe. Una mejor comprensión del informe bíblico puede ayudarnos a ver que los falsos dioses con quienes tratamos hoy (tales como el dios de la ciencia y la teoría de la evolución) no son realmente tan poderosos como pueden parecer.

CAPÍTULO 2

LOS DOS LIBROS DE DIOS: LAS ESCRITURAS Y LA NATURALEZA

En el capítulo 1 notamos que Dios no sólo existe, sino que también desea hacerse conocer entre nosotros. Ha demostrado esto por lo menos de tres maneras: 1) mediante su Hijo Jesucristo; 2) mediante la obra del Espíritu Santo; y 3) mediante su Palabra escrita. La Biblia indica que Dios también puede ser conocido mediante su creación. Eso puede inferirse de Romanos 1:18-20:

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”.

En este capítulo deseamos explorar la interacción entre dos de estas fuentes de revelación: las Escrituras y el "segundo libro" de Dios, la naturaleza.

¿Se ha revelado Dios?

¿Es Dios capaz de comunicar verdades a los humanos? ¿Son los humanos capaces de comprender las comunicaciones de Dios? El cristiano promedio, sorprendentemente, generalmente piensa poco en estas preguntas. Esto es, probablemente, porque como dice el filósofo cristiano Ronald Nash, el cristianismo histórico ha “afirmado tanto una revelación inteligible de Dios como la capacidad divinamente dada a los hombres para conocer al Dios trascendente mediante proposiciones ciertas”. Sin embargo, la idea de que Dios puede comunicarse con nosotros, y lo ha hecho en una forma “directa” en la Biblia, no es algo que debemos dar por sentado, ni que generalmente sea aceptada entre muchos intelectuales, especialmente los eruditos bíblicos liberales.

Es claro que el testimonio que da la Biblia de sí misma afirma que Dios puede comunicarse con nosotros, y lo ha hecho, mediante las Escrituras. Más de mil seiscientos veces, los versículos bíblicos comienzan con expresiones tales como: “Dice Dios...”. De acuerdo con 2 Timoteo 3:16, “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”.

Sin embargo, hay quienes cuestionan la “calidad” y/o la “exactitud” de esa información. Algunos ponen un énfasis especial en el elemento “humano”. Señalan que siendo que todo lo humano es falible, esta falibilidad debe de alguna manera ser transmitida a la producción de las Escrituras, de modo que aunque la llamemos Palabra de Dios, debe estar, por lo menos de alguna manera pequeña, manchada por el conducto humano a través del cual pasa la información de Dios. Ese “toque” humano puede ser detectado de numerosas formas pequeñas. El efecto concreto de esta manera de pensar es que deja abierta una puerta, de modo que cada vez que encontramos un “problema o “conflicto” aparente entre la Biblia y la ciencia, podemos descartar el conflicto como el resultado desafortunado de la dimensión humana de las Escrituras.

El peligro de esta línea de razonamiento es que puede conducirnos a socavar la confianza en la Biblia como la Palabra de Dios. No podemos negar que existe el elemento humano. Sin embargo, sigue en pie la pregunta de si “la razón sin ayuda” tiene el poder o la capacidad de discernir la comunicación de Dios. ¿Debieran los humanos juzgar a las Escrituras? ¿Están las mentes humanas “sin ayuda” suficiente para hacer un juicio? Si estuviéramos sentados en la iglesia y se nos preguntara si los seres humanos caídos deberían depender de Dios o no, la mayoría de nosotros contestaría inmediatamente que Sí. Sin embargo, durante la semana de trabajo la tendencia natural es vivir, trabajar y pensar como si fuéramos criaturas independientes. El hecho es que la

introducción del pecado en nuestro mundo afectó todos los aspectos de la existencia humana. Y esto incluye la mente humana.

Efectos del pecado sobre la razón humana

Generalmente reconocemos que el pecado introdujo algunos cambios profundos en nuestro mundo; el más obvio, tal vez, sea la degeneración y la muerte (ver Rom. 8). Sin embargo, no sólo nuestros cuerpos físicos han sido afectados por el pecado, sino también nuestras mentes. Esto significa que nuestra capacidad de razonar ha sido afectada. De acuerdo con Elena de White, “en nuestro estado caído, con las facultades debilitadas y la visión limitada, somos incapaces de interpretarlas correctamente [las relaciones de la naturaleza]. Necesitamos la revelación más plena que Dios nos ha dado de sí en su Palabra escrita” (*La educación*, p. 17). Por supuesto, generalmente reconocemos, como cristianos, que necesitamos cada día el Espíritu de Dios, y comprendemos que debemos invocar la ayuda de Dios a lo largo del día para vivir nuestras vidas como él desearía que lo hiciéramos y para hacer las decisiones adecuadas que estén en armonía con su carácter y voluntad. A menudo dejamos de considerar cuáles son las implicaciones de esto. Invitar al Espíritu Santo a nuestros corazones y mentes de modo que podamos pensar y actuar como Cristo, significa que el Espíritu, naturalmente, tendrá un impacto sobre nuestros procesos de pensamiento y razonamiento. En realidad, necesitamos del poder del Espíritu Santo de Dios para ayudarnos a razonar apropiadamente sobre las cosas. Como Gerhard Hasel, el fallecido teólogo del Seminario Teológico de la Universidad Andrews observó, “la razón humana también está sujeta al pecado y sus efectos noéticos [efectos sobre el intelecto], y no es una norma neutral de juicio. La razón necesita la luz y el testimonio de la revelación divina”.

Sin embargo, afortunadamente, el hecho de que la razón humana ha sido afectada por el pecado no significa que la verdad o la lógica sean afectadas, o que la verdad no pueda ser descubierta o comprendida. Como lo señala Nash, “debe hacerse una distinción cuidadosa entre el efecto noético del pecado sobre la *actividad* mental humana y su efecto sobre *los contenidos*. La actividad psicológica de pensar que una proposición sea verdadera está sujeta a las condiciones cambiantes del tiempo. El hecho de que hay error en juicios humanos específicos es uno de los resultados del efecto noético del pecado original. Pero el pecado no afecta la verdad del contenido, tal como ocurre con las tablas de multiplicar... El pecado puede estorbar la capacidad de razonar correctamente, pero no altera las leyes de la inferencia válida”. Es decir, la caída no afecta las leyes de la razón, sino sólo nuestra capacidad de emplear esas leyes.

Las buenas nuevas son que, aun cuando nuestro poder de razonamiento haya sido afectado por el pecado, Dios, mediante su Espíritu Santo y su Palabra escrita, nos capacita para sobreponernos a las deficiencias impuestas por el pecado. Sin embargo, debemos valernos por nosotros mismos de esta ayuda. Como argumenta el filósofo cristiano Ronald Nash:

“Para conocer la verdad, es necesaria la mente, pero ésta no es suficiente. De acuerdo con Agustín, la luz creada del intelecto humano necesita luz desde afuera. Aun la luz inteligible creada sería incapaz de dar cuenta del conocimiento humano sin la presencia constante, inmanente y activa de Dios. No debemos pensar que las formas fueron dadas a los humanos de una vez por todas. Aunque las formas son parte de la estructura racional de la mente humana y residen allí por virtud de haber sido creados a la imagen de Dios, el alma nunca deja de depender de Dios para su conocimiento”.

El teólogo B. B. Warfield presenta un concepto semejante: “Dios, habiendo hecho así al hombre, no lo ha dejado solo, en forma deísta, sino que continuamente refleja en su

alma el contenido de sus verdades que constituyen el mundo inteligible. El alma está, por lo tanto, en comunión ininterrumpida con Dios, y ve a Dios en el cuerpo inteligible de verdades reflejadas de Dios”.

El Espíritu Santo nos ayuda a entender adecuadamente las Escrituras

Por cuanto el pecado ha afectado adversamente nuestra capacidad de comprender la revelación escrita de Dios, Elena de White nos aconseja que “siempre que uno se da al estudio de las Escrituras sin estar animado de un espíritu de oración y humildad, susceptible de recibir enseñanza, los pasajes más claros y sencillos, como los más difíciles, serán desviados de su verdadero sentido” (*El conflicto de los siglos*, p. 575). Otra vez dice: “Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. Sólo el Espíritu Santo puede hacernos sentir la importancia de lo que es fácil comprender, o impedir que nos apartemos del sentido de las verdades de difícil comprensión. Hay santos ángeles que tienen la misión de influir en los corazones para que comprendan las Palabra de Dios, de suerte que la belleza de ésta nos embelese, sus advertencias nos amonesten y sus promesas nos animen y vigoricen” (*Ibid.*, p. 658).

La razón, el Espíritu Santo y la naturaleza

Muchas personas podrían argüir que no hay necesidad de decir que se necesita el Espíritu Santo si hemos de interpretar adecuadamente las Escrituras. Pero, ¿qué diremos de la naturaleza? En este contexto, Elena de White se refiere a la luz que poseían Adán y Eva antes de la caída. De acuerdo con la hermana White esta luz no sólo iluminaba lo que los rodeaba, físicamente, sino que también les permitía percibir “el carácter” y “las obras de Dios” (*El ministerio de curación*, p. 366). Después de la caída, perdieron esa luz, y el impacto de esa pérdida nos afecta aún hoy.

“Ya no podían leer en ésta [la naturaleza] con provecho. Ya no podían discernir el carácter de Dios en sus obras. Así también hoy, el hombre por sí mismo es incapaz de leer debidamente las enseñanzas de la naturaleza. Si no lo guía la sabiduría divina, el hombre exalta la naturaleza y sus leyes y las sobrepone al Dios de la naturaleza. Por esto las meras ideas humanas respecto de la ciencia están tan a menudo en contradicción con la enseñanza de la Palabra de Dios. Mas para los que reciben la luz de la vida de Cristo, la naturaleza vuelve a iluminarse. En la luz que brilla desde la cruz podemos interpretar acertadamente la enseñanza de la naturaleza” (*Ibid.*, pp. 366, 367).

En otra parte hace una declaración similar: “Los estudiantes más profundos de la ciencia son impelidos a reconocer en la naturaleza la operación de un poder infinito. Pero para la razón humana sin ayuda, el alcance de la naturaleza no puede ser sino contradictorio y frustrante. Sólo a la luz de la revelación puede leerse correctamente”. “Por la fe entendemos” (Heb. 1:3).

Reconociendo que necesitamos la conducción del Espíritu Santo cuando tratamos de entender la naturaleza, necesitamos recordar, al intentar discernir el mensaje de Dios en su segundo libro, que no nos ha llegado en su forma original y prístina. De acuerdo con la Biblia, la creación de Dios originalmente fue “buena en gran manera” (en hebreo, *tov meod*). Sin embargo, por causa del pecado, la naturaleza ha sido mancillada: no es ahora lo que Dios quería que fuese. De acuerdo con Elena de White, “la naturaleza aún habla de su Creador. Sin embargo, estas revelaciones son parciales e imperfectas. Y en nuestro estado caído, con las facultades debilitadas y la visión limitada, somos incapaces de interpretarlas correctamente. Necesitamos la revelación más plena que Dios nos ha dado de sí en su Palabra escrita” (*La educación*, p. 17).

“Algunas deducciones erróneas de fenómenos observados en la naturaleza, han hecho suponer que existe un conflicto entre la ciencia y la revelación, y, en los

esfuerzos realizados para restaurar la armonía entre ambas, se han adoptado interpretaciones de las Escrituras que minan y destruyen la fuerza de la Palabra de Dios... Para dar razón de sus obras, ¿hemos de violentar su Palabra? (*Ibíd.*, pp. 128,129).

Según Elena de White, cuando tanto las Escrituras como la naturaleza son correctamente comprendidas, no puede haber conflicto entre ambas.

“Quien conoce a Dios y su Palabra mediante la experiencia personal tiene su fe arraigada en la divinidad de las Sagradas Escrituras. Ha comprobado que la Palabra de Dios es verdad, y sabe que la verdad no puede contradecirse nunca. No aquilata la Biblia por las ideas que los hombres tienen de la ciencia, *sino que somete más bien estas ideas a la prueba de la autoridad infalible*. Sabe que en la ciencia verdadera no puede haber nada contrario a la enseñanza de la Palabra; puesto que ambas proceden del mismo Autor, la verdadera comprensión de ambas demostrará que hay armonía entre ellas. Todo lo que en la llamada enseñanza científica contradiga al testimonio de la Palabra de Dios, no es más que suposición humana” (*El ministerio de curación*, p. 367; la cursiva fue añadida).

Usando los dos libros juntos

Ha habido diferentes conceptos acerca de cuánta autoridad y qué grado de confiabilidad tiene la Palabra escrita de Dios para nosotros. Sin embargo, el hecho de que nuestra capacidad razonadora ha sido afectada por el pecado y de que dependemos del poder de Dios para entender adecuadamente las Escrituras, debiera precavemos contra el disminuir ya sea la autoridad o la confiabilidad de la Palabra de Dios. “La Biblia y sólo la Biblia, ha de ser nuestro credo, el único vínculo de unión. Todos los que se inclinen ante esta Santa Palabra, estarán en armonía. Nuestros propios puntos de vista y nuestras ideas no deben dominar nuestros esfuerzos. El hombre es falible; pero la Palabra de Dios es infalible... Levantemos el estandarte en el cual diga: La Biblia, nuestra norma de fe y disciplina” (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 487).

Los comentarios de Elena de White acerca de la relación y la interacción de los dos libros de Dios me recuerdan un argumento corriente en mi campo de interés especial, la arqueología. Por algún tiempo hubo un debate acerca del papel de los materiales escritos ante los objetos culturales (trozos de cerámica, restos de construcciones, herramientas, armas, objetos relacionados con la alimentación y la producción y uso de textiles, etc.). Algunos sienten que los objetos son una fuente mejor para “reconstruir” el pasado, por cuanto los textos pueden estar prejuiciados y pueden no ser útiles por haberse escrito mucho después de un evento. Los objetos, por otro lado, son contemporáneos y no tienen prejuicios que pueden contaminar los textos. Los eruditos textuales, por otro lado, sostienen que los textos *son* más importantes que los “objetos mudos” porque proporcionan información cognitiva, un conducto directo al pensamiento de la gente antigua. Los eruditos textuales sienten que por medio de diversas formas de análisis eruditos, tales como la crítica textual, ellos pueden compensar adecuadamente las debilidades de un texto. Este argumento me recuerda algo la discusión que hay entre los hombres de ciencia y los teólogos: ¿Quién nos dice más acerca de Dios, la naturaleza o las Escrituras?

En la arqueología los eruditos textuales parecen estar ganando este debate. Esto puede no parecer sorprendente a las personas corrientes, quienes preferirían tener un documento escrito del pasado que una pila de “piedras mudas”. El hecho es que, a pesar de los avances de la teoría antropológica y arqueología diseñada para extraer informaciones acerca de los artefactos “mudos”, todavía es difícil llegar a la mente de los seres humanos antiguos meramente por medio de sus objetos. La calidad y la

naturaleza del contenido informativo de un texto escrito, generalmente se reconoce como superior. Una de las razones para esto es que la mayoría de los textos fueron escritos con la *intención de comunicar* (de revelar, si les parece mejor) información cognitiva de una mente a la mente de los demás. Como arqueólogo, cuando encuentro un objeto, trato de determinar quién hizo, cómo fue hecho, cuál era su propósito, etc. Aunque creo que estoy adiestrado para hacer un buen trabajo al responder estas preguntas, encontraría mucho más útil si el antiguo fabricante hubiera dejado algún informe escrito relacionado con estas preguntas. Me gusta tener un objeto y el texto juntos, donde el texto me guía acerca de qué, cómo y por qué se hizo el objeto.

Creo que la naturaleza es algo parecido a los objetos arqueológicos. El hombre de ciencia creyente puede suponer que Dios es el autor de la naturaleza y que la naturaleza revela algo acerca de su Hacedor. Sin embargo, la información contenida en la naturaleza no es explícita; se requiere mucha más inferencia para determinar su significado. La naturaleza se entiende mejor con la ayuda de material escrito.

Podemos admitir que los documentos pueden no ser confiables. Sin embargo, en las Escrituras tenemos la Palabra del Creador infalible para conducirnos a comprender el mundo.

Como en arqueología, puede haber alguien que siente que el objeto (en este caso, la naturaleza) es más importante que el texto (en este caso, la Biblia). Sin embargo, creo que debe hacerse la pregunta: “¿Era el propósito *primario y la intención original* de Dios, al crear la naturaleza, el revelarse a sí mismo en su creación? Esto parecería poco probable por varias razones. Primero, antes de la caída, la humanidad tenía acceso directo al Creador, de modo que una revelación indirecta (material/naturaleza o escrita) era innecesaria. Segundo, se nos dice que el propósito primario para la creación de la Tierra era para que fuese habitada. Puede haber sido inevitable que se detectara la mano del Creador en su obra, pero esto es de importancia secundaria. Sin embargo, después de la caída, cuando el acceso directo a Dios fue cortado, esos indicadores incidentales asumieron un nuevo papel y nueva importancia.

Tercero, se nota que la revelación en la naturaleza ha sido afectada por la entrada del pecado. Cuarto, si la naturaleza hubiera tenido la intención de ser una revelación completa y satisfactoria de Dios, entonces Dios no hubiese necesitado enviar revelaciones adicionales, posteriores, mediante su Hijo y la Palabra escrita. Finalmente, yo creo que hay una diferencia cualitativa en la información contenida en la Palabra escrita de Dios con respecto a su segundo libro. La revelación escrita es una revelación cognitiva o proposicional, dirigida directamente a nuestras mentes con el propósito de comunicarnos información acerca de Dios.

Aunque sería agradable ver resueltos todos los conflictos entre la naturaleza y las Escrituras, debemos hacer la pregunta: “¿Es necesario que todos los conflictos aparentes sean resueltos?” Cualquier creencia en lo sobrenatural chocará con la ciencia tarde o temprano. Cuando tomé un curso de fisiología, tuvimos una sección de fisiología anormal. Cuando vi cuántas cosas pueden dañarse, cuán fácil es que anden mal, y en última instancia, cuán inevitable es que todos muramos, estaba realmente impresionado de que hemos sido hechos en forma maravillosa. He llegado a estar más y más impresionado de que todas las formas de vida necesitan el poder sustentador de Dios.

Pequeños milagros, como volver el agua en vino o resucitar a un hombre muerto, son tan inaceptables para la perspectiva científica como milagros mayores como el colapso del Mar Rojo o el diluvio universal. Algunas personas que quieren ser aceptadas por los hombres de ciencia mientras se aferran a su fe, parecen dibujar círculos de protección alrededor de algunos eventos sobrenaturales mientras arrojan dudas sobre otros que violan la comprensión convencional de su especialidad. Esto los hace aparecer

inconsistentes en la forma en que usan las Escrituras. Yo creo que puede ser más sencillo admitir que de este lado de la eternidad habrá muchas preguntas que no podremos responder, muchos problemas para los cuales no se pueden encontrar soluciones fácilmente. En vez de detenernos en estos problemas que no podemos resolver, yo he encontrado que hay muchas evidencias positivas en las Escrituras y en la naturaleza que señalan hacia un Creador amante.

CAPÍTULO 3

PERO, ¿OCURRIÓ ESO REALMENTE?

No hace mucho tiempo, el Sistema de Difusión Pública (PBS, en Estados Unidos) propaló un programa especial sobre el Génesis que recibió la aclamación de los críticos. Aunque el programa recibió numerosas reseñas favorables, una pregunta que aparentemente se escondía en la mente de muchos fue abiertamente expuesta por la revista *Newsweek*: “Pero, ¿ocurrió eso realmente?” Una cosa es leer y aun gozar con las historias bíblicas; otra cosa es sostener que realmente ocurrieron. Ciertamente, las conclusiones de los hombres de ciencia evolucionistas durante el último siglo han arrojado considerables dudas sobre la historicidad de los eventos bíblicos, especialmente los que se encuentran en los primeros once capítulos de la Biblia. Este escepticismo acerca de la historicidad de Génesis 1-11 ha producido tres opiniones principales acerca de cómo deberían interpretarse esos capítulos. La primera es tratar a estos capítulos de manera no literal, no histórica. La segunda es considerar estos capítulos como históricamente exactos hasta cierto punto, pero “acomodar” estos capítulos a los hallazgos de la ciencia moderna, cuando sea necesario. El tercer enfoque es aceptar esos capítulos como una descripción literal e histórica de la historia temprana de la Tierra.

1. Interpretación no literal, no histórica, de Génesis 1-11

Este enfoque generalmente ha sido adoptado por lo que a veces se llama la escuela “liberal” de erudición bíblica, la que, desde fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, ha sugerido géneros alternativos para Génesis 1 al 11. Debido a los hallazgos de la ciencia moderna, estos eruditos preferían un enfoque “literario” de los primeros capítulos del Génesis, un enfoque que no requería considerar estos capítulos como “historia”. Ellos tienden a clasificar estos primeros capítulos de Génesis como “mitológicos”, “poéticos”, “saga”, o alguna combinación de ellos. Los críticos liberales más recientes han propuesto llamar a estas historias novela, leyenda, fábula y mito, sugiriendo que los relatos pueden describir verdades teológicas pero pueden no ser informes de los hechos.

Ciertamente, los eruditos bíblicos conservadores estarían de acuerdo con que estos capítulos son teológicos, pero discutirían que, sólo porque los textos tienen un significado teológico, eso impide, automáticamente, que también sean históricos.

2. Enfoques acomodaticios

Los así llamados enfoques acomodaticios tienden a estar asociados con eruditos evangélicos relativamente conservadores. Sin embargo, estos mismos eruditos están bastante persuadidos por las evidencias geológicas y por otras, que sugieren que la Tierra es muy antigua y que las plantas y los animales (representados por el registro fósil) deben de haber estado aquí por millones de años antes de la creación de los seres humanos. Estos eruditos han sugerido, por lo tanto, que debe de haber habido una “brecha” de millones de años (igual al tiempo convencional requerido por la columna geológica) entre Génesis 1:1 y 1:2. Esta teoría y sus variantes son conocidas con diferentes nombres, incluyendo la “Teoría clásica de la brecha”, la “Teoría de la ruina y la restauración”, la “Teoría de la reconstrucción” o la “Teoría de la brecha activa”.

La “Teoría de la brecha activa” sugiere que en el pasado remoto (millones, o miles de millones de años atrás), Dios creó un cielo y una Tierra perfectos. Se le permitió a Satanás ser el gobernante de la Tierra (algunos alegan que esta Tierra fue poblada por una raza de humanos que no tenían “alma”). Eventualmente, Satanás, quien vivía en un

Jardín del Edén compuesto por minerales (ver Eze. 28), se rebeló, deseando llegar a ser igual a Dios (ver Isa. 14). Por causa de la caída de Satanás, el pecado entró en el universo y trajo la muerte y la destrucción a la Tierra (algunos alegarían que esta destrucción fue causada por un diluvio anterior al de Noé: el diluvio de Lucifer). Todas las plantas, animales y seres humanos fósiles que se encuentran profundamente sepultados en la columna geológica serían de ese período anterior, el del gobierno de Lucifer.

Inicialmente, la teoría de la brecha se basó en sólo suposiciones. Sin embargo, en 1967 Scofield trató de usar Isaías 34:11; 45:18 y Jeremías 4:23 para apoyar su idea, alegando que la palabra para vacío (*tohu*) en realidad significaba “destrucción”. Los teóricos de la brecha también alegan que la oscuridad que estaba presente sobre el “abismo” representa el “mal”. Además, alegan que la caída de Lucifer, descrita en Isaías 14 y Ezequiel 28, ocurrió entre Génesis 1:1 y 1:3: ésta es la brecha de millones de años durante la cual Satanás gobernó la Tierra. Presumiblemente los dinosaurios, etc., fueron parte del reino de Satanás. Finalmente, intentan encontrar apoyo lingüístico para la interpretación que ellos hacen de una brecha entre Génesis 1:1, argumentando que el verbo hebreo “estaba” (*hayetá*) en Génesis 1:2 debería ser traducido como “llegó a estar” o “había llegado a estar”. ¡Es decir, alegan que este versículo debería leerse: “Y la tierra *llegó a estar* desolada y vacía”, en vez de “Y la tierra *estaba* desordenada y vacía”! Ellos también cambian el versículo 4 del capítulo 2 para que diga: “Cuando Dios *rehizo* la tierra...”, en vez de “Cuando Dios *hizo* la tierra y los cielos”.

Esta teoría tiene numerosos problemas. El primero de todos, es que en ninguna parte de la Biblia se asocia la caída de *Satanás* con alguna consecuencia física que afectó a esta Tierra. La palabra hebrea *tohu* (sin forma) y la oscuridad no se asocian necesariamente con el mal. Es necesario un indicador específico en el texto para que estas palabras tengan una asociación, y Génesis 1 *no* tiene tal indicador. Traducir el verbo hebreo *hayetá* como “llegó a estar” en lugar de “estaba” va en contra del uso normal y las reglas de la gramática hebrea. Finalmente, el verbo hebreo *asá* sencillamente no significa “rehizo”. Más bien, es un sinónimo de “crear” en este contexto. Por estas razones, la teoría de la brecha activa no ha obtenido muchos seguidores entre los intérpretes bíblicos que tienen un buen conocimiento del hebreo.

3. Enfoques histórico/literales

Los intérpretes bíblicos que abogan por un enfoque histórico/literal pueden dividirse, en general, en dos grupos: 1) los que creen que *todo* el universo y la Tierra fueron creados hace sólo pocos miles de años en seis días de 24 horas; y 2) los que creen que el resto del universo pudo haber sido creado bastante antes pero que esta Tierra y/o la vida sobre ella fue creada recientemente, es decir, hace sólo unos pocos miles de años, en seis días literales de veinticuatro horas.

La mayoría de los adventistas *no* han sostenido la idea de que todo el universo estuvo incluido en los seis días de la creación de Génesis 1, porque creen que otros planetas con seres inteligentes habían sido creados *antes* de la creación de nuestro mundo. La naturaleza cósmica del gran conflicto se infiere de textos tales como 1 Corintios 4:9, que afirma: “Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”. Esta idea también es apoyada por Efesios 6:12: “No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Elena de White explica de qué manera el gran conflicto involucra a los habitantes de otros mundos:

“El gobierno de Dios no incluía sólo a los habitantes del cielo sino también a los de todos los mundos que él había creado; y Satanás pensó que si podía arrastrar a los ángeles del cielo en su rebeldía, podría también arrastrar a los habitantes de los demás mundos (*El conflicto de los siglos*, p. 551).

Los santos habitantes de los otros mundos observaban con profundo interés los acontecimientos que ocurrían en la Tierra. En las condiciones que prevalecieron en el mundo antediluviano vieron ilustradas las consecuencias de la administración que Lucifer había tratado de establecer en el cielo, al rechazar la autoridad de Cristo y al desechar la ley de Dios. En aquellos despóticos pecadores antediluvianos veían los súbditos sobre los cuales Satanás ejercía dominio. “Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente al mal” (Gén. 6:5). Toda emoción, todo impulso y toda imaginación estaban en pugna con los divinos principios de pureza, paz y amor. Era un ejemplo de la terrible depravación resultante del procedimiento seguido por Satanás para quitar a las criaturas de Dios la restricción de su santa ley (*Patriarcas y profetas*, p. 65).

Evidencia de la naturaleza histórica del Génesis

La mayor parte de los eruditos judíos y cristianos a través de la historia han considerado las narraciones del Génesis como históricas. Ha sido sólo en el siglo XX, con los desafíos que surgían de la ciencia moderna, cuando se han propuesto con seriedad explicaciones alternativas. ¿Cuáles son, entonces, algunas de las evidencias que apuntan a la validez de los relatos como informes históricos? La siguiente lista incluye algunos términos lingüísticos técnicos, pero es útil para ayudar, a alguna persona que puede tener preguntas, a comprender que los eruditos que tratan con el pasaje, ven evidencias de que originalmente tuvo la intención de ser tomada seriamente como narración histórica.

El alcance temporal/espacial del relato. Aun una persona no adiestrada puede detectar la unidad general del argumento narrativo del Génesis que corre desde el informe de la creación hasta la historia del éxodo. Allí se repasan los eventos pasados dentro de una estructura narrativa (ver más abajo). En realidad, Génesis 1-11 claramente sirve como prólogo al resto del Génesis y del Pentateuco.

La forma verbal del waw consecutivo. Hay cierta forma verbal hebrea, conocida como waw consecutivo, que se encuentra en todas las narraciones históricas del Antiguo Testamento. Es interesante notar que esta misma forma verbal, que es típica de las narraciones históricas posteriores de la Biblia, también se usa en Génesis 1 al 11. Es decir, Génesis 1 al 11 está escrito de la misma manera que los libros históricos posteriores, sugiriendo que el autor no hacía distinción entre Génesis 1 al 11 y las narraciones bíblicas posteriores con respecto a su historicidad.

La fórmula toledoth. Algunos eruditos han hecho notar la presencia de la fórmula *toledoth* (“estas son las generaciones de”) en Génesis 1 al 11. Esta expresión señala un “impulso histórico” para el Génesis.

Semejanza de género. También se ha notado que no hay un movimiento dramático de género (cambios de tipos literarios) entre Génesis y el resto del Pentateuco, como no lo hay tampoco entre el Pentateuco y los así llamados libros “históricos” (Reyes, Crónicas, etc.).

El contenido histórico de las historias extrabíblicas primitivas. Un punto que los críticos a menudo pasan por alto es que todas las historias que cuentan los orígenes y los acontecimientos primitivos de la historia humana no son, necesariamente, no históricas. Por cuanto estos relatos antiguos contienen a menudo informes de las actividades de los dioses, los historiadores seculares han tendido a despreciar estos informes como

mitológicos, legendarios, etc. Sin embargo, se ha notado recientemente que los elementos, dentro de las historias primitivas de Mesopotamia, tales como la Lista de Reyes súmeros, y la Epopeya de Gilgamesh, mencionan los nombres de pueblos y lugares cuya existencia ha sido realmente confirmada por la arqueología.

Del mismo modo, hay una cantidad de elementos en la historia de la Torre de Babel que han sido registrados en fuentes extrabíblicas que sugerirían que la historia no fue sencillamente la invención del escritor bíblico. Por ejemplo, un texto súmeros de fines de la Tercera Dinastía de Ur (Mesopotamia) nos dice cómo los súmeros habían sido una vez un pueblo de una sola lengua, pero que un Dios, Enki, confundió su habla. Los súmeros, por supuesto, tenían sus torres específicas, “ziggurats”, que suponían les proporcionaba un eslabón entre el cielo y la Tierra. Estas torres fueron construidas con ladrillos cocidos en hornos. Los paralelos entre los diversos relatos mesopotámicos y la Biblia han sido notados por los eruditos hace años. Aunque la naturaleza precisa de la relación entre la Torre de Babel bíblica y los textos súmeros es difícil de determinar, no es difícil ver alguna clase de conexión entre ellos.

La perspectiva del Nuevo Testamento sobre la historicidad de Génesis 1 al 11. Antes de examinar evidencias específicas que indican que los autores del Nuevo Testamento creían que los primeros capítulos del Génesis eran históricamente exactos, es importante notar que muchas de estas declaraciones tienen un contexto de preocupación acerca de la credibilidad del evangelio en un mundo pagano; específicamente, la idea de que Jesús de Nazaret era el Mesías y que él había resucitado, realmente, de entre los muertos. Por ejemplo, nótese la preocupación que tenía Pedro por la credibilidad en su segunda epístola, donde escribe: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Ped. 1:16).

Aunque es tentador creer que la gente era más ingenua en aquellos días, el hecho es que muchos, si no la mayoría de las personas de entonces, tenían muchas más dificultades en creer en la resurrección de un hombre muerto que hoy en día. La controversia entre los saduceos y los fariseos (Hech. 23:6-10) proporciona un testimonio adecuado de la incertidumbre que existía entre los judíos educados acerca de la posibilidad de la resurrección. El discurso de Pablo a la elite intelectual de Atenas en el Areópago (Hech. 17:32, 33), fue bien recibido hasta que mencionó la resurrección, después de lo cual algunos se burlaron de él y otros cortésmente lo abandonaron.

Cómo lo entendió Elena de White. Elena de White, por supuesto, afirmó repetidamente su confianza en la confiabilidad de estos primeros capítulos al describir las páginas iniciales de la historia de la Tierra.

“Dependemos de la Biblia para tener un conocimiento de la historia temprana de nuestro mundo, de la creación del hombre y de su caída. Eliminen la Palabra de Dios, y qué podemos esperar que queden si no fábulas y conjeturas, y con ello el debilitamiento del intelecto que es el resultado seguro de aceptar el error. Necesitamos la historia auténtica del origen de la Tierra, de la caída del querubín cubridor y de la introducción del pecado en nuestro mundo” (*Medical Ministry*, p. 89).

Claramente, Elena de White creía que era esencial que aceptáramos los capítulos iniciales del Génesis como la introducción al desenvolvimiento del gran conflicto entre Cristo y Satanás.

CAPÍTULO 4

LA CREACIÓN EN SEIS DÍAS

¿Cuán largo es un día?

Las conclusiones de la ciencia evolucionista con respecto a las enormes cantidades de tiempo involucradas en los orígenes de la Tierra y la vida sobre ella han ejercido una presión considerable sobre algunos teólogos, animándolos a buscar una manera de introducir tiempo en el texto bíblico. En el capítulo 3 vimos que algunos tratan el problema negando la historicidad del informe del Génesis: sugieren que el texto debería comprenderse como mitología, poesía, saga, parábola o teología. Estos métodos eliminan el problema reclasificando el género literario del Génesis. Otros intérpretes han tratado el problema sugiriendo que la historia básica de la creación es verdadera, pero que tal vez hay en él brechas cronológicas, especialmente en las genealogías. Examinaremos este enfoque en el capítulo 5.

Todavía hay otros intérpretes que han sugerido que tal vez los seis días de la creación no tenían la intención de ser entendidos como días literales. En cambio, estos seis días pueden ser simbólicos o alegóricos. Actualmente, un enfoque popular es sugerir que los seis días no describen lo que Dios realmente hizo en términos de creación de la Tierra. Más bien, estos días deben comprenderse como seis días de “revelación” en los que Dios reveló a Moisés, en visión, una caricatura de cómo fue creado el mundo. Esta idea originalmente atrajo la atención debido al trabajo del geólogo escocés Hugh Miller en el siglo XIX, pero más recientemente fue patrocinada por el erudito británico P. J. Wiseman (1946). Otro enfoque es comprender cada día como una representación de un largo período, a veces llamada la “teoría del día-época”, o ‘creación progresiva’. Todos estos enfoques dependen de la interpretación de la palabra hebrea para día, *yom*, que significaría otra cosa que no sea un día literal de 24 horas.

Algunos sostienen que este concepto está indicado en Salmos 90:4, que dice: “Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliass de la noche”. Es importante notar que el original hebreo usa una partícula comparativa (“como”) para comparar los 1.000 años con “ayer”, y “una de las vigiliass de la noche”. El texto no dice que un día equivale a mil años. En realidad, la palabra hebrea *yom* (día) ni aparece en este texto. La intención de Salmos 90:4 es sencillamente proporcionar una analogía para el hecho de que Dios cuenta el tiempo en forma diferente que los seres humanos.

Un segundo texto que se usa para apoyar la idea de que los días del Génesis son más largos que días de 24 horas, es 2 Pedro 3:8. Sin embargo, como nota Gerhard Hasel, este texto no tiene un contexto de creación; usa la palabra día en un sentido no literal; finalmente, la idea es sencillamente que Dios no está limitado por el tiempo para cumplir sus promesas. El texto no tiene nada que ver con la longitud de los días de Génesis 1.

Hay otras razones para explicar por qué los días de Génesis deberían entenderse como literales. Al indicar cada día, se lo designa con números ordinales (por ejemplo, “día segundo”, “día tercero”, etc.). Esto sólo sucede en el hebreo bíblico cuando se señala un día literal de 24 horas. Además, cada día está indicado por la expresión “la tarde y la mañana”, una referencia explícita a la alternación de luz y oscuridad dentro de un período de 24 horas. Esta expresión siempre se refiere a un día literal en hebreo. Finalmente, las referencias a los días de la creación en Éxodo 20:11 y 31:17 como el fundamento y la justificación para la ley del sábado, muestra que la semana de la creación, en ese contexto, se entendía como una semana literal.

Cómo consideró Elena de White los seis días

Elena de White claramente entendió que los días de Génesis 1 eran días literales, de 24 horas. En realidad, este tema era un problema en sus días. Bajo la inspiración de Dios escribió:

“Fui llevada a la creación y *se me mostró* que la primera semana, en la que Dios realizó la obra de la creación en seis días y descansó el séptimo día, fue igual a todas las demás semanas. El gran Dios, en los días de la creación y de descanso, midió el primer ciclo como un ejemplo para las semanas sucesivas hasta el fin del tiempo... Dios nos indica las producciones de su trabajo al final de *cada día literal*” (*Spiritual Gifts*, t. 3, p. 90; las cursivas fueron añadidas).

Elena de White también señaló que los intentos de negar la literalidad de los días de la creación eran ataques directos contra el mandamiento del sábado.

“Pero la suposición de los incrédulos, de que los eventos de la primera semana requirieron siete períodos vastos e indefinidos para su realización, golpea directamente en el fundamento del sábado del cuarto mandamiento. Vuelve indefinido y oscuro lo que Dios hizo muy claro. Es la peor clase de incredulidad; porque para muchos que profesan creer en el registro de la creación, es la incredulidad disfrazada. Acusa a Dios de ordenar que los hombres observen la semana de siete días literales en conmemoración de siete períodos indefinidos, que no es la manera en que Dios trata con los mortales, y es una impugnación de su sabiduría” (*Ibid.*, p. 91).

En el principio

Apartándonos del tema de si los días del Génesis fueron días literales de 24 horas, consideraremos algunas otras preguntas que giran alrededor del primer capítulo del Génesis. Después de todo, ¿cuándo fue el “principio”? (la palabra hebrea para “principio” es *reshit*); y aún más importante, ¿*de qué* principio está hablando la Biblia: del principio de *todo el universo* o sólo del principio de *este planeta*? Estas y otras preguntas relacionadas con ellas han sido intensamente debatidas por los eruditos a lo largo de los años.

La diferencia en interpretación gira alrededor de cómo se traduce el versículo 1 de Génesis 1. Hay dos propuestas principales. La primera (y la más tradicional) es que el primer versículo del Génesis es una oración completa, que debería ser traducida sencillamente: “En el principio Dios creó los cielos y la tierra” (punto). La otra propuesta es traducir Génesis 1:1 como una parte incompleta de una oración que necesita conectarse con el versículo 2 para completarla: “En el principio, *cuando* Dios creó los cielos y la tierra, la tierra estaba sin forma y vacía”.

Aunque la diferencia puede parecer pequeña, ha sido importante para la mayoría de los estudiantes adventistas de la Biblia por causa de las implicaciones de cada caso. Si “en el principio” se refiere al universo entero, incluyendo este planeta, entonces no sólo hay una contradicción grande entre la evidencia científica para la enorme edad del universo (no estamos hablando de la edad de la Tierra), sino también dentro de la creencia adventista (basada en la Biblia) en la doctrina del gran conflicto. Los adventistas del séptimo día han comprendido, generalmente, que la primera semana de la creación en Génesis 1 trata sólo de nuestro planeta. Hemos creído que Dios había creado el resto del universo, incluyendo el cielo y otros mundos habitados, bastante tiempo *antes* de la creación de la Tierra. Esta idea resulta clara en los escritos de Elena de White, especialmente en *Patriarcas y profetas*, donde ella describe que el origen del pecado en el universo involucró no sólo a Lucifer y los ángeles en el cielo, sino también a los habitantes inteligentes de los mundos que Dios había creado en el universo:

“El gobierno de Dios incluía no sólo los habitantes del cielo sino también los de todos los mundos que había creado; y Lucifer llegó a la conclusión de que si pudiera arrastrar a los ángeles celestiales en su rebelión, podría también arrastrar a todos los mundos” (*Patriarcas y profetas*, p. 21; ver también las pp. 15, 22, 23).

Los adventistas (y otros estudiantes de la Biblia) han derivado la naturaleza cósmica del gran conflicto de varios pasajes bíblicos, tales como Efesios 6:12: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales en las regiones celestes”, y 1 Corintios 4:9, que afirma: “Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”. Los adventistas también hemos visto una convocación cósmica que involucra a representantes de diversas partes del universo en Job 1:6, 7; 2:1-7.

Los adventistas comprenden que la guerra en el cielo entre Satanás y sus ángeles y Miguel y sus ángeles (Eze. 28; Isa. 14; Apoc. 12:4-9) *precedió* a la creación de esta Tierra. En realidad, de acuerdo con Elena de White, una de las fuentes de los celos de Lucifer que condujeron a la guerra en el cielo involucraba la creación de esta Tierra y sus habitantes humanos (ver *Patriarcas y profetas*, pp. 14, 15). Como los demás mundos fueron testigos de la guerra en el cielo (*Patriarcas y profetas*, pp. 15-23), obviamente éstos deben haber existido algún tiempo antes de la creación de esta Tierra. Cuánto tiempo antes, no sabemos, pero Elena de White nos deja con la impresión de que Dios fue muy paciente con Lucifer, y todo el proceso de su caída llevó algún tiempo. Por esto, la idea de que otros mundos y aun estrellas, etc., existían antes de la creación de la Tierra, está en armonía con la comprensión tradicional de los adventistas. Además, esto sugeriría que hubo una brecha en el tiempo entre la creación del resto del universo y la de este planeta.

Volvamos ahora a la segunda posibilidad de interpretar Génesis 1:1: “En el principio, *cuando* Dios comenzó a crear los cielos y la tierra, la tierra estaba sin forma y vacía”. Esta segunda posibilidad sugeriría que había *algo* cuando Dios comenzó a crear los cielos y la Tierra. No sabemos exactamente qué es porque el texto no lo dice, pero sea lo que fuere, “estaba sin forma y vacía”. A algunos adventistas les agrada la idea de que había algo allí cuando Dios comenzó a crear los cielos y la Tierra, porque sugeriría que ese *algo* (aunque fuera sin forma y vacío) estaba aquí y podría ser muy antiguo. Esta “materia” muy antigua podría explicar por qué los hombres de ciencia obtienen dataciones radiométricas muy antiguas para la Tierra. Aunque la creación de la Tierra (comenzando con el v. 3) pudo haber sido reciente (hace sólo unos pocos miles de años, como lo sugiere la Biblia), el “material” muy antiguo podría hacer que la Tierra apareciera más antigua de lo que realmente es.

Uno de los problemas más grandes con esta segunda interpretación es que nos deja sin ningún comienzo absoluto para el universo. Esto, a su vez, potencialmente abre la puerta para la idea de que la materia siempre estuvo allí cuando Dios aparece en el “principio” para comenzar la creación. En otras partes de la Biblia se dice muy claramente que la eternidad es un atributo exclusivo de Dios. En realidad, uno de los hechos que la Escritura establece, en otra parte, es que Dios preexiste a todo lo demás. No hay nada que exista que no sea hecho por Dios. De este modo, dar lugar a esta segunda interpretación crea una posible contradicción entre Génesis 1:1 y el resto de las Escrituras. El segundo problema con la segunda interpretación es que no es la traducción más aceptada de Génesis 1:1. La idea de que el primer versículo es una oración completa (“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”) es la lectura tradicional, y es usada en la mayoría de las traducciones, y tiene el apoyo de las versiones más antiguas de la Biblia.

De modo que, ¿cuál es la respuesta? Cuando tenga dudas, ¡quédese con el texto! El contexto deja muy claro que desde el versículo 3 en adelante Génesis 1 habla de la creación de esta Tierra. Si el principio se refiere sólo a la creación de esta Tierra, entonces la Biblia deja el principio inicial del universo sin aclarar. Sin embargo, es claramente la intención de la Biblia, en otros pasajes, hacer saber a todos que Dios creó *todas las cosas*. La expresión “los cielos y la tierra” confirma esto. Así, el “principio” de Génesis 1:1 debe ser el comienzo del universo. Pero Génesis 1:3 habla claramente de la iniciación de la creación que Dios hizo de esta Tierra. Por ello, hay un *cambio de foco* del comienzo del universo en el versículo 1 al comienzo del primer día de la creación de esta Tierra en el versículo 3.

Hay algunos que argumentan que todo el universo fue creado durante la semana de la creación mencionada en Génesis 1:1 a 2:3.

Si no creemos que todo el universo fue creado al mismo tiempo que nuestro planeta, entonces ¿qué significa “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”? Algunas personas han intentado zanjar el problema sugiriendo que el “principio” de Génesis no es el comienzo absoluto de todo lo que hay en el universo.

Volviendo a los datos bíblicos de Génesis: pocos comentarios se ocupan de la palabra para comienzo, *reshit*. Esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Fue creado el universo entero durante la primera semana de la creación, o transcurrió algún tiempo entre la creación del universo y la de nuestro planeta?

Materia preexistente: ¿oración completa o incompleta?

John Sailhamer da tres razones por las que Génesis 1:1 no puede ser un título para el resto del capítulo. Primero, los títulos hebreos no consisten de oraciones completas. Más bien, son sencillamente frases. Segundo, la presencia de la conjunción “y” al comienzo del versículo 2 hace que sea altamente improbable que Génesis 1:1 sea un título. De otro modo, la primera oración del informe de la creación comenzaría con una conjunción (“y”), y esa no es la forma apropiada para comenzar una oración ni en castellano ni en hebreo. Tercero, Génesis 1 tiene al final una declaración de resumen (Gén. 2:1), haciendo que sea poco probable que el autor hubiera puesto una declaración similar al comienzo del pasaje. Dos resúmenes para un solo pasaje sería inusual y poco probable.

Los cielos y la tierra

Nuestra siguiente pregunta es: ¿A qué se refiere “cielos y tierra” en Génesis 1:1? Las palabras hebreas son *shamayim* (cielos) y *érets* (tierra). Varios eruditos hebreos han notado que cuando estos dos términos se usan *juntos* (cielos y tierra) tienen la intención de expresar una sola idea de totalidad por la combinación de dos contrastes o dos extremos. Como lo nota Sailhamer: “Al unir estos dos extremos en una sola expresión... la lengua hebrea expresa la totalidad de todo lo que existe”. Si esta comprensión de “cielos y tierra” es correcta, sugeriría que Génesis 1:1 describe realmente la creación del universo *entero*—incluyendo el sol, la luna y las estrellas— “en el principio”.

Sin embargo, hay un matiz sutil pero crítico en la expresión. Como lo señala Mathews, “aunque la frase ‘cielos y tierra’ ciertamente señala un universo terminado cuando se la encuentras otras partes del Antiguo Testamento, no podemos dejar de considerar la diferencia fundamental entre aquellos pasajes y el contexto presentado antes en Génesis 1, y es que la expresión puede ser usada en forma peculiar aquí, ya que se refiere al evento excepcional de la creación misma. ‘Cielos y tierra’ aquí indica la totalidad del universo, no principalmente un universo organizado y completado”. Lo que Mathews está diciendo es que incorporado implícitamente dentro de la expresión

“cielos y tierra” como aparece en Génesis 1:1 está la idea de que la creación *no está completada*.

La idea de que la creación del cielo y de la Tierra en Génesis 1:1 no estaba completa se confirma en Génesis 2:1, que dice “Fueron, *pues, acabados* los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos”. Génesis 2:1 es la primera indicación explícita en las Escrituras de que la creación estaba ahora finalmente completa. Es breve, la expresión “cielos y tierra” de Génesis 1:1, aunque es una expresión de *totalidad*, no es una expresión de algo *completado*. Una creación completada no es proclamada hasta que los seis días de actividad creativa completaron la obra en esta Tierra.

Las implicaciones de esta comprensión son interesantes y significativas. Primero, es fiel a la traducción más tradicional y probablemente la mejor, de Génesis 1:1: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, y punto. Segundo, los “cielos y la tierra” en realidad significan todo, el universo *entero*. Tercero, pone a Dios claramente como el Creador al comienzo de todo, en armonía con el resto de las Escrituras. Cuarto, crea una separación entre la creación del resto del universo y la de esta Tierra. Es decir, hay otros mundos y seres cuya creación precedió a la nuestra como lo indican otros textos de la Biblia.

Este último punto plantea la pregunta: *¿Cuánto* tiempo separó la creación de la Tierra de la del resto del universo? Eso sencillamente no lo sabemos. Fue durante ese tiempo que Satanás cayó del cielo. Pudo ser un tiempo considerablemente largo.

Y la tierra..

Hay un cambio de significado de tierra en la expresión “los cielos y la tierra” de Génesis 1:1 y la tierra que “estaba desordenada y vacía” del versículo 2. “El término ‘tierra’ en el versículo 1 usado en conjunto con ‘cielos’, indicando con esto el universo entero, distingue su significado de la ‘tierra’ en el versículo 2, donde tiene su típico sentido de la tierra terrenal”.

... desordenada y vacía

Las dos palabras hebreas involucradas aquí son *tohu* (sin forma) y *bolu* (vacía). Aun en castellano nos quedamos un poco perplejos por lo que significa “desordenada y vacía”: ¿Será un bulto vacío y sin forma, la nada?

Algunos han igualado la expresión a “caos”.

En realidad, parece meramente describir una Tierra que es un desierto desolado, esperando la palabra creativa de Dios que la haga habitable para la vida humana. Como dice Isaías: “No la creó [a la Tierra] en vano [*tohu*], para que fuese habitada la creó” (45:18). En este versículo, “vano” o “vacía” (*tohu*) se equipara a “deshabitada”.

Sea la luz...

Aunque ha habido mucha especulación y discusión acerca de la fuente de la luz del primer día, la mayoría de los eruditos bíblicos han tendido a reducir las opciones a dos posibilidades: 1) que la luz provenga de Dios, o 2) que haya venido del sol.

Se usan un buen número de buenos argumentos para sostener la idea de que la fuente de la luz del primer día haya sido Dios.

La luz y el sol

No hay absolutamente ninguna duda de que la Biblia enseña que Dios creó el sol, la luna y las estrellas. En realidad, uno de los puntos principales que presenta la Biblia es que Dios es el Creador de *todas las cosas*.

Aunque no hay dudas que Dios creó el sol, la luna y las estrellas, algunos han cuestionado si estos astros fueron creados realmente en el cuarto día, o si lo fueron algún tiempo antes, tal vez durante el tiempo en que fueron creados los “otros dos” que más tarde fueron testigos de la rebelión de Lucifer. ¿Qué dice el hebreo?

Cuando se compara la gramática y la sintaxis del versículo 14 con la del versículo 6, es obvio que los dos versículos no dicen exactamente lo mismo. Las traducciones castellanas del versículo 14 dicen: “Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche”. El hebreo dice: “Que las lumbreras en la expansión sean para separar el día de la noche”. Sin embargo el hebreo del versículo 14 no tiene una oración completa o cláusula que diga: “Haya lumbreras”. Más bien, es una cláusula dependiente en la que el verbo “haber” aparece unido a un infinitivo (“separar”). Sailhamer arguye que una traducción mejor del hebreo sería: “Haya lumbreras para separar”, como dice la versión castellana.

El versículo 16 es un paréntesis, es decir, el autor insertó esta oración para afirmar un punto importante: que fue Dios quien hizo el sol, la luna y las estrellas. El énfasis aquí, entonces, no está en cuándo fueron creados el sol, la luna y las estrellas, sino en Quién los creó.

CAPÍTULO 5

UNA CREACIÓN RECIENTE

La fecha de 4004 para la creación

La cronología de James Ussher: Generalmente se le da el crédito al arzobispo anglicano James Ussher (1581-1656) por dar la fecha de 4004 a.C. para la creación. Él afirmaba que no sólo podía determinar que la creación ocurrió en el año 4004 a.C., sino que Adán había sido creado a las 9 de la mañana el 23 de octubre de ese año. Ussher obtuvo este último dato revisando ligeramente los cálculos del Dr. John Lightfoot (1602-1675). Lightfoot había escrito en 1644 que “el hombre fue creado por la Trinidad más o menos a la tercera hora del día, o nueve de la mañana”, 3.928 años antes del nacimiento de Cristo. Dos años más tarde, en 1646, Lightfoot conjeturó que la creación habría ocurrido en el equinoccio de otoño (del hemisferio norte), que él calculó que habría caído en el mes de septiembre del 3928 a.C. Ussher aceptó los argumentos de Lightfoot de que la creación habría ocurrido en el equinoccio de otoño a las 9 de la mañana, pero ajustó la fecha de ese equinoccio al año 4004 a.C., de modo que en los cálculos de Ussher, la creación de Adán habría acontecido el 23 de octubre del 4004 a.C. a las 9 de la mañana.

La cronología bíblica de Ussher fue ampliamente aceptada y ha sido usada en las referencias marginales de muchas ediciones de la versión de King James (en inglés). Inicialmente, sólo se usaron sus fechas A.M. (*Anno Mundi*, años desde la creación), comenzando con una edición de Oxford publicada en 1679. Tanto las fechas A.M. como a.C. fueron incorporadas por el Obispo William Lloyd en una edición de Londres de 1701.

Es importante notar que la reconstrucción que hizo Ussher de la cronología bíblica involucraba una mezcla selectiva de datos cronológicos de la versión griega (también conocida como la Septuaginta, o LXX) del Antiguo Testamento. También se cree que fue influenciado por la Midrash hebrea (ver más abajo), la que indica que habría dos veces dos milenios (es decir, 4.000 años) desde la creación del mundo hasta que comenzara el tiempo del Mesías.

Los evolucionistas, por supuesto, se han gozado haciendo bromas con las ideas de Ussher y Lightfoot. En realidad, la precisión de este último al fijar no sólo el mes y el día sino hasta la hora exacta, provocó considerable ridículo. Sin embargo, tanto Ussher como Lightfoot estaban siguiendo meramente la comprensión corrientemente aceptada que se puede rastrear hasta los primeros cronólogos judíos helenistas. Este pensamiento sostenía que los actos creativos de Dios, relatados en Génesis 1 iniciaron el tiempo terrestre, incluyendo el ciclo anual. No es sorprendente, entonces, que estos cronólogos judíos supusieran que el primer día de la creación iniciara no sólo la primera semana de siete días, sino también el primer día del mes primero, así como el primer día del primer año de la historia de la Tierra.

La crónica judía completa más antigua, y que contiene el esquema cronológico más generalmente aceptado por los judíos hoy, es la de *Seder Olam Rabbah*, o “Libro del orden del mundo”. Se cree, generalmente, que es mayormente la obra del rabí Yose (Yose ben Halafta). Registra los eventos y sus fechas A.M. desde la creación del mundo hasta la rebelión de Bar Kokhba contra los romanos (alrededor del 131 d.C.).

Un evento clave en el cual una fecha de la historia secular se correlaciona con las fechas judías A.M. es la segunda destrucción del templo en los años 69-70 d.C., que equivale a la fecha judía de 3830 A.M., es decir, el templo fue destruido 3.830 años desde la creación de acuerdo con la cuenta de los judíos. Restando 69 años de 3.830 nos proporciona una fecha a.C. para la creación, de acuerdo con el calendario judío: 3761

a.C. Otra vez de acuerdo con este modelo, la creación ocurrió en el primer mes del primer año. Ya que el primer mes del año judío ocurría en el otoño, en el mes que ellos llaman Tishri (que abarca partes de nuestro septiembre y octubre), los cronólogos judíos supusieron que tanto el comienzo del tiempo como la creación se iniciaron al comienzo de su año. Los meses judíos comenzaban en el momento preciso de una luna nueva. Cálculos astronómicos determinaron que en el año 3761 a.C. la luna nueva marcaba que Tishri 1, el primer día del primer mes del año judío, comenzaba en lo que nosotros llamaríamos domingo, 6 de octubre a las seis y once minutos de la mañana, tiempo de Jerusalén. Este es el comienzo de la historia de la Tierra de acuerdo con la manera de entender de los judíos. Basados en una fecha de la creación del 3761 a.C., la mayoría de los judíos cree que en 1999 la Tierra tendrá exactamente 5760 años de antigüedad (debemos recordar que los años de ellos no corresponden exactamente con los nuestros).

Volviendo a Ussher y Lightfoot, se puede ver que su intento por identificar no sólo el año de la creación, sino también el mes, el día y la hora, estaba en armonía con la práctica de los cronólogos bíblicos de por lo menos el segundo siglo antes de Cristo. Basados en la suposición de que la creación comenzó con la aparición de la primera luz del primer día del primer mes del año judío (hebreo), sólo hay que determinar el año correcto y entonces hacer el cálculo astronómico para ese año para determinar cuándo comenzó la primera luna nueva para ese año. Entonces se tiene también el mes, el día, y la hora de la creación. Donde Ussher difería de sus predecesores judíos fue en cómo interpretaba y calculaba los datos cronológicos de la Biblia. De acuerdo con Jack Finegan, Ussher fue influenciado por cálculos (¿y presuposiciones?) elaborados por los eruditos de la Edad Media que determinaron que Cristo nació exactamente 4.000 años después de la creación del mundo. Basando su punto de vista en la evidencia histórica de que Herodes el Grande había muerto en lo que equivaldría al año 4 a.C. de nuestro calendario moderno, y sabiendo que Cristo nació mientras Herodes todavía vivía, Ussher supuso que Jesús nació en el año 4 a.C. Por lo tanto ajustó sus fechas A.M. de modo que el año 4.000 A.M. equivaliera al año 4 a.C. De este modo, se conservó la idea que Jesús nació exactamente 4.000 años después de la creación del mundo.

¿Seis mil años para los seis días de la creación?

Cuando uno repasa los datos cronológicos disponibles en la Biblia (ver el *Comentario bíblico adventista*, t. 1, pp. 183-207), a difícil lograr que los años entre la creación y el nacimiento de Jesús sean exactamente 4.000 años como dice Ussher, sin ajustar o ignorar algunos de los textos bíblicos. ¿Por qué creyó Ussher que todos esos datos tenían que caber en 4.000 años? Aunque no lo sabemos a ciencia cierta, Ussher aparentemente fue influenciado por una creencia bastante extendida entre los judíos, los primeros cristianos, y aun los paganos, de que el mundo duraría sólo 6.000 años. Como nota el *Comentario bíblico adventista* (t. 1, p. 206), esta idea tuvo sus orígenes en la mitología antigua (persa y etrusca) como también en el pensamiento judío temprano. En el *Talmud babilónico*, por ejemplo, los rabinos judíos citan un Midrash por el cual se creía que la historia se dividía en tres épocas de 2.000 años cada una. La primera época fue una época de caos; la segunda, la época de la Ley; y la tercera, la época del Mesías (lo que suponía que la creación del mundo habría sido 4.000 años antes del nacimiento del Mesías, o cerca de 4.000 a.C.). Estos 6.000 años serían seguidos por mil años de reposo. Como el origen de esta enseñanza no puede ser datada con exactitud, es difícil decir con certeza cuán difundida era esta creencia dentro del judaísmo, o en qué momento se originó.

La idea de que el mundo duraría unos 7.000 años continuó siendo ampliamente aceptada entre los primeros padres de la Iglesia. Uniendo Génesis 1, Salmos 90:4 y 2

Pedro 3:8, los padres de la iglesia razonaron que siendo que Dios creó el mundo en seis días, y un día puede ser equivalente a mil años, el mundo mismo duraría 6.000 años. Después de esto vendrían los mil años de reposo “sabático” en que no existiría la maldad, equivalente al sábado. Es interesante notar que algunos de los primeros padres de la iglesia del segundo y el tercer siglo d.C. creyeron que la creación había ocurrido cerca de 5.500 años antes de Cristo, es decir, alrededor del 5.500 a.C. Esto significaba que el retorno de Jesús era esperado para alrededor del año 500 d.C. Cuando el Señor no regresó como lo esperaban, el tiempo antes de Cristo fue reducido por eruditos posteriores de la iglesia, durante la Edad Media, mientras que se añadió tiempo después de Cristo, de modo que se mantuviera el escenario de 6.000 años. Obviamente, esta no es una manera objetiva de tratar los datos bíblicos, los que deberían poder hablar en sus propios términos.

Problemas para establecer una fecha exacta de la creación

Está más allá del plan de este breve capítulo intentar reconstruir una cronología bíblica para la edad de la Tierra. Un intento sólido, basado en la Biblia, se ofrece en el *Comentario bíblico adventista* (t. 1, pp. 183-207) para quienes tuvieran interés en saber cómo sería esa cronología. Es importante notar, sin embargo, que estudiantes de la Biblia, con mucha experiencia, han confrontado varios desafíos al tratar de reconstruir una cronología precisa de la historia de la Tierra, lo cual les ha enseñado a ser cuidadosos y a evitar el dogmatismo. A manera de ilustración, en 1738, Des Vignolles, de la Real Sociedad de Berlín, conocía por lo menos doscientas cronologías bíblicas *diferentes* que distintos eruditos habían propuesto. Todas ellas sostenían una fecha para la creación entre 6.000 y 10.000 años antes del presente (la vasta mayoría sostenía una edad aproximada a los 6.000 años para la Tierra), pero ninguna de ellas era exactamente igual a otra.

Existen unos cuantos desafíos que todo cronólogo afronta cuando intenta reconstruir una cronología de la historia de la Tierra a partir de la Biblia. A veces, los datos bíblicos que tenemos son difíciles de armonizar. Por ejemplo, la mayoría de los datos cronológicos para reconstruir la historia bíblica entre Abraham y la creación se encuentran en el libro del Génesis. Cuando leemos el Génesis en nuestro propio idioma, es fácil olvidar que estamos leyendo una traducción de un lenguaje antiguo original, en este caso, el hebreo. Aunque los adventistas comparten un elevado concepto de las Escrituras (entendemos que la Biblia es la infalible Palabra de Dios), la mayoría de nuestras Biblias tuvieron que ser traducidas de un texto antiguo. Lo que la mayoría de las personas olvida, o no sabe, es que los textos antiguos del Génesis proveen, por lo menos, tres sistemas cronológicos de entre los cuales escoger: 1) los números del texto hebreo (también llamado masorético); 2) los de la traducción griega del Antiguo Testamento (conocido como la Septuaginta o LXX); y 3) los del Pentateuco samaritano. Los números cronológicos, digamos, de las genealogías de Génesis 5 y 11, son diferentes en cada uno de esos antiguos manuscritos bíblicos. De modo que, ¿cuál conjunto de cifras deberíamos elegir? La mayoría de los eruditos han concordado en que el texto hebreo o masorético es el más confiable y lo han usado, en general, como la base para hacer las traducciones. Para quienes hablamos castellano, la versión favorita es la de Reina-Valera, que es una traducción basada en el texto masorético. Aunque la mayoría de los eruditos bíblicos adventistas concuerda en que el texto masorético es el mejor, queda el hecho de que a veces algunos de los escritores del Nuevo Testamento (tales como Pablo), especialmente quienes ministraban a audiencias y congregaciones de habla griega, usaban la Septuaginta o versión griega del Antiguo Testamento.

Esto plantea la siguiente pregunta a los eruditos bíblicos, especialmente a los que están interesados en llegar a los números cronológicos originales y auténticos de la Biblia: ¿Deberíamos, en algunos pasajes, usar los números del texto griego en lugar de los del texto hebreo? Parece que en general el texto hebreo masorético es más confiable, pero el hecho es que no estamos seguros. El distinguido erudito adventista del Antiguo Testamento, el Dr. Gerhard Hasel, concluyó: “No se conoce actualmente ninguna solución sencilla” con respecto al “problema de prioridad sobre las diferentes cifras en estas recensiones”. Es decir, sencillamente no estamos seguros de qué conjunto de números de cuál versión antigua es, en muchos casos, la original.

Hemos estado hablando, principalmente, de los números en Génesis 5 y 11. Hay problemas semejantes con otros textos que se usan para reconstruir la cronología bíblica. Por ejemplo, uno de los textos claves para determinar la longitud del período en que Israel peregrinó en Egipto (el tiempo que va desde que los hermanos de José se mudaron a Egipto hasta el éxodo) incluye Éxodo 12:40. El texto masorético dice: “Los hijos de Israel vivieron en Egipto 430 años”. Si uno usa la fecha de 1450 a.C. para el éxodo, entonces la entrada de Jacob y sus hijos a Egipto ocurrió alrededor del 1870 a.C. Sin embargo, si uno usa el Antiguo Testamento griego (la Septuaginta o LXX), entonces el texto dice: “Los hijos de Israel vivieron en Egipto y en Canaán 430 años”. Esto reduce el tiempo pasado en Egipto en 215 años. Si uno fuera a calcular la entrada en Egipto usando la LXX, tendríamos sólo que añadir 215 años a la fecha del éxodo (1450 a.C.), lo que nos lleva al año 1665 a.C. para la fecha en que los hermanos de José entraron en Egipto.

Números redondos. Algunos eruditos han notado que los números en las genealogías de Génesis 5 y 11 parecen estar redondeados. Cuando consideramos la edad de los patriarcas cuando nació su primer hijo, trece de veinte son divisibles por cinco. En forma similar, las duraciones dadas para la vida de diez de los veinte patriarcas son divisibles por cinco. Como nota Brown, si tomamos todos los números como literales, todavía hay lugar para un factor de incertidumbre de hasta 25 años para la fecha del diluvio, y hasta de 50 años para la fecha de la creación.

Incertidumbre acerca del calendario. Muchas veces en la Biblia se dice que un evento ocurrió en cierto año de la vida de una persona. El problema es que no conocemos exactamente cuándo ocurrió ese evento con respecto a nuestro año moderno, ya que los calendarios antiguos no correspondían exactamente con el nuestro. Tratar de unir un acontecimiento antiguo con nuestro calendario actual significa que podríamos estar, por accidente, hasta un año lejos de la cifra real.

Un problema relacionado era la práctica antigua de calcular el tiempo en forma inclusiva, por el cual unidades de tiempo incompletas (día/mes/año) eran contados como si fueran completas. Si un período comenzaba, digamos, el 31 de diciembre de un año, y terminaba el 1° de enero del tercer año, sólo transcurrieron doce meses y un par de días de tiempo real, y nosotros diríamos que el período duró un año y dos días. Pero en los tiempos antiguos ese período duraba tres años, porque comenzaba un año, seguía a lo largo del segundo año, y terminaba en el tercer año. El ejemplo más claro del Antiguo Testamento se encuentra en 2 Reyes 18:9 y 10, donde se da la impresión de que el sitio asirio de Samaria duró tres años. En realidad, el sitio duró sólo un par de años, comenzando el cuarto año de Ezequiel y terminando durante su sexto año. El escritor bíblico, usando el sistema de cálculo inclusivo, registró los dos años de tiempo real como tres (ver el *Comentario bíblico adventista*, t. 2, p. 140).

La cronología reciente sigue siendo válida. La razón para señalar estos problemas no es para socavar la exactitud o la veracidad de la Biblia. Sencillamente es para destacar que no es actualmente posible reconstruir una cronología bíblica perfecta a partir de los

datos bíblicos como nos han llegado en las diversas traducciones. Esto de ninguna manera altera el mensaje de la Biblia, su verdad teológica, o la historicidad de los eventos que describe. Sencillamente señala que una *cronología* completa, abarcante y precisa no era aparentemente la meta de los escritores bíblicos. Esto debería advertirnos contra ser demasiado dogmáticos acerca de los problema cronológicos. No sabemos, por ejemplo, el año exacto de la creación. Los datos bíblicos son mejores en darnos un tiempo aproximado que un tiempo exacto.

Al mismo tiempo, sin embargo, es claro que, no importa cuál reconstrucción cronológica adoptemos, todas apuntan a una *creación reciente* de la vida sobre la Tierra, y esto es lo que separa a los cristianos conservadores, creyentes en la Biblia, del resto del mundo secular.

Elena de White y los primeros capítulos del Génesis

Elena de White claramente aceptó una creación reciente. En realidad, algunos eruditos han contado más de cuarenta declaraciones que afirman que un período de “unos”, “cerca de”, “más de” 6.000 años han pasado desde la creación. Obviamente, estas no son declaraciones de precisión, sino de aproximación. Algunos se han preguntado cuán rígidamente se aferró Elena de White a una Tierra de 6.000 años de edad. Al escribir *El conflicto de los siglos*, la hermana White explicó libremente que ella debía a fuentes históricas no inspiradas ciertos hechos y fechas. Algunos se han preguntado si, de la misma manera, sus afirmaciones sobre los 6.000 años fueron sencillamente obtenidas de las declaraciones marginales de la versión de King James, las cuales no tenían la intención de ser pronunciamientos finales, inspirados y dotados de autoridad con respecto a la edad de la tierra.

En el siglo XIX, las fechas dadas por Ussher fueron aceptadas por la mayoría como la mejor reconstrucción histórica de la cronología bíblica disponible en ese entonces. De ese modo, es posible que Elena de White sencillamente utilizara en sus propios escritos la ampliamente aceptada cronología de Ussher, de manera similar al uso que hizo de otras fuentes históricas extrabíblicas. Sin embargo, es claro que la hermana White tenía una preocupación cronológica tanto como geológica en algunos de sus escritos. En *Spiritual Gifts*, tomo 3, claramente aboga por una creación reciente y está directamente en contra de la idea de largos períodos.

“Los geólogos incrédulos pretenden que el mundo es mucho más antiguo de lo que dice la Biblia. Ellos rechazan el registro bíblico, por causa de aquellas cosas que son para ellos evidencias de la Tierra misma, de que el mundo existió por decenas de miles de años...

“Se me ha mostrado que sin la historia bíblica, la geología no puede demostrar nada. Las reliquias que se encuentran en la Tierra dan evidencia de un estado de cosas que difiere en muchos aspectos del presente. Pero el tiempo de su existencia, y cuánto tiempo han estado esas cosas en la Tierra, sólo se pueden entender por la historia bíblica” (*Spiritual Gifts*, t. 3, pp. 91-93).

Sus declaraciones claramente muestran que ella conocía tanto la teoría de la evolución como la teoría de los “días-épocas”, y que explícitamente rechazaba ambas.

Confiablez de los datos cronológicos de la Biblia

Hay varias razones por las cuales no deberíamos simplemente ignorar, abandonar o desestimar una creación reciente. Lo más obvio es que estamos tratando con un libro que se considera la Palabra inspirada de Dios. Como se indica en el *Comentario bíblico adventista*. “Toda la Escritura es dada por inspiración de Dios, aunque la Escritura no pretende tener el registro de toda la historia. Cada vez que se dispone de pruebas

fidedignas, es animador ver cómo el registro de las Escrituras resulta vindicado como historia exacta” (t. 1, p. 206).

La investigación cuidadosa de muchos rasgos cronológicos de la Biblia ha mostrado que es sorprendentemente exacta. Durante muchos años los eruditos pensaron que los datos cronológicos en los libros de los Reyes y de Crónicas eran muy poco confiables e inexactos para hacer reconstrucciones históricas. Un joven erudito adventista, Edwin Thiele, tenía confianza de que la Biblia conservaba información cronológica confiable. El problema era que los eruditos no la entendían. Thiele escribió una disertación sobre este problema, en la Universidad de Chicago, mostrando que los escritores bíblicos realmente usaban un par de esquemas cronológicos para computar los reinados de los antiguos reyes hebreos. En vez de contradicciones, Thiele pudo demostrar la armonía y la exactitud de los números cronológicos de la Biblia.

Las genealogías y la historia bíblica

Brechas genealógicas ¿Hay brechas en las genealogías bíblicas? Sí, en algunas genealogías hay brechas. Se puede demostrar esto comparando las genealogías bíblicas entre sí. Por ejemplo, cuando comparamos la genealogía de Jesús dada en Mateo 1 con los datos genealógicos provistos en 2 Reyes 8:25; 12:1; 14:1; 23:34 y 1 Crónicas 3:16, podemos ver que Mateo no incluyó por lo menos cuatro nombres en la genealogía de Jesús: Ocozías, Joas, Amasías y Joacim. Una comparación de la genealogía de Esdras 7:1-5 con la de 1 Crónicas 6:3-14 revela que Esdras dejó afuera seis nombres: Amarías, Ahitob, Sadoc Ahimaas, Azarías y Johanán.

Algunas genealogías no sólo tienen brechas, sino también exhiben nombres en la lista que no están en la relación de padres a hijos. Por ejemplo, las genealogías en 1 Crónicas 1 registra hermanos como si fueran antepasados el uno del otro. Una lectura directa hace aparecer como si Jafet fuera el hijo de Cam, y Cam el hijo de Sem. Afortunadamente, el Génesis nos proporciona la información necesaria para darnos las relaciones biológicas reales entre estos tres hijos de Noé.

Para algunas personas, la idea de que las genealogías puedan contener brechas o mostrar relaciones que no son directas padres-hijos puede parecer sorprendente, y aun perturbador. Sin embargo, cuando nos damos cuenta de que la omisión de generaciones en una genealogía es una práctica muy común tanto en pueblos tribales modernos como en los del mundo bíblico, esa práctica no parece tan inusual; en realidad, hasta se esperaría que estuviera presente. La razón por la que las listas genealógicas del Cercano Oriente con frecuencia omiten nombres, es que las *relaciones biológicas reales* rara vez han sido importantes, excepto en un contexto social muy inmediato, tal como cuando a alguien le toque heredar la riqueza de la familia o asumir un cargo social o político. Las listas genealógicas eran muy importantes para establecer la membresía o una relación en un grupo social mayor.

Sin embargo, a pesar de la posibilidad de que haya brechas en las genealogías, se puede construir una cronología bíblica a partir de los datos cronológicos separados de las genealogías. Las únicas genealogías que se necesitan para construir una cronología de los tiempos primitivos son las que se encuentran en Génesis 1-11, y estas listas son singulares entre las genealogías bíblicas.

Las genealogías de Génesis 1 al 11

Las genealogías de Génesis 1-11 son diferentes de los ejemplos del antiguo Cercano Oriente. Recientemente, Richard S. Hess ha alegado y demostrado que ninguna de las genealogías comparativas del antiguo Cercano Oriente tienen realmente un paralelo preciso con ninguna de las formas genealógicas que se encuentran en Génesis 1-11.

Además, Hess muestra que la función primaria de las genealogías bíblicas es significativamente diferente de las genealogías extrabíblicas del antiguo Cercano Oriente. Hess alega que, en contraste con las otras genealogías, las de Génesis 1-11 están uniformemente interesadas con líneas ancestrales que involucran relaciones que son sólo de parentesco, es decir, de padre a hijo, o de padre a descendientes. No hay ninguna agenda socio-política evidente en las primitivas genealogías de Génesis 5 y 11.

Peculiar al Génesis es lo que Hasel llama la “fórmula crono-genealógica” Esto es, cuando los datos genealógicos se combinan con la duración real de la vida. Como lo ilustran Génesis 5 y 11, la fórmula aparece como: “Cuando X vivió tantos años engendró a Y; después que engendró a Y vivió tantos años; en total vivió Z años”. Como lo señala Hess, aunque algunas listas de reyes del antiguo Cercano Oriente incluyen números que registra la longitud de su reinado, y aunque esas cifras son increíblemente grandes, nunca aparece registrado en las listas de los reyes del antiguo Cercano Oriente la longitud de los años que vivieron y la edad a la cual el siguiente nombre fue engendrado.

En contraste con las genealogías del antiguo Cercano Oriente, las genealogías de Génesis 4, 5 y 11 nunca usan términos tales como “hijo” para describir las relaciones de parentesco entre las generaciones. Esto es, el foco no está en el hijo, ni es desde la perspectiva del hijo o del descendiente. Más bien, el foco de cada unidad generacional está en el padre que “engendra” al hijo, la perspectiva ancestral. El movimiento genealógico en Génesis 1-11 es del antepasado más antiguo al más reciente, al contrario de otras genealogías del antiguo Cercano Oriente.

Una característica adicional de las crono-genealogías de Génesis 5 y 11 es que en armonía con la perspectiva de que el padre engendra, está la expresión *wayyoled 'et* (“y él engendró a fulano”). En hebreo este verbo aparece en lo que se llama la forma verbal *hiphil* y casi siempre se refiere a la paternidad física de sus descendientes (por ejemplo, Juec. 11:1; 1 Crón. 8:9; 14:3; 2 Crón. 11:21; 13:21; 24:3).

¿Cuál es, entonces, el propósito de esas genealogías primitivas en el Génesis? Ellas revelan los fracasos del pasado e impulsan al lector hacia adelante en la historia; también señalan los antepasados comunes y la humanidad de todos los pueblos. La pregunta que intriga es: ¿Por qué la información cronológica está incluida dentro de la genealogía? Aunque el propósito inmediato puede no haber sido proveer una cronología para la historia del mundo, la longitud de vida registrada revela cosas interesantes acerca de nuestra historia.

La longitud de vida que se superpone en los primeros patriarcas

Un problema final para muchos que han considerado el tema genealógico y que generalmente se pasa por alto, es el punto de vista de Elena de White. Una lectura directa de *Patriarcas y profetas* sugiere que Elena de White entendió las genealogías de Génesis 5 y 11 de manera histórica literal sin brechas. Para ella, estos no eran sencillos detalles incidentales que adoptó sin pensar. Más bien, estos eran detalles teológicamente importantes para su comprensión, dentro del marco del tema del gran conflicto, ya que Dios nunca ha estado sin testigos suyos sobre la Tierra. Por eso, ella plantea que Adán, que vivió casi mil años, testificó fielmente a la gente de su tiempo hasta la novena generación (p. 68). Ella fortalece la idea de que pudo haber sido un testigo fiel y exacto, recordándoles a sus oyentes que los antediluvianos no tenían registros escritos sino que tenían buenas memorias capaces de captar, retener e impartir información a su posteridad. Por ello, la hermana White señala que hubo siete generaciones que vivieron sobre la Tierra en forma contemporánea, teniendo la oportunidad de consultarse mutuamente y de beneficiarse con el conocimiento y la experiencia de todos (p. 70).

Elena de White amplía esto, dando detalles que no están explícitos en el texto mismo, pero que justificadamente pueden inferirse de él. Por ejemplo, ella escribe que Enoc oyó “de labios de Adán” la “triste historia de la caída” así como la historia de “la gracia de Dios contenidas en la promesa” (p. 71). En otra parte, ella nota que Enoc vivió precisamente hasta el tiempo antes del diluvio (*Spiritual Gifts*, t. 3, p. 59), y que tanto Matusalén como Noé comprendieron la traslación de Enoc como una advertencia de la proximidad del diluvio (*Joyas de los testimonios*, t. 3, p. 43; *Spiritual Gifts*, t. 3, pp. 58, 59). Además, ella afirmó que la gente de Babel no tenía excusa alguna por su rebelión, porque podrían haber aprendido la verdad acerca del diluvio de los sobrevivientes que todavía vivían en ese tiempo (*Patriarcas y profetas*, pp. 114, 115). Ella resume estos capítulos de *Patriarcas y profetas* haciendo notar que existió una línea no interrumpida que conservó la verdad desde el tiempo de Adán hasta el tiempo de Sem (p. 117).

El único lugar donde se podría señalar una brecha en la lista patriarcal (y es un argumento reconocidamente basado en el silencio de Elena de White) es entre Peleg y Nacor (es decir, Reu y Serug). Sin embargo, no podemos poner a estos individuos muy atrás, en un pasado remoto, ya que parece que hay una posible memoria histórica de ellos, conservada en los nombres de varias ciudades antiguas de Mesopotamia. En realidad, parece que Peleg, Reu, Serug, Nacor y Taré, todos tienen ciudades con sus nombres: Paliga (en la boca del río Khabir), Rugulihi, Sarugj (cerca de Harán), Til-Nahiri, Til Turakahi. Como estas ciudades fueron fundadas en tiempos históricos, parecería que las personas por las cuales recibieron el nombre no pueden ser colocadas en un pasado demasiado distante en la historia postdiluvial (con grandes brechas de tiempo que las separen). De otro modo, sin duda habrían sido olvidados, y ninguna ciudad hubiera recibido el nombre de ellos.

En resumen, entonces, cuando se consideran las características singulares de las genealogías de Génesis 5 y 11 (sus fórmulas crono-genealógicas, la forma verbal *hiphil* de “engendró”, el propósito familiar, y la perspectiva de Elena G. de White acerca de los testigos superpuestos parcialmente), es difícil dejar a un lado los datos cronológicos de Génesis 5 y 11 como sin valor histórico. Además, tanto la forma verbal en *hiphil* como la fórmula genealógica hacen difícil insertar generaciones adicionales en las genealogías para agregar más tiempo. Ciertamente, no parece haber mucho lugar para añadir una cantidad de tiempo en las genealogías para resolver problemas de tiempo que los creacionistas confrontan con la geología evolucionista. Aun si se sugiriera que algunos de los números fueron redondeados o que podría haber lugar para una brecha por allí, seguramente involucraría sólo unos pocos años y no los cientos de miles o millones que requiere la ciencia convencional.

En última instancia, entonces, el asunto se reduce a fe y confianza en la Palabra de Dios como una fuente confiable para el origen y la historia temprana de nuestra Tierra.

CAPÍTULO 6

UNA MIRADA MÁS DE CERCA AL RELATO DE LA CREACIÓN: ¿HAY CONTRADICCIONES ENTRE GÉNESIS 1 Y 2?

Aun para el lector superficial, la conclusión del primer capítulo de Génesis da la impresión de una creación completada:

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.

“Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.

“Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Gén. 1:31-2:3).

De este modo, algunos lectores han quedado perplejos por varios versículos del capítulo siguiente que parecen hacer una lista de cuatro cosas que Dios *todavía* no había creado. Específicamente, después de reiterar en Génesis 2:4 que Jehová Dios hizo “los cielos y la tierra”, el versículo 5 sigue diciendo que Dios *todavía* no había hecho: 1) las “plantas del campo”, 2) la “hierba del campo”, 3) “ni había hombre para que labrase la tierra”, y 4) “no había hecho llover sobre la tierra”. ¿No indica claramente el capítulo 1 la creación del hombre y las plantas, antes del fin de la primera semana de la creación? ¿Existe una contradicción entre los capítulos 1 y 2?

Algunos eruditos bíblicos críticos han tratado de explicar estas diferencias pretendiendo que algunas partes del Génesis fueron escritas por diferentes autores en momentos diferentes. Está más allá del plan de este capítulo tratar todas estas aseveraciones de los críticos históricos con respecto a los dos primeros capítulos del Génesis. Una cantidad de eruditos han examinado los diversos argumentos de que dos o más autores o fuentes están detrás de la composición de Génesis 1 y 2, y no los han encontrado concluyentes.

Obviamente, si uno aceptara la idea de que el Génesis fue escrito por múltiples autores, en vez de Moisés, surgirían una cantidad de preguntas. Los que aceptan estas ideas, generalmente también dudan de la inspiración divina de la Biblia como un todo y de la historicidad del informe de la creación que da el Génesis. Este concepto crítico de que el Génesis no es inspirado ni fue escrito por Moisés, ciertamente no ha sido la idea tradicional de los judíos ni de los cristianos. Los cristianos que creen en la Biblia señalan que los apóstoles y Cristo se refieren con frecuencia a diversas porciones del Génesis como Escrituras inspiradas divinamente (ver por ejemplo, Rom. 4:17; Gál. 3:8; Heb. 4:4; Sant. 2:23).

Especialmente interesante es la referencia a los dos primeros capítulos de Génesis en el comentario de Jesús a los fariseos acerca de la permisividad del divorcio (Mat. 19; Mar. 10). Jesús preguntó: “¿Qué os mandó Moisés?” (Mar. 10:3). Cuando ellos contestaron citando Deuteronomio 24:1-4, Jesús les replicó citando Génesis 1:27 y 2:24 (Mat. 19:4, 5; Mar. 10:6-9). Claramente, el contra-argumento de Jesús, derivado de Génesis 1:27 y 2:24, estaba basado en la suposición de que Moisés escribió esos pasajes; de otro modo su argumento no hubiera tenido autoridad.

Los adventistas, incluyendo los pioneros, han creído por largo tiempo que Moisés fue el autor del Génesis. Elena de White escribió que mientras Moisés peregrinaba en Madián, “bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribió el libro de Génesis” (*Patriarcas y profetas*, p. 256). Basados tanto en la evidencia de las Escrituras, incluyendo el testimonio inferido y explícito de los apóstoles y de Jesús, así como en la comprensión de Elena de White y de los pioneros, la abrumadora mayoría de los

adventistas ha estado renuente a adoptar una posición crítica que negase la autoría del Génesis por Moisés, inspirado por Dios, incluyendo los dos primeros capítulos. Pero, ¿qué se hace, entonces, con las aparentes contradicciones que los eruditos críticos atribuyen a diferentes autores o fuentes? Yo creo que examinando más de cerca el texto podemos encontrar respuestas a estas perturbadoras preguntas.

Un examen más cercano del texto

Cualquiera que lee cuidadosamente el primer capítulo del Génesis puede notar fácilmente que el informe de los siete días de la creación no termina realmente en el versículo 31 del capítulo 1. Más bien, la descripción de las actividades de Dios durante esta primera semana de la historia del mundo realmente continúa en los primeros versículos del capítulo 2. La mayoría de los eruditos y los estudiantes avanzados de la Biblia sabe que las divisiones en capítulos y versículos no fueron proporcionados por los autores originales del texto bíblico; antes bien, fueron insertados mucho más tarde y a menudo dividen el texto de manera arbitraria. En realidad, para corregir esta división arbitraria algunas versiones modernas indican dónde hay una división natural y real dejando un espacio o un subtítulo, por ejemplo, entre Génesis 2:4a y 2:4b, exactamente en medio de este versículo (ver las versiones *Dios habla hoy*, *Biblia de Jerusalén* y *Reina-Valera 95*).

El tema del capítulo 2, por lo tanto, realmente comienza en 2:4 y, como se notó más arriba, el primer punto que presenta esta nueva sección es que había cuatro cosas que *todavía no* existían después que Dios había completado la Tierra y los cielos: las plantas del campo, la hierba del campo, la lluvia y el hombre para labrar la tierra. ¿Cómo es que estas cuatro cosas *no* existían *todavía* después que Dios había anunciado que su creación estaba completa? ¿Son estas cosas, especialmente las plantas y el hombre, en algún sentido diferentes de lo mencionado en el capítulo 1? Si es así, ¿cómo y por qué llegaron a existir estas cosas? La respuesta a estas preguntas es lo que quiere señalar el capítulo 2.

Los términos hebreos para vegetación en Génesis 1 y 2

Aunque la mayoría de los eruditos que han estudiado los primeros dos capítulos del Génesis parece haber supuesto que las palabras y frases para las plantas o la vegetación usadas en Génesis 1:11, 12 y 2:5 tienen el mismo significado, el hecho es que las palabras hebreas usadas en estos dos capítulos no son las mismas. Génesis 1:11 y 12 dice realmente: “Que la tierra produzca vegetación (heb. *deshè*), plantas que den semillas (heb. *esev matsry=tsr=*) [de acuerdo con sus especies], y árboles que den fruto (*‘es pry asa pry*) con semillas de acuerdo con sus especies”. Génesis 2:5, por otro lado, dice que antes de la creación del hombre no había plantas [arbustos] en el campo (heb. *siah ha-sadeh*), ni había hierba del campo (heb. *‘esev ha-sadeh*). Aun quienes no saben leer hebreo pueden ver que las palabras usadas en los dos capítulos no son idénticas.

Sin embargo, todavía puede hacerse la pregunta: ¿Significan las expresiones botánicas *siah ha-sadeh* y *‘esev ha-sadeh* lo mismo que los términos que aparecen en Génesis 1:11 y 12? A lo largo de los años, parece que muchos comentaristas han supuesto esto.

Sin embargo, una lectura más cuidadosa del texto revela que los términos botánicos de Génesis 1:11 y 12 y de Génesis 2:5 no tienen un significado idéntico. La palabra *siah* aparece sólo tres veces en la Biblia hebrea: Génesis 2:5, 21:15 y Job 30:4 y 7, mientras que la expresión completa *siah ha-sadeh* es única, y aparece sólo en Génesis 2:5. Los contextos tanto de Génesis 21:15 como Job 30:4 y 7 aclaran que la *siah* es una planta

adaptada a un ambiente seco o desértico. Como tal, es más probable que sea una planta espinosa.

De acuerdo con Michael Zohary, un botánico israelí, hay más de 70 especies de plantas espinosas en la flora de Israel; más de 20 de ellas son mencionadas en las Escrituras. Estas plantas, aunque esenciales para los ecosistemas frágiles de las regiones secas y desérticas, generalmente los agricultores las clasifican como intrusivas y perjudiciales. No son del tipo de plantas que un agricultor del antiguo Cercano Oriente cultivaría deliberadamente en su chacra, ni probablemente fueron plantas incluidas entre las especies que Dios plantó en el jardín al oriente en el Edén, llenándolo de “todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer” (Gén. 2:9). De este modo, una de las plantas que *todavía no* existía al comienzo de la narración de Génesis 2:4b eran las xerófitas espinosas, la plaga de los agricultores. ¿Qué está tratando de decir el autor aquí, entonces? Para entender mejor esto, vayamos primero a las siguientes plantas que *todavía no* existían, las “hierbas del campo”.

La hierba del campo

Aunque de los otros términos botánicos en Génesis 2, *‘esev* (hierba) es bastante común en el texto hebreo, aparece como expresión completa, *‘esev ha-sadeh* (“hierba del campo”), sólo en Génesis 2:5 y 3:18. En Génesis 3:18, “plantas del campo” se designa específicamente como alimento para Adán, que tendría que comer como resultado de su pecado y que aparecerían directamente como fruto del “dolor” y del “sudor de tu rostro”. En otras palabras, las “plantas o hierbas del campo” son aquellas plantas que se producen específicamente por el esfuerzo con que el hombre fue castigado *por causa de su caída en el pecado*. Como lo señala un investigador, “estas especies no existían, o no se encontraban en la forma que nosotros conocemos hasta después de la trasgresión de Adán, y fue como consecuencia de su caída que llegaron al mundo y recibieron su forma actual”. El hecho es que Génesis 3:19 declara explícitamente que estas plantas serían usadas para hacer el pan, lo cual indicaría que la expresión “hierbas o plantas del campo” se refiere específicamente a los granos bien conocidos en el Cercano Oriente que se usan para hacer pan: o sea, trigo, cebada y otros granos. En el Cercano Oriente, la producción de estas plantas exige trabajar el suelo, otro rasgo de estas plantas que se menciona específicamente en el texto.

Tomadas en conjunto, entonces, estas dos expresiones botánicas: “plantas del campo” y “hierbas del campo”, abarcan, no el reino vegetal entero, sino más bien esa parte del reino vegetal que son la preocupación de los cultivadores.

No había hombre para que labrase la tierra

La necesidad de la mano de obra humana en la producción de las “hierbas del campo” nos lleva al siguiente elemento que *todavía no* existía: un hombre para que labrase el suelo. Otra vez, algunos estudiosos han supuesto que Génesis 2:5b contradice al capítulo 1 porque, aunque este pasaje describe la creación del hombre el día sexto, Génesis 2:5b parece implicar que Dios no había hecho todavía al hombre después que “los cielos y la tierra fueron creados”. Sin embargo, esto es otra vez una lectura demasiado simplificada del texto, pues ignora el modificador crucial: “para que labrase la tierra”.

Es importante notar que el hombre que fue creado en Génesis 1:26-30 no estaba destinado a labrar el suelo. Más bien, debía “señorear en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (v. 26).

Un hombre que “labra la tierra” no se vislumbra hasta *después* de la caída de Adán. Entonces, *por causa de su pecado*, se le dice a Adán: “Maldita será la tierra por tu

causa; con dolor [esfuerzo doloroso] comerás de ella [la tierra] todos los días de tu vida” (Gén. 3:17). De este modo, igual que la “hierba del campo” de Génesis 2:5, “el hombre para que labrase la tierra” no llega a existir hasta *después* de la caída, como resultado directo del pecado. Es interesante notar en relación con esto, que Caín es descrito como “labrador de la tierra”.

Génesis 2:5b, por lo tanto, no está diciendo que no existe ningún hombre después que Dios había creado la Tierra y los cielos. Más bien, está diciendo que ningún hombre *pecador* (es decir, uno que tuviera que trabajar el suelo para comer) existía todavía. Un hombre así no existía hasta después de la caída, un acontecimiento que no se analiza hasta el capítulo siguiente (cap. 3). Génesis 2, por lo tanto, está preparando el escenario para lo que vendrá más tarde en Génesis 3.

Algunos han señalado que en Génesis 2:15, el hombre anterior a la caída debía “labrar” el huerto, y por ello, Génesis 2:5b sólo anticiparía la actividad descrita en el versículo posterior. En realidad, la palabra hebrea para “trabajo” es la misma en los dos versículos (*evad*). Sin embargo, labrar un huerto no es lo mismo que labrar el suelo. Mientras la palabra “huerto” evoca imágenes de hileras cuidadosamente trabajadas de zanahorias, nabos, etc., la palabra hebrea para “huerto” (*gan*) no se limita a esto. En realidad, una huerta no era muy apreciada en el antiguo Cercano Oriente. Por cierto, el Antiguo Testamento tiene una sola referencia (1 Rey. 21:2) a un “huerto de legumbres” (*gan yaraq*). Más bien, el antiguo *gan* hebreo (generalmente traducido como huerto) se entendía usualmente como un huerto de árboles frutales o viñedo cercado pero no regado, y se consideraba una posesión de gran valor porque, aun cuando tanto el huerto como el cultivo del campo requerían trabajo intensivo, una vez que el huerto estaba maduro proporcionaba una producción alta y estable con un mínimo de trabajo manual. El cultivo de los campos, por otro lado, seguía requiriendo de un trabajo más intensivo todos los años.

Que el huerto de Edén era un huerto de árboles frutales es claro por Génesis 2:9, donde se menciona específicamente que contenía toda clase de árboles buenos para comer. Cuando los antiguos israelitas escuchaban o leían que Dios le dio a Adán un *gan* o huerto, lo reconocían como realmente un regalo maravilloso, apropiado aun para un rey.

Finalmente, deberíamos recordar que en Génesis 3, la expresión “para que labrase la tierra” se asocia explícitamente con la entrada del pecado. En vez de trabajar en el huerto que Dios había provisto y comer de los frutos de los árboles que había en él, el hombre debía ahora obtener su subsistencia con el sudor de su frente por medio del trabajo del suelo.

La lluvia

La cuarta cosa que indica Génesis 2:5b que todavía no existía después que Dios había terminado los cielos y la Tierra es la lluvia. Siguiendo el mismo esquema que ha sido claramente elaborado para las tres categorías previas, es lógico suponer que la lluvia todavía no hizo su aparición hasta *después* de la entrada del pecado. Y este es, realmente, el caso. Sin embargo, a diferencia de los primeros tres elementos, que aparecen inmediatamente después de la caída del hombre, la lluvia no se menciona hasta Génesis 7:4, 12, al comienzo del diluvio, aunque el contexto indica claramente que la lluvia también vino como consecuencia de la entrada del pecado en el mundo.

Aunque las plantas espinosas, las plantas cultivadas y el acto de cultivar fueron castigos o juicios inmediatos enviados sobre la humanidad por su pecado, se les permitió continuar viviendo. El castigo final de la lluvia sólo llega después que las condiciones del hombre antediluviano empeoran hasta el punto en que Dios lamenta

darles una segunda oportunidad, y decide terminar con la raza. La lluvia hace su ingreso al mundo, no como una fuente de agua para la agricultura, sino como un agente del castigo de Dios.

Resumen

Entonces, un examen más cuidadoso del texto sugiere que el Capítulo 2 no ofrece un informe de la creación que contradice el del capítulo 1. Más bien, lo que quieren decir los versículos introductorios del capítulo 2 es explicar el origen de cuatro cosas que no eran parte de la creación original descrita en el capítulo 1. Las cuatro cosas que no habían aparecido después de que la creación fue completada incluyen: 1) las espinas; 2) la agricultura; 3) el cultivo/irrigación; 4) la lluvia. El capítulo 2 informa al que cada una de estas cosas fue introducida como un resultado directo de la entrada del pecado. Las espinas, las plantas que requieren cultivo y una raza humana que debe trabajar el suelo para obtener su comida, se introducen en Génesis 3:17 y 18 como maldiciones o juicios inmediatamente después de la caída.

Aunque la lluvia no se menciona hasta el diluvio, también maldición, un juicio contra el pecado de la humanidad. Así, en vez de una contradicción al capítulo 1, estos primeros versículos del capítulo 2 realmente sirven como un puente entre la creación perfecta del capítulo 1 y la introducción del pecado en el mundo en el capítulo 3. Génesis 2:4b-7 esencialmente pregunta a los antiguos hebreos: ¿Cómo llegaron a ser parte de la suerte de la humanidad estos cuatro elementos indeseables de su vida: la necesidad de entenderse con plantas espinosas, la incertidumbre anual y el duro trabajo de una cosecha de granos, la necesidad de realizar la tarea de arar el suelo que demanda esfuerzo físico, y la dependencia de la lluvia, incierta pero esencial y dadora de vida? Después de plantear esta cuestión molesta, el autor procede a contestarla, comenzando con 2:8. Allí recapitula en más detalle la creación del hombre que produciría las condiciones que resultarían en las cuatro cosas que *todavía no existían*, pero que vendrían con la introducción del pecado. El resto del capítulo 2 conduce natural y directamente al capítulo 3, que describe la caída y explica exactamente cómo ocurrieron las cosas que llegaron a ser como son actualmente: en realidad este informe continúa directamente hasta el informe del diluvio.

Si uno fuera a alegar que Génesis 1 y 2 fueron el resultado de autores diferentes, debiera hacerlo sobre la base de las supuestas contradicciones del capítulo 2:4b-7. Estos versículos realmente sostienen la naturaleza unificada e integrada de los primeros capítulos del Génesis.

CAPÍTULO 7

EL PARAÍSO PERDIDO: EL IMPACTO DE LA CAÍDA SOBRE LA CREACIÓN

Uno de los principales desafíos que afrontan los cristianos que creen en una creación reciente es la evidencia presentada por los geólogos seculares que ellos creen que pueden demostrar que la vida ha estado en este planeta durante millones de años, antes de la primera aparición de los seres humanos. Es cierto que si uno considera el registro fósil, los fósiles humanos sólo aparecen cerca de la cumbre de la columna geológica, mientras que muchos tipos diferentes de plantas y animales aparecen en las rocas muy por debajo. Si uno acepta la datación de estas rocas, uno debe concluir que las formas complejas de vida parecen haber existido por centenares de millones de años antes que los humanos. Esto, obviamente, daría credibilidad a la teoría de la evolución por sobre y en contra de la idea de que la vida fue creada por Dios en seis días literales hace sólo unos pocos miles de años.

Algunos cristianos han tratado de soslayar este desafío sugiriendo que no importa si las plantas y las formas de vida animal inferiores existieron antes que los humanos, y hasta podrían haber sido parte de una creación previa, o que tal vez evolucionaron. Tal vez el informe de la creación de Adán y Eva ocurrió después que estas formas de vida vivieron (y murieron) durante millones de años. De cualquier modo, para estas personas, la Biblia sólo se ocupa de los humanos. El resto de la naturaleza —por cuánto tiempo existió sobre este planeta, su origen y su conclusión— no tiene importancia.

¿Podemos separar la creación de los humanos de la del resto de la naturaleza? ¿Existieron formas de vida sobre el planeta antes que Adán y Eva? ¿Reinó la muerte entre estas formas de vida previas antes de la caída? ¿Qué impacto tuvo la caída sobre la naturaleza?

El informe de Génesis 3 no proporciona demasiada información sobre la naturaleza exacta de las maldiciones que comenzaron a producir efecto después de la Caída. Sabemos que la serpiente fue maldecida, la mujer experimentaría dolores al dar a luz, y el suelo fue maldecido y produciría cardos y espinas (ver el cap. 6). De estas tres maldiciones, las primeras dos son más bien específicas, afectando a la serpiente y a la mujer. Es la última maldición la que parece tener implicaciones más amplias para la naturaleza en general.

No es sólo una coincidencia que el nombre para la tierra (el suelo) y el nombre propio del primer hombre sean esencialmente la misma palabra hebrea (*adamah*). La palabra “tierra” juega un papel especial en el informe hebreo de la creación. Dios usó la tierra como la fuente de la cual hizo cada aspecto del mundo natural. Por ejemplo, la tierra produce las corrientes de agua para regar la superficie, el hombre fue hecho del polvo de la tierra, toda clase de árboles buenos para comer surgieron de la tierra, y las bestias del campo se formaron de la tierra. En esencia, toda vida y aquellas cosas esenciales para sostener la vida emergen de la tierra. La relación entre el hombre y la tierra es, de este modo, íntima.

La caída produjo una interrupción del orden creado, de la relación íntima entre la humanidad y la tierra. En vez de apoyarse mutuamente y en forma interdependiente, la tierra y los humanos están ahora contrapuestos (Gén. 3:17). La tierra ya no produce, con buena disposición, buenos árboles para comer (Gén. 1:12, 29); en realidad, ahora produce espinos y cardos, y el hombre debe luchar contra ella con el sudor de su frente (Gén. 3:18, 19). En esencia, el hombre ha llegado a ser ahora un esclavo de la tierra del que había sido creado para dominar (Gén. 1:28). Los animales que la tierra alimentaba (Gén. 1:24) pronto estarían en rebelión contra el dominio del hombre (Gén. 6:11-13;

9:5, 6). En última instancia, la tierra, que originalmente daba vida al hombre, lo abrazaría en su muerte (Gén. 3:19). La caída, entonces, como está descrita en el hebreo, es una inversión completa del orden natural creado.

Leemos que en el tiempo justo antes del diluvio la Tierra se había “corrompido” y “estaba... llena de violencia” (Gén. 6:11). La razón para la corrupción de la Tierra fue que la *gente* se había corrompido, y con ello, cuanto más corrompida se volvía la humanidad, tanto más alienada de la humanidad se volvía la Tierra, y tanto más inhóspita era la Tierra como hogar para la humanidad. Esta corrupción aparentemente penetraba toda la creación tanto física como biológica (Rom. 8:19-22).

“Conocerían el mal todos los días de su vida. Desde entonces, el linaje humano sufriría las asechanzas de Satanás. En lugar de las agradables labores que se les habían asignado hasta entonces, la ansiedad y el trabajo serían su suerte. Estarían sujetos a desengaños, aflicciones, dolor, y al fin, a la muerte” (*Patriarcas y profetas*, p. 43).

“Los crímenes aumentarían en las generaciones sucesivas, y la maldición del pecado pesaría cada vez más sobre la raza humana, las bestias y la Tierra. La vida del hombre sería acortada por su propio pecado; disminuirían su estatura y resistencia física, así como su poder intelectual y moral, hasta que el mundo se llenase de toda clase de miserias” (*Ibid.*, p. 54).

Algunos teólogos y hombres de ciencia no pueden concebir que el orden biológico actual y el equilibrio ecológico que vemos en la naturaleza hoy será diferente en la tierra nueva. Ya que la muerte y la decadencia son una parte del ciclo de la vida actual, ellos suponen que será lo mismo en el futuro. Pero la Biblia describe una realidad biológica diferente para el futuro: “Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? (1 Cor. 15:50-55).

En forma semejante, 1 Corintios 15:26 y Apocalipsis 21:4 declaran que la muerte será finalmente destruida. Debe admitirse que lo que se describe aquí desafía nuestra comprensión actual de la forma en que opera la naturaleza. Sin embargo, éste es el centro de toda la Biblia. El pecado causó un cambio sistémico en toda la creación, y no sólo en el hombre, pues toda la Tierra está ahora en rebelión contra el propósito original de Dios. El plan de redención, mística y sobrenaturalmente, revertirá esta situación.

Efectos de la caída

Los animales se volvieron violentos. Uno de los resultados claves de la caída fue la alienación de la humanidad de la tierra: la expresión *tierra* incluye todas las cosas derivadas de ella, incluyendo el reino animal (Gén. 1:24; 2:19). Después de la caída, la tierra (que incluye a los animales) comenzó a aumentar en violencia hasta que Dios consideró necesario destruirlos (Gén. 6:11, 12). Elena de White describe este proceso muy vívidamente. “Cuando Dios creó al hombre lo hizo señor de toda la Tierra y de cuantos seres la habitaban. Mientras Adán permaneció leal a Dios, toda la naturaleza se mantuvo bajo su señorío. Pero cuando se rebeló contra la ley divina, las criaturas inferiores se rebelaron contra su dominio” (*Patriarcas y profetas*, pp. 43, 44). Esta rebelión del mundo animal y el aumento de la violencia animal son apoyados por un

estudio hecho en 1977 e informado por un erudito en cuestiones del Cercano Oriente; Tikva Frymer-Kensky, en *Biblical Archaeologist*. En su estudio, Frymer-Kensky mostró que la palabra hebrea para violencia (*hamas*) implica la idea de derramar sangre. Aparentemente, uno de los componentes de esta violencia fue la matanza hecha por los animales. De acuerdo con el estudio de Frymer-Kensky, éste era, aparentemente, un problema tal que Dios se sintió impulsado a decretar un par de órdenes después del diluvio que tenían la intención de corregir los problemas serios que aparentemente se habían desarrollado antes del diluvio. Una de estas órdenes fue poner el temor de la humanidad sobre los animales (Gén. 9:2), y la segunda fue iniciar una ley especial invocando la pena capital sobre aquellos animales que derramaran la sangre de los seres humanos (Gén. 9:5, 6). Éste parece ser el origen de la violencia animal en la Biblia, y se encuentra en vivo contraste con el estado idílico descrito más tarde por el profeta en Isaías 65:25.

Como ya se indicó, los efectos del pecado sobre el mundo fueron mucho más allá de los objetos que fueron específicamente maldecidos en Génesis 3. De acuerdo con Pablo, la creación *entera* fue afectada por la caída (Rom. 8:19-22). Ha habido considerable discusión acerca de lo que incluye la palabra “creación” (*ktisis*) en Romanos 8. Diferentes propuestas incluyen a los ángeles, los justos, los malvados, o diferentes componentes del mundo natural: el reino animal, el reino vegetal, etc. Hasta ahora, la mejor manera de entenderlo parece ser que *ktisis* se refiere al mundo natural; es decir, *tanto* el *reino animal* como el *vegetal*. Así, la caída impactó no sólo a la humanidad, sino también a los animales y a las plantas. El impacto de la caída sobre la naturaleza era teológicamente significativo para Pablo, y él entendió que estaba dentro de los planes de Dios restaurar la naturaleza a su condición anterior a la caída, al mismo tiempo que la humanidad recibía la salvación.

Elena de White describe el impacto del pecado sobre el reino vegetal inmediatamente después de la caída.

“Cuando [nuestros primeros padres] vieron en la caída de las flores y las hojas los primeros signos de la decadencia, Adán y su compañera se apenaron más profundamente de lo que hoy se apenan los hombres que lloran a sus muertos. La muerte de las delicadas y frágiles flores fue en realidad un motivo de tristeza; pero cuando los bellos árboles dejaron caer sus hojas, la escena les recordó vivamente la fría realidad de que la muerte es el destino de todo lo que tiene vida” (*Patriarcas y profetas*, p. 46).

Otra vez, este cuadro de la vida de las plantas es bastante extraño a lo que entendemos hoy. La muerte es una parte integral del ciclo de la vida de las plantas. La muerte de la flor es necesaria para que la nueva planta crezca. Cómo fue la vida de las plantas antes de la caída y cómo se define la “muerte de una planta” pueden ser debatidos filosóficamente, pero no hay dudas de que la Biblia enseña que ocurrió una drástica transformación durante la caída que afectó a la tierra y a todo lo que se deriva de ella, y que la vida en la tierra nueva será diferente de lo que vemos hoy. La descripción de Elena de White de las flores en la tierra nueva se equilibra con la descripción de ellas en el Edén: “Vi otro campo lleno de toda clase de flores, y al cortarlas, exclamé: ‘No se marchitarán’” (*Primeros escritos*, p. 18).

Variación en la naturaleza. Una de los principios de la teoría general de la evolución es que todas las formas de vida sobre la Tierra evolucionaron a partir de antepasados comunes que vivieron hace centenares de millones de años. Este largo y gradual proceso puede, supuestamente, ser rastreado en el registro fósil. El informe bíblico, por otro lado, alega que todas las formas de vida fueron creadas por la palabra hablada de Dios durante los seis días de la semana de la creación. ¿Han surgido nuevas especies de vida

desde la creación bíblica original? ¿De dónde vinieron animales como los dinosaurios? ¿Evolucionaron como dicen los evolucionistas? ¿Los hizo Dios, o llegaron a la existencia después de la creación original?

Algunos han pensado que el mandato bíblico para las plantas y animales de reproducirse “según su especie” impide la evolución de nuevas especies. Sin embargo, de acuerdo con la profesora de hebreo Leona Running (Seminario Teológico Adventista) parece que esta expresión sería mejor traducirla “en todas sus varias especies”. De este modo, estos versículos podrían entenderse como que dijera que las formas de vida que Dios creó habían de reproducirse en “todas sus varias especies”. Este sentido de la expresión sugeriría, realmente, la multiplicación de la variedad de especies, en vez de la idea de que cada padre produciría descendientes que se parecieran exactamente a él (“según su especie”). Por ello, Génesis 1 no excluye el desarrollo de variedades de los organismos. Más bien, parece como si Dios intencionalmente hubiera implantado en el código genético de todos los organismos la capacidad de una gran variedad de expresiones, tal vez, aun la capacidad de una comunidad de organismos de adaptarse a ambientes cambiantes, etc.

La idea de que los organismos tienen una capacidad genética para la variedad y los cambios, no significa que todos los organismos emergieran por procesos evolutivos. Más bien dice, sencillamente, que Dios incorporó en las criaturas originales el potencial para la variedad. Seguramente vemos esta variedad en las familias de organismos que pueblan la Tierra hoy, tales como en las numerosas razas de perros, la variedad de pinzones, etc. La naturaleza de esta expresión genética nos recuerda que Dios es el autor de la genética.

Muchos hombres de ciencia que creen en la creación piensan que se produjo un cambio sustancial en muchos animales como resultado de la caída. Esto incluiría aquellos cambios que resultaron en una naturaleza más violenta y competitiva, como la que vemos en los carnívoros. Esto plantea una pregunta interesante con respecto a los dinosaurios. ¿Cómo entran en el modelo creacionista del origen de la Tierra? Desafortunadamente, la Biblia guarda silencio sobre los dinosaurios. La palabra no aparece en la Escritura, aunque algunos han pensado, incorrectamente, que el leviatán o behemoth (Job 41:1-15) podría referirse a los dinosaurios. Otros han sugerido que la serpiente alada era un tipo de reptil volador como un pterodáctilo. Desafortunadamente, la Biblia no proporciona información suficiente para validar esas especulaciones. Serpientes aladas y otros animales mitológicos eran motivos ciertamente comunes en el arte del antiguo Cercano Oriente, especialmente en Egipto y Mesopotamia, pero de pocas de esas representaciones se puede decir que se parezcan en algo a los dinosaurios.

Los dinosaurios fósiles fueron reconocidos por primera vez como tales durante el siglo XIX. El interés que generaron condujo a las grandes expediciones para buscar dinosaurios realizadas por los principales museos del mundo. Su descubrimiento y la forma en la que los hombres de ciencia incorporaron su existencia a la teoría de la evolución que estaba recién emergiendo, hizo de los dinosaurios un asunto de interés y preocupación para los que creen en la Biblia. Elena de White ciertamente tuvo noticias de ellos y, aunque no parece que haya usado la palabra “dinosaurio” al hablar de ellos, hizo algunos comentarios con respecto a cómo deberíamos entenderlos en el contexto bíblico. Ella escribió: “Se me mostró que existían antes del diluvio animales muy grandes y poderosos, que no existen ahora” (*Spirit of Prophecy*, t. 1, p. 87). Ella no dice mucho más acerca de ellos, excepto que añade que “el tiempo en que vivieron, y cuán largo fue el tiempo que ellos estuvieron sobre la Tierra, sólo deben entenderse por medio de la historia bíblica”. En años más recientes, los hombres de ciencia que creen en una creación reciente han tendido a sugerir que Dios pudo haber hecho originalmente

algunos tipos de dinosaurios durante la creación de los seis días pero que, junto con el resto del reino animal, la mayoría, si no todos ellos, fueron destruidos en el diluvio. Esto explica por qué tantos de sus esqueletos fueron encontrados como parte del registro fósil en la columna geológica. Algunos hasta han especulado que ya sea mediante la adaptación genética o la manipulación, muchos de los dinosaurios se volvieron violentos y fueron una de las causas de la violencia que condujo al diluvio. Ya que la Biblia no menciona directamente este punto, esta idea debe seguir siendo especulativa. Ciertamente, el mundo antediluviano debió haber sido un lugar muy diferente si estaba habitado por seres semejantes al *Tyrannosaurus rex*.

La naturaleza restaurada

Sin importar lo que podamos decir acerca de los dinosaurios, los datos bíblicos presentados más arriba dejan bien en claro que toda la naturaleza fue afectada por la entrada del pecado, y que la Tierra sufrió un cambio dramático después de la caída. Por todas partes donde miremos vemos señales de la supervivencia del más apto, de competencia, de dolor y de muerte. Por causa de esta realidad corriente, los cristianos naturalmente esperan una restauración de la Tierra a su estado edénico, anterior a la caída. Entendemos que será un lugar muy diferente de la Tierra que habitamos ahora, un lugar sin dolor. Recibimos muchos “indicios” acerca de la naturaleza de la tierra nueva en las Escrituras. El gozo que experimentarán los hijos de Dios se menciona de paso en Isaías: “Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo” (Isa. 65:17, 18). Elena de White proporciona descripciones más detalladas:

“Allí el divino Pastor conduce a su rebaño a los manantiales de aguas vivas. El árbol de vida da su fruto cada mes, y sus hojas son para el servicio de las naciones. Allí las corrientes claras como el cristal fluyen eternamente, y en sus márgenes los árboles se mecen y proyectan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas, el pueblo de Dios, por tanto tiempo peregrino y errante, encontrará un hogar” (*El conflicto de los siglos*, pp. 733, 734).

“La Tierra dada al principio al hombre para que fuera su reino, entregada alevosamente por él a manos de Satanás, y conservada durante tanto tiempo por el poderoso enemigo, ha sido recuperada mediante el gran plan de la redención. Todo lo que se había perdido por el pecado, ha sido restaurado... El propósito primitivo que tenía Dios al crear la Tierra se cumple al convertirse ésta en la morada eterna de los redimidos. ‘Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella’” (*Ibid.*, p. 733).

Más importante que la restauración de la naturaleza, por supuesto, es la restauración de nuestros amados que fueron llevados por la muerte. El gozo más grande que esperamos es verlos volver a la vida eterna, restaurados a su vigor juvenil. Y así como el pecado produjo un cambio dramático en nuestra apariencia da ahora, se nos dice que en la segunda venida de Cristo, la imagen de Dios borrada en la humanidad será plenamente restaurada.

“Todos salen de sus tumbas de igual estatura que cuando en ellas fueron depositados. Adán, que se encuentra entre la multitud resucitada, es de soberbia altura y formas majestuosas, de porte poco inferior al del Hijo de Dios... Al principio, el hombre fue creado a la semejanza de Dios, no sólo en carácter, sino también en lo que se refiere a la

forma y a la fisonomía. El pecado borró e hizo desaparecer casi por completo la imagen divina: pero Cristo vino a restaurar lo que se había malogrado. Él transformará nuestros cuerpos viles y los hará semejantes a la imagen de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, desprovista de gracia, manchada en otro tiempo por el pecado, se vuelve perfecta, hermosa e inmortal. Todas las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Reintegrados en su derecho al árbol de la vida, en el desde tanto tiempo perdido Edén, los redimidos crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de la raza humana en su gloria primitiva. Las últimas señales de la maldición del pecado serán quitadas, y los fieles discípulos de Cristo aparecerán en ‘la hermosura de Jehová nuestro Dios’ (Mal. 4:2), reflejando en espíritu, cuerpo y alma la imagen perfecta de su Señor” (*El conflicto de los siglos*, pp. 702, 703).

CAPÍTULO 8

¿MUERTE ANTES DEL PECADO?

Uno de los aspectos básicos del cristianismo tradicional ha sido que la muerte es una consecuencia directa de la entrada del pecado. En realidad, Romanos 5:12 y 14 claramente afirma esta posición: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés”.

Como se mencionó en el capítulo 7, la mayoría de los cristianos que creen en una creación reciente ya están conscientes de la evidencia presentada por los geólogos seculares de que la vida ha estado en este planeta por millones de años. Generalmente, los cristianos han estado más preocupados con la idea de que los millones de años de la evolución contradice los actos creativos de Dios en seis días como se describe en Génesis 1. Sin embargo, hay otro desafío, más sutil, al cristianismo. Si la columna geológica y el registro fósil son interpretados como evidencias en favor de la evolución gradual de las formas de vida por un período de millones de años, y si los humanos son aceptados como uno de los que llegaron más tarde en la escalera evolucionista (ver el cap. 7), entonces esto significa que la muerte prevaleció sobre la Tierra durante millones de años *antes* de la aparición de los seres humanos. Teológicamente, esto requiere que la “caída” de la humanidad como se la describe en Génesis 3, deba ser rechazada como causa de la entrada de la muerte al mundo. También invalida uno de los objetivos mayores del plan de redención: el retorno de la Tierra al estado edénico anterior a la caída, en el que no había muerte.

Algunos cristianos han tratado de soslayar el problema de “muerte antes del pecado” sugiriendo que los fósiles anteriores y por debajo de los humanos en el registro fósil son sólo plantas y animales, y que no importa si las formas de vida vegetal o animal existieron y murieron antes que los humanos. Algunos sugieren que tal vez estas plantas y animales anteriores eran parte de una creación previa, ¡o tal vez evolucionaron! Dos problemas que estas sugerencias no atienden son la falta de apoyo bíblico, y el problema de que haya formas de vida, especialmente animales, que viven, sufren dolor y mueren millones de años antes de la caída.

Los evolucionistas por mucho tiempo han conocido las implicaciones de su teoría sobre el informe bíblico de la creación, y especialmente sobre las doctrinas básicas de la caída y la redención. Ya en 1840 el geólogo Edward Hitchcock escribió:

“La interpretación general de la Biblia ha sido, que hasta la caída del hombre, la muerte no existió en el mundo, ni siquiera entre los animales inferiores. La Biblia afirma que por el hombre vino la muerte (1 Cor. 15:21), y por un hombre el pecado entró en el mundo y la muerte por el pecado (Rom. 5:12). Pero la geología nos enseña que miríadas de animales vivieron y murieron antes de la creación del hombre” (*Elementary Geology*, p. 273).

Claramente, como lo reconoce Hitchcock, esta interpretación científica específica de la geología está en conflicto con el informe bíblico de los orígenes y la salvación. Una de las referencias más explícitas de las Escrituras a la idea de que la caída trajo la muerte, no sólo a la raza humana sino también a todo el reino animal, es Romanos 8:18-22:

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación (*ktisis*) es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de

corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”.

La muerte de los animales, un problema moral. Mientras *ktisis* se refiere a toda la creación inferior (ver el cap. 7), la Biblia parece señalar una conexión y una relación especiales entre el reino animal y los humanos.

Podemos entender mejor esto si tomamos en cuenta cómo los hebreos antiguos consideraban la vida no humana. Sangre y vida aparecen como pares léxicos en la poesía hebrea, ugarítica y acadia. Es decir, en el pensamiento del antiguo Cercano Oriente, estas dos palabras eran intercambiables. Esto está claramente afirmado en Deuteronomio 12:23: “Porque la sangre [heb. *dam*] es la vida [heb. *nefesh*], y no comerás la vida juntamente con su carne”. El derramar sangre era una manera de quitar la vida, es decir, de causar la muerte. La muerte bíblica, entonces, sólo puede ocurrir a los “que respiran” y tienen sangre en ellos. La Biblia no expresa ninguna preocupación sobre la muerte de animales inferiores tales como los insectos o las plantas, sino sólo la de “los que respiran”.

Yo he escuchado la pregunta: ¿Qué hubiera pasado si un elefante hubiera pisado una hormiga en el huerto del Edén? El problema del elefante que pisa una hormiga no habría sido un problema para los antiguos israelitas, y obviamente no era una preocupación de los escritores bíblicos, ya que no se ocupan de él. Sólo el derramamiento de sangre puede contaminar; sólo el derramamiento de sangre crea un dilema moral. (Esto no significa que las plantas no mueren o que la entrada del pecado no afectó negativamente a las plantas del reino vegetal. Más bien, la muerte de las plantas no era percibida como un problema *moral*). Los animales, por otra parte, parecen recibir en la Biblia una posición más elevada, tanto porque comparten nuestro espíritu y sangre, como porque sufren dolor y muerte de una manera semejante a la nuestra. Su sufrimiento y su muerte están relacionados con el mal y constituyen un problema moral.

Lo “bueno” de la creación

Más allá del argumento de que la muerte animal es un problema moral y, por ello, un problema teológico, está el punto de que el informe del Génesis parece negar deliberadamente la posibilidad de la muerte o de que ocurriese nada malo antes de la caída. El erudito hebreo Dr. Jacques B. Doukhan nota que la historia de la creación plantea tres puntos: 1) el mundo fue creado bueno; 2) el mundo fue creado como “no” afectado “todavía” por nada que no fuera bueno; 3) la muerte ocurrió como un accidente (no como algo esencial para la vida).

Lo bueno de la creación está afirmado en cada etapa de la obra divina, cuando Dios proclamó que era “bueno”. El último paso fue describir todo como muy bueno (*tov meod*) (Gén. 1:31). La idea de una creación *perfecta* es transmitida por el uso de la palabra *acabados* o *acabó* (Gén. 2:1, 2). Como explica Doukhan, esta palabra hebrea (*wayekal*) sugiere más que una mera idea cronológica de “final”. También implica una idea cualitativa de que, al final de la primera semana de creación, nada faltaba y no había nada que añadir. Una creación buena, completa y terminada no incluía la muerte. La muerte fue conscientemente excluida de la creación. No fue sencillamente pasada por alto, fue deliberadamente omitida porque *no pertenecía* al orden de las cosas como fueron creadas originalmente. El entendimiento de que la muerte no corresponde a la creación original está reforzada por la indicación de la fuente de alimentos para los animales y los seres humanos. El alimento, tanto para los humanos como para los animales, había de derivarse de las plantas, no de los animales (ver Gén. 1:29, 30). También es reforzada por la forma dramática en que se introduce la muerte en este mundo en Génesis 3.

El “no todavía” de la creación. El hecho de que la muerte no pertenecía de ninguna manera a la creación anterior a la caída es reforzado por una expresión hebrea especial, *terem*, “no todavía” [traducido por “antes que”, etc.] (Gén. 2:5). Otra vez, Doukhan nota que Génesis 2 está escrito desde la perspectiva de un escritor que *ya conoce* los efectos de la caída, incluyendo la muerte y el sufrimiento, y escribe acerca de los eventos de Génesis 2 como una situación “antes que” o “no todavía”. En realidad, varios eruditos han notado que esta perspectiva de “antes que” (llamada “prolepsis”) satura todo el segundo capítulo de Génesis. Ya hemos examinado este aspecto del “antes que” en el capítulo 6. Como lo señalamos ya, los ítem específicos que “no estaban todavía” en el Capítulo 2 incluyen aquellas cosas que llegaron a existir como consecuencia de la Caída en el capítulo 3. Por supuesto, en Génesis 3 aquellas cosas que invaden a la creación caída incluyen no sólo las plantas y hierbas del campo, etc., sino también el sufrimiento y la muerte (Gén. 3:16-19).

La muerte es un “accidente” inesperado. El punto final que presenta Doukhan es que la muerte se describe en Génesis 3 como un “accidente”. Este accidente “transformó el cuadro original de paz en un cuadro de conflicto. Pone al animal contra el hombre (Gén. 3:1, 13, 15), al hombre y la mujer el uno contra el otro (Gén. 3:12, 16, 17), a la naturaleza contra el hombre (Gén. 3:18, 19), y al hombre contra Dios (Gén. 3:8-10; 22-24)”. El equilibrio ecológico entero de la creación original es quebrado. Mientras la brecha entre Dios y el hombre es teológicamente la más significativa, sin embargo se presta considerable atención a la perturbación de la relación entre el mundo animal y el hombre.

Esta alteración está destacada por un puente literario conocido como el paralelismo que existe entre Génesis 1:28-30 y Génesis 9:1-4. Hay cuatro elementos en este puente literario. En Génesis 1:28-30 estos elementos son: 1) Dios bendice al hombre; 2) se le dice al hombre que debe fructificar y multiplicarse; 3) el hombre ha de tener dominio sobre todos los animales; 4) el hombre ha de comer plantas como alimento. En Génesis 9:14 estos elementos son: 1) Dios bendice al hombre; 2) se le dice al hombre que debe fructificar y multiplicarse; 3) el temor y el miedo del hombre es puesto en todos los animales; 4) al hombre se le permite ahora comer animales. La relación hombre-animales es ahora una relación de conflicto. Como señala Doukhan, este cuadro de conflicto se nota como que no es original ni natural; por lo contrario, es el resultado de un desequilibrio ecológico que el hombre comienza a cazar para comer. Doukhan concluye:

“De este modo, el concepto bíblico de la muerte es esencialmente diferente del que propone el evolucionismo. Mientras la creencia en el evolucionismo implica que la muerte está inseparablemente entrelazada con la vida, y por lo tanto ha de ser aceptada y eventualmente manejada, la creencia en el creacionismo implica que la muerte es un accidente absurdo e innecesario que debe ser temido y rechazado. El evolucionismo enseña una sumisión intelectual. La Biblia pronuncia un grito existencial de rebelión y un suspiro de añoranza (Job 10:18-22; 31:35, 36; Rom. 8:22). No sorprende, entonces, que los profetas bíblicos hayan concebido la esperanza, por sobre todo, como un ‘escape’ de este mundo; y la salvación, como una recreación total de un orden donde el hombre y la naturaleza estarían reconciliados y la muerte no existiría más” (Isa. 11:6-9; 65:17; 66:22; Apoc 21:14).

La relación se perturbó *después* de la creación y no es una parte natural de ella. Esta comprensión es directamente contraria a la idea de que Dios siempre tuvo la intención de que la muerte fuera una parte natural del orden de las cosas, aun en la condición de la creación perfecta anterior a la caída.

No sólo el informe del Génesis niega que la muerte debía formar parte de la creación original, sino que también revela el efecto progresivo y negativo del pecado sobre el reino animal desde la caída hasta el diluvio. En realidad, la historia del diluvio es importante en la historia primitiva de Génesis 1-11 porque da la razón por la que Dios destruiría un mundo sobre el que antes había declarado *tov meod*, muy bueno (Gén. 1:31).

Varios eruditos han reconocido que la versión hebrea de la historia temprana de la Tierra fue diseñada deliberadamente como una polémica (correctiva) contra el concepto mesopotámico. Por ejemplo, en una de las versiones mesopotámicas (pues hay varias), la razón del gran diluvio es el exceso de población. En el informe bíblico, Dios da realmente dos razones por las que envió el diluvio. La primera es “la maldad de los hombres”. La segunda razón es porque la Tierra estaba llena de *hamas*. Normalmente, un erudito en hebreo sencillamente iría a un léxico para encontrar el significado de la palabra. Esta palabra generalmente se traduce como “violencia”. Pero, ¿qué clase de violencia? En el capítulo 7 nos referimos al estudio hecho en 1977 por la profesora Tikva Frymer-Kensky de la palabra hebrea para “violencia”, *hamas*. Ella señala que *hamas* tiene tal variedad de significados que un análisis lexicológico sencillo no es suficiente para identificar el mal específico al que se refiere este versículo. Ella, por lo tanto, provee un extenso análisis semántico del término. Concluye que *hamas* incluía el derramamiento de sangre por los animales.

Es decir, una de las razones por las que Dios tuvo que destruir la Tierra con un diluvio fue la violencia creciente de los animales. Esta violencia era tan grande que incluía el derramamiento de sangre, incluyendo sangre humana. Para que Dios sintiera la necesidad de destruir el mundo entero por causa de esta violencia da una indicación de cuán terrible debió haber sido. No sólo limpió Dios el mundo de este pecado con el agua, sino que también dio pasos para que esto nunca volviera a ocurrir. De cualquier modo, de acuerdo con Génesis y Romanos, este fenómeno de la muerte, o la pérdida de la vida, era algo que no ocurrió hasta *después* de la caída. La muerte era considerada mala y resultado del pecado, y no podría haber existido antes la caída. Específicamente, Dios también planteó algunas propuestas, leyes, en realidad, para asegurarse que los males que demandaron el diluvio en primer lugar, no surgieran otra vez.

La clave para comprender la causa exacta del diluvio pueden encontrarse examinando los eventos que ocurrieron inmediatamente después del diluvio; específicamente, mirando las leyes que Dios dio inmediatamente después del diluvio. Como lo señala Frymer-Kensky, la clave para comprender la diferencia entre los mundos antediluviano y postdiluviano se encuentra en estas leyes. La primera ley fue poner el temor de la humanidad en los animales (Gén. 9:2), y la segunda fue iniciar una ley especial invocando el castigo capital para los animales que derramaran la sangre de los humanos (Gén 9:5, 6).

Es interesante notar que en la versión acadia del diluvio (la epopeya de Atrahasis), después que paso el diluvio, el dios acadio Enki también propuso una serie de soluciones para asegurarse de que la causa del diluvio, el exceso de población, en la perspectiva mesopotámica, no se repitiera. Específicamente, Enki propuso que las mujeres tuvieran niños que nacieran muertos y que hubiera hambres y otros desastres para mantener en línea la población humana. ¡Qué cuadro diferente al que tenemos en la Biblia!

Todo esto muestra que la muerte en el reino animal, de acuerdo con el concepto bíblico, no fue natural ni una parte deseada de la creación de Dios, ya sea antes o después de la caída. La muerte antes del pecado, sea animal o humana, es contraria al plan de Dios. Este trasfondo nos ayuda a preparar el escenario para la manera en que los

antiguos israelitas percibían un mundo ideal. Los israelitas estaban familiarizados con un mundo de animales salvajes y violentos que incluían osos, leopardos, leones y lobos. Estos animales silvestres eran reconocidos como criaturas de Dios y eran admirados por su fortaleza (por ejemplo, Gén. 49:9; Núm. 23:24). Al mismo tiempo, sin embargo, el israelita promedio habría estado muy feliz de no tener estos animales deambulando por allí. La naturaleza feroz de estos animales y su matanza de otros animales y bestias se notan repetidamente en todas las Escrituras.

En realidad, el ejemplo *par excellence* de un mundo que se echó a perder está ilustrado en la Biblia en el relato del diluvio, como un mundo en el que los animales andan matándose unos a otros y matando a seres humanos. En el mundo ideal descrito por los profetas, estos animales están desprovistos de su naturaleza predatoria (Isa. 11; 35; 65; 66). Se les atribuyen naturalezas nuevas. Ya no andan buscando presa por la Tierra, siendo una amenaza para el hombre y la bestia. Esto refleja con exactitud el cuadro de la naturaleza de la vida animal que se da en Génesis 1:30: “Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así”. Este cuadro idílico de un mundo sin animales violentos era bien conocido por todo el antiguo Cercano Oriente. Sin embargo, la Biblia se diferencia de la versión sumera al afirmar que este mundo perfecto pertenecía a los seres humanos, no sólo a los dioses.

CAPÍTULO 9

LA CREACIÓN Y EL DILUVIO

En el capítulo 2 consideramos lo que es probablemente la creencia más controvertida de los cristianos que creen en la Biblia: la idea de una creación reciente de la vida sobre la Tierra. La segunda creencia más controversial es la de que el informe del diluvio universal descrito en Génesis 7 al 9 es un evento histórico y literal. Los geólogos y otros hombres de ciencia cuestionan si las evidencias que ven en el mundo pueden ajustarse al informe bíblico. Está más allá del propósito de este capítulo sumergirse en muchos de los problemas geológicos complejos. Más bien, nos limitaremos a considerar los desafíos de quienes alegan que la historia bíblica no tiene la intención de ser tomada literalmente, o de que la intención del autor era describir sólo una inundación local.

¿Tiene la Biblia la intención de describir un diluvio universal?

El significado de “tierra”. Un argumento común que se usa para apoyar la teoría de que la Biblia describe sólo una inundación local, es que la palabra hebrea para “tierra”, *‘erets*, no siempre, o ni siquiera generalmente significa “tierra” en el sentido global o mundial. La palabra hebrea *‘erets* a menudo ha sido traducida por “país” o “tierra” con sentido de limitación geográfica o política. Sin embargo, F. A. Filby (un abogado de la inundación local) alega correctamente que el significado de *‘erets* debe ser determinado siempre por el *contexto* del pasaje. Un examen del contexto de Génesis 1-11 muestra que *‘erets* aparece típicamente en asociación con la fórmula “cielos y tierra” y, alternativamente “tierra y cielos”. Estos últimos términos, que aparecen respectivamente 41 y 6 veces en el Antiguo Testamento, son la expresión normal hebrea para la *totalidad* del mundo, y esencialmente equivalen a la palabra griega *kósmos* (“cosmos” en castellano). En cada ejemplo en el Génesis donde *‘erets* tiene una aplicación no universal, es seguida por un *genitivo*, una palabra modificadora especial que restringe el significado de *‘erets* a un área geográfica o política. De modo que es más bien sencillo saber si existe la intención de dar un significado local o más amplio. El modificador genitivo *no* aparece con la palabra *tierra* (*‘erets*) en el contexto del diluvio de Noé. De este modo, parece preferible darle el significado más amplio y universal de Tierra.

Otra frase importante que se usa para describir la extensión del diluvio es “toda la tierra” (hebreo, *kol ha ‘arets*). Como con la palabra *tierra*, hay veces en que la frase “toda la tierra” es modificada por el contexto de una aplicación limitada o local. Un ejemplo de esto último es Éxodo 19:5, en la que Dios hace un pacto con “todas las naciones” ya que “toda la tierra” le pertenece. El significado aquí es claramente universal, su pacto tenía la intención de incluir a todos los humanos, no sólo a algunos, y también es una referencia implícita a Génesis 1 al 11, en general, y a Génesis 1 y 2 en particular, ya que el derecho de Dios de hacer el pacto está basado en el hecho de que él es el Creador.

Más importante es la frase misma que se usa en el relato del diluvio (Gén. 7:2-8:9) para describir la extensión de las aguas mismas del diluvio. Aquí se afirma que el diluvio cubrirá no simplemente la “tierra” o “toda la tierra” sino “la faz de la tierra”. Esta última frase es idéntica a la que se usó en la narración de la creación (Gén. 1:29), cuyo contexto es claramente universal; la última vez que aparece esta frase en el Génesis es en el relato de la Torre de Babel (Gén. 11:4, 8, 9), un acontecimiento que generalmente se ha comprendido como de naturaleza universal (en el contexto de la Tabla de las Naciones).

El significado de “diluvio”. Otra indicación importante de la extensión global del diluvio es la palabra hebrea que se usa para diluvio: *mabbul*. Hay varias palabras que

Moisés *pudo* haber elegido para describir el diluvio de Noé: por ejemplo, *najal*, una palabra traducida como “torrente” en pasajes como Jeremías 47:2. Sin embargo, *najal* también es traducido como “arroyo”, una cantidad de agua corriente más bien reducida. Por causa de este último significado, no transmitiría la magnitud de lo que Moisés tenía en mente. Otra palabra que a veces es traducida “inundación” es *shibboleth*. Sin embargo, esta palabra también puede ser traducida como “corriente”, un cuerpo de agua que fluye y es ligeramente mayor que un “arroyo”, pero todavía no lo suficientemente grande. Otra palabra más es *nahar*. Aunque esta palabra es traducida corrientemente como “río”, a veces se traduce como “inundación” como en Josué 24:2 (en inglés), en donde aparece como un eufemismo por el río Éufrates. Específicamente, en este pasaje Josué recuerda a los israelitas que sus antepasados originalmente vivieron del otro lado del *nahar*; es decir, el Éufrates. Lo que hace que esta palabra sea interesante es que hay quienes creen que el diluvio bíblico fue realmente una inundación local del río Éufrates en Mesopotamia. Esta palabra *vahar* habría sido una palabra que Moisés hubiera podido usar con propiedad si, en realidad, eso era lo que quería transmitir. Sin embargo, Moisés no usó *nahar*; porque esta palabra no comunicaría adecuada o exactamente lo que él quería decir.

Hay otras palabras que describen masas de agua aun mayores que la del río Éufrates. Está la palabra *nazal*, usada en Éxodo 15:8 para describir cómo las aguas se juntaron como en un montón en el Mar Rojo. Sin embargo, la mayoría de los traductores prefieren usar “corrientes”. Pero aun esta palabra, que fue usada para describir la “inundación” que eliminó el ejército egipcio entero, no transmitía el sentido de catástrofe y magnitud del “diluvio”, el diluvio de Noé. No, para este cataclismo singular y sin paralelo Moisés usó una palabra que, dentro de las Escrituras, se usa exclusivamente para el diluvio de Noé: *mabbul*. ¿Qué es exactamente un *mabbul*?

En un capítulo anterior mostramos cómo el informe del Génesis organizó la creación de esta Tierra alrededor de tres zonas habitables: los cielos, la tierra y los mares. En el informe del Génesis, el autor está mostrando deliberadamente cómo las tres zonas de vida fueron rotas. Note lo que dice Génesis 7:11: “El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo y las cataratas de los cielos fueron abiertas”. De este modo, el agua que surge de los hábitats del cielo y del mar se combinaron para destruir el hábitat del medio, la Tierra. El equilibrio normal de las tres zonas habitables fue roto: las cataratas del *cielo* fueron abiertas, y las fuentes del grande *abismo* (mares) fueron “rotas”, inundando la *Tierra*. En esencia, hay una *inversión* de lo que Dios hizo durante la semana de la creación. Las cosas que son destruidas por la rotura de estos tres hábitats esencialmente siguen el mismo orden en que fueron creados: la Tierra, las aves, el ganado, las bestias, los reptiles que se arrastran, y, finalmente, el hombre (Gén. 7:21). El *mabbul*, así, estaba *deshaciendo* lo que Dios había hecho durante la creación.

Un punto implícito pero obvio, es que la inundación *local* no puede deshacer una creación *universal*: sólo lo puede hacer un diluvio *universal*. Muchos eruditos del Antiguo Testamento, incluyendo los que tienden a ser críticos de la confiabilidad histórica de la Biblia, reconocen esto. Gerhard von Rad, un bien conocido erudito histórico-crítico de Alemania, lo dice así:

“*Mabbul*.. es un término técnico para una parte de la estructura del mundo, es decir el océano celestial... que se vacía hacia abajo a través de ventanas con celosías... Debemos entender el diluvio, entonces, como una catástrofe que involucra la... destrucción del *sistema cósmico entero*.. Las dos mitades del caótico océano primitivo, separadas, la una arriba, la otra abajo, por el gobierno creativo de Dios (cap. 1:7-9) están otra vez unidas”.

Del examen de las palabras y expresiones asociadas con el relato del diluvio resulta claro, entonces, que la intención del autor era describir una catástrofe mundial, global.

El tema universal de Génesis 1 al 11. Más allá de las palabras y expresiones mismas que se usaron, hay un tema general y abarcante en estos primeros capítulos del Génesis. Específicamente, hay un movimiento y aplicación claramente *universal* en estos primeros capítulos. Por más de un siglo, los eruditos críticos han tendido a dividir Génesis 1-11 en porciones literarias supuestamente escritas por diferentes autores en diferentes épocas con propósitos diferentes. Recientemente, un número creciente de eruditos han comenzado a dudar de la validez, o por lo menos de la utilidad, de este enfoque crítico erudito. Han alegado que diseccionar el texto de esta manera inutiliza los temas que claramente surgen cuando se considera el texto como un todo literario, en la forma en que lo hemos recibido. Varios eruditos eminentes, tales como Gerhard von Rad y D. J. A. Clines, han reconocido el alcance *universal* del tema de Génesis 1-11.

“No importa cuán drástico se vuelva el pecado, destruir lo que Dios ha hecho bueno y llevar al mundo al borde de la “descreación”, la gracia de Dios nunca deja de librar al hombre de las consecuencias de su pecado. Aun cuando el hombre responde a un nuevo comienzo con el antiguo modelo del pecado, el compromiso de Dios a su mundo sigue en pie, y el hombre pecador experimenta el favor de Dios así como sus justos juicios” (Clines).

Cada tema, cada aspecto de la historia primitiva (Gén. 1-11) es *universal* en alcance: la creación, la caída, la difusión del pecado, el castigo del pecado y la disponibilidad de la gracia y la salvación de Dios. La creación de Dios no puede ser una creación local. Lo que el autor hebreo destaca es que el Dios de la Biblia es el Creador de *todas las cosas*. La creación no estuvo limitada a algunas formas de vida, algunas razas de la humanidad o a un área geográfica limitada; Dios creó todo, en todas partes. No hay nada que exista que no provenga de él. En forma similar, el *pecado* que desfiguró la creación de Dios no fue un fenómeno local que afectó sólo a una parte del mundo o sólo a algunos humanos; afectó a *todo* el mundo y a *toda la humanidad*.

Algunos han alegado que, tal vez *teológicamente*, el tema es universal, pero que el autor usó sólo una inundación local como símbolo de una verdad teológica universal. Sin embargo, leer en el texto lo que no está allí viola el equilibrio literario y la aplicación intencionada del relato. No hay nada explícito en el texto que sugiera ninguna clase de separación entre el simbolismo universal y la aplicación local. Para el escritor bíblico, el problema del pecado humano es claramente real, las consecuencias del cual penetraron el mundo físico de una manera muy tangible y hasta sangriento. La justicia de Dios requería un castigo físico real para el pecado real: así como el pecado no es simbólico ni tampoco su castigo, ni, afortunadamente; fue la provisión de la salvación.

Otra vez, Gerhard von Rad, quien personalmente no habría aceptado necesariamente la historicidad del relato del diluvio, hace un par de comentarios interesantes con respecto a la idea de que el diluvio bíblico fuera derivado de un relato de una inundación local, y a la certeza de la realidad objetiva del relato del diluvio, por lo menos en la mente del autor bíblico:

“En lo que respecta al aspecto natural e histórico del problema del diluvio, la teología no es competente para expresar una opinión independiente. Puede decirse, sin embargo, que aun los hombres de las ciencias naturales no han considerado que la explicación prevaleciente, y que las numerosas historias de diluvios en el mundo surgieron de catástrofes locales, fuera suficiente.

“Detrás de la extraña precisión de las instrucciones para construir el arca y más tarde en el informe mismo del diluvio, detrás de las medidas y fechas precisas, hay tanto la

certeza de lo absolutamente concreto y de la realidad de la actividad de Dios, y un esfuerzo para mostrar la actividad de Dios, sus mandatos y sus movimientos con tanta objetividad teológica como fuera posible”.

Von Rad sigue añadiendo que tanto la distribución de la historias del diluvio alrededor del mundo como su notable uniformidad en algunos detalles mayores (como que fue causado por lluvia), “requieren la suposición de una experiencia cósmica real y un recuerdo primitivo...”.

La intención del escritor bíblico, entonces, fue describir el diluvio como un castigo universal que fue enviado para tratar con el problema universal del pecado que había afectado a la creación universal. Dios había creado todas las cosas sobre la Tierra; la Tierra entera había sido afectada por el pecado; se había llenado de violencia y había tenido que ser destruida. Del mismo modo, las bendiciones y el pacto que se dan después del diluvio son también de naturaleza claramente universal. Están destinadas a toda la creación, a toda la humanidad, no sólo a algunos. Alegar de otro modo no sólo va contra el claro significado e intención del texto, sino que también tiene implicaciones teológicas serias que contradicen la naturaleza universal del cristianismo.

Dentro del contexto de universalidad, es interesante notar cómo Jesús y los escritores del Nuevo Testamento relacionan el diluvio con el juicio final. Pedro, por ejemplo, invoca el juicio del diluvio de Noé como un “tipo” (ejemplo) del diluvio al final del tiempo, seguramente comprendido como un evento universal. Él veía un diluvio de fuego universal y global (2 Ped. 3:5-7). Aunque el tema principal de Jesús es que el juicio cayó sobre la gente de sorpresa, también está implícito el énfasis del aspecto universal del juicio del que nadie escapará. Si algunos escaparon al primer juicio, entonces la amenaza del segundo juicio ciertamente aparece disminuida (Mat. 24:38, 39).

Elena de White destaca este punto de la conexión universal del diluvio con la segunda venida con la siguiente declaración:

“Cuando los grandes sabios habían probado a su entera satisfacción que era imposible que el mundo fuese destruido por agua, cuando los temores del pueblo se habían tranquilizado, cuando todos consideraban que la profecía de Noé era un engaño, y le llamaban fanático, entonces llegó la hora de Dios... Cuando los razonamientos de la filosofía hayan desterrado el temor a los juicios de Dios; cuando los maestros de la religión nos hablen de largos siglos de paz y prosperidad, y el mundo se dedique por completo a sus negocios y placeres, a plantar y edificar, a fiestas y diversiones... ‘entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente... y no escaparán’” (1 Tes. 5:3) (*Patriarcas y profetas*, pp. 93, 94).

Problemas adicionales con el argumento de la inundación local

Evidencias arqueológicas. Las inundaciones eran bastante comunes a lo largo de los ríos de la antigua Mesopotamia, y el trabajo de campo de la arqueología en esa región, ha desenterrado evidencias de inundaciones en numerosos lugares. En realidad, se encontraron tantos estratos de inundaciones que los primeros eruditos no podían concordar cuál de ellos, si era alguno, fuera el resultado “del” diluvio.

Un examen más detallado de estos estratos de inundaciones, sin embargo, condujeron a la mayoría de los arqueólogos a abandonar la idea de que algunos de ellos representaba el gran diluvio de la antigua literatura mesopotámica y de la Biblia. Primero, ninguna de esas capas de inundaciones es particularmente extensa. Algunas ni siquiera cubren todo el asentamiento donde se los encontró. Segundo, los estudios geológicos indican que los depósitos de las inundaciones fueron aparentemente depositados en aguas tranquilas y profundas, no por acción rápida y catastrófica.

Estos descubrimientos condujeron al asiriólogo Georges Roux a afirmar que “las excavaciones arqueológicas en Iraq no proporcionaron ninguna evidencia del diluvio cataclísmico”. Mi propia revisión de la literatura me ha conducido a concordar con estos eruditos de que es difícil ver cómo alguna de esas inundaciones locales, bastante regulares, pudiera ser designada por los antiguos como el gran diluvio.

¿Inundaciones del período postglacial? La falta de evidencias del gran diluvio en los registros arqueológicos de Mesopotamia animó a algunos a sugerir que el diluvio debiera ser empujado más atrás, a lo que los geólogos llaman el Pleistoceno (Edad de Hielo) o antes. Los defensores de esta posición siguen, en general, aferrándose a una inundación local, pero a una escala mayor que las que los asiriólogos defendieron originalmente. Así los teóricos de la teoría del “Derretimiento del hielo” han examinado los registros geológicos de Mesopotamia buscando evidencia de una gran inundación inmediatamente después de la Edad de Hielo, al derretirse el hielo. Sin embargo, hay también muchos problemas con esta teoría del derretimiento del hielo. Primero, no armoniza con la descripción del diluvio bíblico o los aspectos universales de la narración de Génesis 1-11, que requieren que toda la humanidad y los animales que vivían sobre la Tierra fueran destruidos. Además, las descripciones del texto claramente identifican la causa del diluvio como la lluvia y la ruptura del “abismo”, no el derretimiento del hielo ni inundaciones de ríos.

Segundo, la evidencia geológica para una inundación durante el Pleistoceno en el área del Golfo Pérsico es ambigua. Aunque parece no haber duda de que el nivel del mar en esta región subió en forma significativa después de la Edad de Hielo, la rapidez de la inundación y su impacto geológico son mayormente conjeturas hasta aquí. En realidad, la interpretación geológica tradicional ha sido que el Derretimiento Glacial fue un proceso gradual. Se cree que el nivel del mar subió sólo unos 30 cm. cada veinte o treinta años.

Tercero, es difícil ver cómo una inundación en el Pleistoceno, aun cuando fuera de una extensión geográfica significativa, habría producido el importante impacto sobre la población humana como para ser transmitida a través del tiempo y eventualmente registrada por los habitantes posteriores de Mesopotamia en sus relatos del diluvio.

Las aguas del diluvio sobre las montañas. Si el diluvio fue local (Mesopotamia) y reciente en la historia geológica, entonces, ¿qué quiere decir el texto cuando habla de que las montañas más altas fueron cubiertas? Los montes en cuestión serían los mismos que existen en la Mesopotamia hoy. Algunas de esas cumbres, tales como el Monte Ararat, alcanzan una altura de 5.165 m. Si los antiguos visualizaron sólo una inundación local en Mesopotamia, y que sólo esos montes fueron cubiertos, las aguas de la inundación deberían haber sido tan profundas que todo el mundo hubiera estado inundado de todas maneras. Los geólogos diluvialistas, sin embargo, creen que estas montañas no preexistieron al diluvio; más bien, su origen fue una consecuencia de la actividad geológica catastrófica que acompañó al diluvio. Se cree que las verdaderas montañas “antediluvianas”, que todavía reflejaban las condiciones prístinas de la creación de Dios, eran mucho más bajas y no tan ásperas como las montañas creadas por el diluvio. También es importante recordar que el arca descansó sobre los montes de Ararat (u otros cordones montañosos en la región), ubicaciones bien conocidas, a centenares de metros de altitud y a muchos kilómetros de distancia de las planicies formadas por los ríos Tigris y Éufrates.

Otra pregunta importante es: Si los antiguos realmente comprendieron el diluvio como un evento meramente local, ¿por qué entraron animales dentro del arca? Los animales de las regiones circundantes más allá de la planicie de Mesopotamia donde la

inundación no llegó, podrían haber regresado a las áreas que fueron inundadas y repoblar las regiones devastadas una vez que las aguas bajaron.

La navegabilidad del arca. Los barcos eran bien conocidos por los antiguos, especialmente en Mesopotamia, donde los habitantes construían botes y barcas para navegar los ríos Tigris y Éufrates; hasta la navegación oceánica era bien conocida desde tiempos antiguos, a través del Golfo Pérsico a la India, etc. Las dimensiones del arca eran enormes comparadas con los botes de aquellos tiempos, pues era un barco para navegación oceánica, no un bote de río (sus dimensiones son semejantes a las de los barcos modernos de hace una generación); claramente, el arca se describe como capaz de sobrevivir en aguas mucho más violentas y extensas que las que los antiguos estaban acostumbrados a experimentar sobre los ríos de la Mesopotamia. Por supuesto, su dimensión tenía la intención, en parte, de ser lo suficientemente espaciosa para alojar a los animales. Sin embargo, sus medidas y dimensiones también la hacían capaz de navegar por los mares, en contraste con los diseños de los típicos botes de ríos.

El efecto del diluvio sobre la Tierra. Hay una tendencia, aun entre los que aceptan la historicidad de un diluvio universal como el que se describe en la Biblia, de subestimar el poder y la destrucción causados por el diluvio. Tendemos a visualizar el diluvio más bien como un evento sencillo, en el que cayó mucha agua del cielo, el agua se hizo muy profunda, y todos se ahogaron. Nuestro cuadro puede incluir nubes negras y amenazadoras, relámpagos y rayos, y hasta grandes olas de aquí para allá. Sin embargo, aun este cuadro no hace justicia a la extensión y alcance de la catástrofe. Si el cuadro descrito en la Biblia es exacto, las fuerzas involucradas en ella van más allá de toda imaginación. Elena de White da un indicio de la violencia en algunas de sus descripciones:

“El agua se veía caer de las nubes cual enormes cataratas. Los ríos se salieron de madre e inundaron los valles. Torrentes de aguas brotaban de la tierra con fuerza indescriptible, arrojando al aire, a centenares de pies, macizas rocas, que al caer se sepultaban profundamente en el suelo” (*Patriarcas, y profetas*, p. 87).

Particularmente impresionante es su declaración de que “el mismo Satanás, obligado a permanecer en medio de los revueltos elementos, temió por su propia existencia” (*Ibíd.*, p. 88; ver también *La historia de la redención*, p. 69). Seguramente ninguna inundación local podría haber producido tal temor en un poderoso ser sobrenatural.

“Toda la superficie de la Tierra fue cambiada por el diluvio. Una tercera y terrible maldición pesaba sobre ella como consecuencia del pecado. A medida que las aguas comenzaron a bajar, las lomas y las montañas quedaron rodeadas por un vasto y turbio mar. Por doquiera yacían cadáveres de hombres y animales...”

“La Tierra presentaba un indescriptible aspecto de confusión y desolación. Las montañas, una vez tan bellas en su perfecta simetría, eran ahora quebradas e irregulares. Piedras riscas y escabrosas rocas estaban ahora diseminadas por la superficie de la Tierra (*Ibíd.*, pp. 98, 99).

El diluvio bíblico y la geología moderna

Está fuera del alcance de este librito entrar en los problemas complejos de la geología. Dos estudios recientemente publicados que tratan de los desafíos de la geología moderna son *Faith, Reason, and Earth History*, por el Dr. Leonard Brand [existe versión en español], y *Origins: Linking Science and Scripture*, por el Dr. Ariel Roth [de próxima aparición en español]. Hay, sin embargo, una cantidad de enigmas en el registro geológico que han hecho que la idea de una inundación global sea plausible para mí. Primero, está la evidencia de una abundante actividad del agua subterránea en los continentes. Está el inesperadamente gran número de tipos fósiles marinos

(oceánicos) que se encuentran en las rocas sedimentarias de los continentes. La presencia común de un tipo especial de sedimentos, llamados *turbiditas*, que son creadas por corrientes de barro subacuáticas conocidas como corrientes turbidales, también dan evidencia de la amplia actividad subacuática sobre los continentes. Muchas de las rocas sedimentarias depositadas por el agua muestran evidencias de que fueron depositadas por corrientes que fluían en la misma dirección a escala continental. Esto es bastante contrario a lo que la geología convencional predeciría.

Finalmente, la ausencia de erosión significativa en las capas inferiores de la columna geológica sugiere que no transcurrió mucho tiempo entre la deposición de las diversas capas sedimentarias.

Por sí mismos, los enigmas no “demuestran” la veracidad del diluvio bíblico. Pero ilustran que las explicaciones evolucionistas no están sin problemas, y que hay datos que parecen armonizar mejor con un diluvio universal.

Los creacionistas no tienen todas las respuestas a las preguntas y desafíos que plantean los hombres de ciencia evolucionistas. Numerosos descubrimientos en la naturaleza parecen desafiar explicaciones fáciles actualmente, tanto para los creacionistas como para los evolucionistas. La verdadera pregunta para los creyentes, en mi opinión, es: ¿Sobre qué autoridad depositaremos nuestra confianza? ¿Seguiremos las conclusiones de la ciencia secular, que cambia con frecuencia, o pondremos nuestra confianza en la Palabra de Dios? Confiar en la Palabra de Dios involucra el uso de sólidos principios de interpretación que sean fieles a las intenciones del escritor inspirado, así como en la conducción del Espíritu Santo.

CAPÍTULO 10

EL DISEÑADOR MAESTRO

Si se acepta el testimonio bíblico como histórico y dotado de autoridad, entonces no hay dudas de que toda vida, incluyendo la humanidad, vinieron a la existencia por la mano de un Diseñador maestro. En realidad, los cristianos a menudo usan lo que se llama el “argumento del diseño”: la idea de que un universo que funciona perfectamente da evidencia de haber sido diseñado, como una manera de persuadir a las personas a creer en Dios.

Sin embargo, la premisa subyacente de la teoría de la evolución es que el origen de todas las cosas, incluyendo la vida, puede ser explicado en términos puramente naturalistas. En otras palabras, la sabiduría convencional de la ciencia secular no ve evidencias ni necesidad de un Diseñador maestro. ¿Es ahora inválido el argumento del diseño? Antes de considerar esta pregunta, podría ser útil dar, primero, un rápido repaso del argumento del diseño.

Historia del argumento del diseño

Un repaso de las obras bien conocidas de filósofos y teólogos muestra que la idea de que hay evidencias de diseño en la naturaleza ha existido por bastante tiempo. Probablemente la obra más importante al comienzo de la era moderna es la de William Paley (1743-1805), quien publicó una obra famosa, *Natural Theology* [Teología natural], en 1802. Su argumento mejor conocido en favor del diseño es la analogía del reloj. Dicho en forma sencilla, él argumenta que si usted encontrara en el suelo un reloj con todas sus partes en plena operación para dar la hora, usted inferiría razonablemente de que el reloj debe haber tenido un fabricante relojero, un diseñador. Avanzando el reloj a las complejidades de la naturaleza, Paley alega que, así como el reloj no pudo llegar a existir por sí mismo, tampoco podrían hacerlo las complejas estructuras y organismos que se encuentran en la naturaleza: ellas también demandan un diseñador.

Los evolucionistas no han podido ignorar el desafío y las implicaciones del argumento de Paley, y han contraatacado con una cantidad de argumentos vigorosos en un intento de diluir el argumento del diseño. El más notable de estos desafíos en contra provino de Richard Dawkins, en un libro publicado en 1987 y titulado *The Blind Watchmaker* [El relojero ciego], obviamente un desafío directo a Paley. En su libro, Dawkins argumenta que no hay necesidad de una mente detrás del universo. Más bien, los procesos fortuitos, si operan durante un tiempo suficientemente largo, pueden eventualmente producir cualquier nivel de organización deseado. Para apoyar sus afirmaciones, Dawkins usó programas de simulación de computadoras para mostrar cómo la suerte fortuita puede transformar sílabas sueltas en algo significativo. Los críticos han objetado las “pruebas” de Dawkins señalando que si uno mira con cuidado, él está prejuiciando el proceso al poner ciertas limitaciones al programa de computación, algo que no ocurre en la naturaleza.

Recientemente una cantidad de hombres de ciencia, de filósofos y otros eruditos han sentido que el naturalismo puro y sin mentalidad de Dawkins y otros evolucionistas destacados se ha mantenido sin desafíos por demasiado tiempo. Estos eruditos, que incluyen a Michael Behe, David Berlinski, Phillip Johnson, Hugh Ross, William Dembski y otros, han unido fuerzas y publicaron una cantidad de artículos y libros para exponer las debilidades del naturalismo. (El trabajo más reciente en esta área por un hombre de ciencia adventista es el del Dr. Leonard Brand de la Universidad de Loma Linda, aunque él usa el término “intervención informada” más bien que “diseño inteligente”).

Estos eruditos sostienen que el naturalismo es un modelo inadecuado para explicar la realidad. Señalan que en término del tema de los orígenes, hay realmente sólo dos alternativas: el *evolucionismo naturalista*, según el cual se dice que la vida no exhibe más que el resultado de procesos naturales no dirigidos, y el *diseño inteligente*, que sostiene que la vida exhibe la actividad de una causa inteligente.

Es importante reconocer qué es realmente el naturalismo. De acuerdo con Dembski, el naturalismo es una ideología. Su doctrina clave es la autosuficiencia de la naturaleza. Dentro de la cultura occidental su forma más virulenta es conocida como “naturalismo científico”. El naturalismo científico ubica la autosuficiencia de la naturaleza en las leyes naturales de la ciencia no dirigida. De acuerdo con esto, el naturalismo científico nos haría entender el universo enteramente en términos de dichas leyes. Así, en particular, como los seres humanos son una parte del universo, quiénes somos y lo que hacemos debe, en última instancia, ser comprendido en nuestra humanidad como la consecuencia de procesos materiales brutos que no están apuntando conscientemente a nosotros. Y esto no es negar a Dios. Pero es afirmar que si Dios existe, estuvo maravillosamente deseoso de tapar sus pisadas y no dar evidencia de que alguna vez interactuó con el mundo. Sigue siendo lógicamente permisible para los naturalistas científicos afirmar la existencia de Dios pero sólo hacer de Dios un pasajero superfluo encima de una narración autónoma del mundo.

Claramente, el naturalismo alega muy esforzadamente que todo lo que hay en el universo pudo llegar a la existencia, y lo hizo, sin Dios. La suposición básica del naturalismo es que la naturaleza es autónoma. Aunque no niegan la existencia de Dios, Dios es totalmente innecesario. Como Dembski señala, “el naturalismo no requiere que explícitamente neguemos la existencia de Dios. Dios pudo, después de todo, haber creado el mundo para ser autónomo. Sin embargo, por consideración a la investigación se requiere que pretendamos que Dios no existe y se actúa en armonía con esta suposición. El naturalismo no afirma que Dios no existe, sino que Dios no necesita existir. No es que Dios haya muerto, sino que Dios está ausente. Y porque Dios está ausente, la honestidad intelectual demanda que realicemos nuestra tarea sin invocarlo a él”.

En pocas palabras, una persona que acepta las ideas del naturalismo no se preocupa si usted cree en Dios o no, pero insiste en que para comprender el universo (haciendo ciencia), debemos actuar como si Dios no existiera.

El diseño y el evolucionismo teísta

La mayoría de los teóricos inteligentes del diseño también tienen un problema con el evolucionismo teísta. Históricamente, el evolucionismo teísta ha sido abrazado más por los teólogos que han creído que hay alguna clase de muro impenetrable o brecha entre Dios y su creación. Como señala Dembski, a través de toda la historia eclesiástica ha habido pensadores cristianos que consideran al intelecto natural de la humanidad como desesperadamente inadecuado para encontrar aun un pedacito de conocimiento confiable acerca de Dios por medio de la naturaleza. Tal evaluación negativa puede encontrarse en los escritos de Tertuliano, Ockham, Blas Pascal, Soren Kierkegaard y Karl Barth. La moda teológica actual también prefiere un Dios evolucionista inaccesible al escrutinio científico por sobre un Dios diseñador cuyos actos en la naturaleza son claramente detectables. Esta es una de las presuposiciones claves del evolucionismo teísta que muchas personas no perciben; su fundamento filosófico defiende la idea de que la evidencia científica favorece el darwinismo y que sólo el darwinismo es detectable mediante la investigación científica. Es decir, el evolucionismo teísta necesariamente rechaza cualquier teoría de diseño inteligente porque ¡la teología del

evolucionismo teísta niega que la actividad divina es detectable en la naturaleza por el intelecto natural!

El evolucionismo teísta pone al teísmo y al evolucionismo en una extraña tensión. Si Dios creó a propósito la vida por medios darwinianos, entonces el propósito de Dios era dar la impresión de que la vida fue creada sin propósito. Dentro del evolucionismo teísta, Dios es un maestro del sigilo, quien constantemente elude nuestros mejores esfuerzos por detectarlo empíricamente. El evolucionista teísta cree que el universo fue diseñado. Sin embargo, en tanto hay dueño en el universo, es el diseño lo que reconocemos estrictamente por los ojos de la fe. De acuerdo con esto, el mundo natural en sí mismo no proporciona evidencias de que la vida tiene diseño. Por todo lo que podemos decir mediante nuestro intelecto natural, nuestra aparición sobre el planeta Tierra es un accidente.

Irónicamente, los darwinistas seculares encuentran el teísmo del evolucionismo teísta totalmente superfluo.

“Para el naturalista más duro, el evolucionismo teísta, en el mejor de los casos, incluye a Dios como un pasajero innecesario en un informe, de otro modo puramente naturalista, de [l] [origen de] la vida. De este modo, por la navaja de Ockham, ya que Dios es un pasajero en nuestra comprensión del mundo natural, el evolucionismo teísta debería evitar totalmente hablar de Dios y eliminar el adjetivo inútil: *teísta*. Este es el concepto heredado por el darwinismo”.

Apoyo para la evidencia de la inspiración acerca de la actividad creadora de Dios en la naturaleza

Hay numerosos pasajes bíblicos que testifican del hecho de que la naturaleza declara la evidencia de la actividad creadora de Dios. Por ejemplo, Romanos 1:20 dice: “Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables” (Biblia de Jerusalén). Otro es Salmos 19:1, que dice: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”.

Como vimos en el capítulo 2, aunque la naturaleza ha sido afectada por el pecado, Elena de White creía, definitivamente, que Dios podía ser detectado en la naturaleza. Ciertamente, antes de la caída, era la intención de Dios que la evidencia de su poder creador fuera detectado en la naturaleza. Al analizar el hogar de Adán y Eva anterior a la caída, Elena de White escribió:

“El nombre de Dios estaba escrito en cada hoja del bosque, y en cada piedra de la montaña, en cada brillante estrella, en la tierra, en el aire y en los cielos. El orden y la armonía de la creación les hablaba de una sabiduría y un poder infinitos. Continuamente descubrían algo nuevo que llenaba su corazón del más profundo amor, y les arrancaba nuevas expresiones de gratitud” (*Patriarcas y profetas*, p. 33).

También es claro que Dios originalmente dio a la humanidad una mente capaz de discernir lo divino. “Su naturaleza [la del hombre] estaba en armonía con la voluntad de Dios. Su mente era capaz de comprender las cosas divinas. Sus afectos eran puros, sus apetitos y pasiones estaban bajo el dominio de la razón” (*Ibid.*, pp. 25, 26).

Elena de White también tiene algunos comentarios que se ocupan de los desafíos del deísmo que estaba actuando en sus días, pero que también tienen aplicaciones para el naturalismo ateo que es especialmente difundido por todo el mundo actual.

“Comúnmente, la expresión ‘leyes de la naturaleza’ abarca lo que el hombre ha podido descubrir acerca de las leyes que gobiernan el mundo físico; pero ¡cuán limitada es la sabiduría del hombre, y cuán vasto el campo en el cual el Creador puede obrar, en

armonía con sus propias leyes, y sin embargo, enteramente más allá de la comprensión de los seres finitos!

“Muchos enseñan que la materia posee poderes vitales, que se le impartieron ciertas propiedades y que se la dejó luego actuar mediante su propia energía inherente; y que las operaciones de la naturaleza se llevan a cabo en conformidad con leyes fijas, en las cuales Dios mismo no puede intervenir. Esta es una ciencia falsa, y no está respaldada por la Palabra de Dios... La naturaleza atestigua que hay una inteligencia, una presencia y una energía activa, que obran dentro de sus leyes y mediante ellas. Existe en la naturaleza la acción del Padre y del Hijo. Cristo dice: ‘Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro’ (Juan 5:17)” (*Patriarcas y profetas*, pp. 106, 107).

Evidencia de diseño

El universo ordenado para sostener la vida. Ariel Roth nota que los hombres de ciencia han reconocido hace mucho tiempo que parece haber una considerable cantidad de orden y especialización en la naturaleza que va más allá de la suerte fortuita. El universo, y especialmente la Tierra, aparece ordenado con el fin sostener la vida. El universo parece estar armonizado con tolerancias extremadamente estrechas. Roth entonces cita a Stephen Hawking: “Hay enormes probabilidades en contra de que un universo como el nuestro surgiera de algo como el big bang. Yo pienso que hay implicaciones claramente religiosas”. Hawking señala que si la energía de ese postulado bang hubiera sido demasiado grande, no se hubieran formado las estrellas y los planetas. Por otro lado, si hubiese sido demasiado pequeña, el universo se hubiera desintegrado hasta ser olvidado. Además, nota Hawking, “si la tasa de expansión un segundo después del big bang hubiese sido más pequeña en sólo una parte en cien mil millones de millones, el universo se habría desintegrado otra vez, antes de haber alcanzado su tamaño presente”. De acuerdo con Roth, estas tolerancias estrechas ilustran la improbabilidad aun de este concepto ampliamente aceptado (del big bang) sin algún diseño detrás de él. Roth sigue notando que la investigación también ha mostrado que diversos otros factores, tales como la gravedad y el electromagnetismo, están sumamente afinados en detalle. Si la fuerza del electromagnetismo cambiara sólo una parte en un uno seguido de cuarenta ceros (10^{40}), el resultado sería desastroso. Roth entonces cita a Ian Barbour, quien acertadamente concluye: “El cosmos parece estar equilibrado sobre el filo de un cuchillo”. Roth concluye que todas estas tolerancias finamente ajustadas señalan más a un diseño, que a una actividad fortuita no dirigida.

La complejidad de los organismos. Una segunda área donde la naturaleza proporciona evidencias de un diseño es en la complejidad que existe en los organismos. Roth señala cómo los hombres de ciencia han planteado muchos conceptos diferentes en un intento por explicar el origen de lo intrincado y lleno de propósito que ven en la constitución de las cosas vivientes, sin apelar al diseño. Los términos usados para esos conceptos incluyen: entelequia, emergencia, finalidad, tipostrofismo, aristogénesis, élan vital, teleología, vitalismo, homogénesis, nemogénesis, preadaptación, saltación y ortogénesis. La proliferación de estos conceptos demuestra cuánto han deseado los hombres de ciencia y los filósofos encontrar una explicación natural adecuada para lo que de otro modo parece un diseño inteligente.

Sistemas interdependientes. En 1996, el bioquímico Michael Behe produjo un remezón en la comunidad científica con la publicación de su libro, *Darwin's Black Box* [La caja negra de Darwin]. En su libro, Behe alega que una de las debilidades de la evolución darwiniana es que deja de dar cuenta de los sistemas biológicos interdependientes. Específicamente, la naturaleza está llena de sistemas biológicos compuestos por partes funcionalmente interdependientes. Estos sistemas no pueden

operar a menos que todas las partes necesarias estén presentes y trabajen juntas. Ariel Roth proporciona una analogía conveniente de nuestra vida diaria: el sistema de alarma (Behe sugirió una analogía aun más sencilla: una trampa para cazar ratones). Una alarma contra ladrones está compuesta por una cantidad de partes interdependientes que incluyen: 1) sensores para las puertas o ventanas, 2) alambres que los conectan a un centro de control, 3) un complejo centro de control, 4) una fuente de energía, 5) alambres que conectan con una alarma, y 6) la alarma misma. Al construir tal alarma, es obvio que el sistema en conjunto no funcionará hasta que todas las partes estén presentes, conectadas e interactuando juntas.

La mayoría de los sistemas biológicos son interdependientes en forma semejante. El desafío para el evolucionismo naturalista es explicar cómo las mutaciones puramente fortuitas y la selección natural desarrollaron tales sistemas, especialmente si la naturaleza no tiene ningún plan preexistente. En esencia, el naturalismo tiene que encontrar un camino para producir por evolución ciega las numerosas partes funcionales interdependientes de un sistema biológico, independientes las unas de las otras inicialmente, pero después que cada componente terminó de evolucionar, deberá interactuar apropiadamente con las demás partes. Como nota Roth, las papilas gustativas son inútiles sin un nervio que las conecte con el cerebro, y las células nerviosas son inútiles a menos que estén conectadas con el cerebro para interpretar los impulsos de la célula nerviosa. Roth sigue explicando la improbabilidad de que esto ocurra al azar:

“La multitud de cambios simultáneos requeridos para producir un sistema funcional parecen improbables desde un punto de vista evolucionista. Cuando consideramos el modelo del desarrollo gradual de un sistema interdependiente, tenemos que postular la presencia de partes inútiles que esperan por allí hasta que eventualmente llegan a ser útiles por medio de alguna mutación final fortuita. De acuerdo con la teoría del evolucionismo, deberíamos esperar encontrar muchos órganos recientemente desarrollados, o sistemas de órganos, pero al considerar las más de un millón de especies en el mundo, no vemos virtualmente ninguno de estos órganos postulados”.

Semejanzas. Además del desafío de la “complejidad irreducible”, está la importancia de las semejanzas. La biología comparada ha demostrado que muchos organismos diferentes tienen partes similares. Por ejemplo, muchos vertebrados (animales con huesos) tienen una disposición de los huesos semejante en sus extremidades anteriores. Esta semejanza la usan la mayoría de los evolucionistas como una evidencia en favor del evolucionismo. Alegan que la semejanza de disposición de los huesos muestra que los diferentes vertebrados están emparentados unos con otros, o que derivaron de un antepasado común.

Sin embargo, como nota el Dr. Roth, el argumento de la semejanza ofrece sólo un apoyo altamente cuestionable para el modelo evolucionista, dado que las semejanzas pueden también ser usadas como apoyo para un modelo común de diseño.

Como explica Roth:

“¿Por qué no usar el mismo modelo básico, tal como el de la disposición de las extremidades anteriores que permite la rotación de la extremidad (la mano en los humanos) en diversas clases de organismos, especial mente si funciona bien?... Ninguna ley prohíbe los modelos programados de creación. Un creador no tendría que emplear diferentes sistemas para funciones similares. La semejanza no necesita indicar un origen evolucionista común más que la proposición de que todos los autos de cuatro cilindros deben venir de la misma fábrica. Las semejanzas pueden igual de fácil representar un diseño inteligente usando buenos sistemas funcionales”.

Conducta de los animales. La Biblia señala con frecuencia al mundo de la naturaleza para encontrar evidencias de la sabiduría de Dios. Proverbios 6:6-8 nos anima a aprender de la hormiga; la observación superficial no muestra ningún líder aparente, y sin embargo los insectos trabajan juntos de manera coordinada para recoger y guardar alimentos. En su libro *Jungle Peace* [Paz selvática], William Beebe proporciona una descripción que intriga: un ejército de hormigas que tratan de salvar el impedimento de un agujero en la arena de la selva de Guyana:

“Esta multitud consistía de potenciales caminos de troncos, puentes de sogas, apoyos, rejillas, rellenos, columnas, escaleras y otros elementos innumerales para escalar con éxito estos barrancos, al parecer inexpugnables. Si un estrato de arena dura aparecía, sobre la cual no se podía hacer ninguna impresión, una fila de hormigas se entretejían, cada una de las cuales se fijaba en forma complicada mediante mandíbulas y patas a las otras. Desde ese momento su actividad febril las abandonaba: llegaba a ser una pieza, una unidad simple de un puente colgante sobre un abismo; una viga, un tablón orgánico sobre el cual sus compañeros marchaban de a centenares, algunas vacías, otras cargadas pesadamente. Si había que realizar un ascenso repentino, una hormiga se unía a otras para formar una escalera colgante, por la cual trepaban en las columnas, parcialmente apoyadas contra la arena”.

Aún más interesante fue la observación de Beebe de cómo las hormigas ayudaban a sus compañeras: “Una hermana sobrecargada recibía la ayuda de una mandíbula auxiliadora y la ayudaba por alguna distancia hasta el fin de su trocha. Yo estaba especialmente interesado en ver, una y otra vez, esta disposición de ayudar a llevar las cargas”. Mientras los evolucionistas sienten que hay aplicaciones puramente naturalistas para toda la conducta animal tal como la que demostraron estas hormigas, John Baldwin, cuya disertación se ocupó del diseño, alega que el origen último de esa conducta tan notablemente inteligente en los insectos puede encontrarse sólo en la mente de un Dios creador amante, cuya sabiduría es infinita y cuyas “misericordias [están] sobre todas sus obras” (Sal. 145:9).

El diseño fue oscurecido por el pecado

Hasta ahora hemos repasado los argumentos y las evidencias que apoyan la existencia de un diseño inteligente (y la presencia de un Diseñador inteligente). Sin embargo, como notamos en el capítulo 2, la naturaleza ha sido manchada por la entrada del pecado, de modo que debemos recordar que la evidencia que vemos, aunque señala a un diseño, puede no siempre parecer un diseño perfecto o ideal. Como explica Leonard Brand:

“El Diseñador nos dio suficiente información para impedirnos quedar confundidos por esta evidencia [la de un diseño menos que perfecto]. La vida fue creada en un estado perfecto, pero la rebelión de la raza humana introdujo fuerzas degenerativas también en otras de la naturaleza. La Tierra ya no es un lugar ideal de habitación. Los organismos se han adaptado por medio de la selección natural a condiciones cambiadas, y muchas de estas adaptaciones están lejos de ser ideales. El concepto de una creación y una posterior rebelión no pueden ser estudiados por métodos científicos; pero los procesos de cambios que han ocurrido después de aquellos eventos pueden ser analizados con el proceso científico”.

Y como lo señala Elena de White: “La naturaleza aún habla de su Creador. Sin embargo, estas revelaciones son parciales e imperfectas” (*La educación*, p. 17). Además indica que la forma de compensar los efectos que el pecado ha causado sobre la naturaleza es usar “la revelación más plena que Dios nos ha dado de sí en su Palabra escrita” (*Ibíd.*).

CAPÍTULO 11 – EL PODER DE DIOS EN LA NATURALEZA

Encontrando a Dios en la naturaleza

A través de los siglos muchos filósofos han confundido a Dios con su creación (Rom. 1:18-25). La filosofía panteísta, por ejemplo, iguala a Dios con la naturaleza, un punto de vista que claramente contradice la perspectiva bíblica de Dios. Aun cuando Dios no debe ser igualado con la naturaleza, creemos que su poder sostiene a la naturaleza y que podemos acercarnos a su Espíritu mientras estamos al aire libre, en la naturaleza. En realidad, hay mucho que podemos aprender de Dios por medio de la creación. ¿Quién no ha experimentado un sentido de asombro y majestad en la presencia de un poder mayor cuando se viaja, o mejor, cuando se camina en medio de majestuosas montañas o al observar el choque de poderosas olas contra la costa rocosa? ¿Y quién no ha sentido la paz relajante que lo cubre a uno cuando descansa a orillas de un murmurante arroyo o escucha el canto de los pájaros en las ramas por sobre su cabeza? En ocasiones como esa somos testigos del poder del Creador y del bálsamo que invade nuestras almas.

Podemos aprender mucho de la naturaleza que nos puede beneficiar, especialmente cuando reconocemos al Creador detrás de las escenas. Jesús, el Creador de todo, a menudo obtuvo lecciones de la naturaleza. Muchos de los grandes siervos de Dios se han acercado a su Creador, retirándose de la sociedad humana por un período, a la paz y la soledad de la creación.

La palabra creadora de Dios

Una de las afirmaciones más sencillas y a la vez más profundas acerca de Dios y de su poder se encuentra en Salmos 33:6: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca”. Vemos este divino proceso en operación, sin explicaciones, en Génesis 1. Cada uno de los primeros días se introduce con la expresión: “Y dijo Dios...”.

El informe de la creación de los primeros seres humanos en Génesis 2:7, 19 y 22 muestra a Dios claramente haciendo a Adán con arcilla; Eva, a su vez, fue creada de la costilla de Adán. En estos casos, Dios usó materiales que ya existían. Sin embargo, sigue en pie la pregunta: “¿De dónde vino ese material, en última instancia?” De acuerdo con Hebreos 11:3, entendemos por fe que fue “constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”. Esta era la mejor manera en que el autor de Hebreos pudo decir que Dios hizo el universo de la nada. Los eruditos describen este tipo de creación, el hacer algo de la nada por un mandato divino, una creación *ex nihilo*.

Lo que la Biblia está enseñando aquí es que, en última instancia, toda la materia del universo fue creada por Dios, que Dios precedió todo lo demás en el universo, incluso la materia y la energía, y que él es, por esto, el originador de todo. Enfatizamos ambos puntos en los capítulos 1 y 4 en nuestro análisis del registro del Génesis. Ahora vemos al autor de Hebreos destacando los mismos puntos en Hebreos 11:3. En esta sencilla declaración el autor de Hebreos plantea la demanda de Dios de ser el único verdadero Dios del universo. Él no tiene rivales o pares, ya sea animados o inanimados. Otra manera de señalar lo mismo, que era particularmente significativo en los tiempos bíblicos (¡pero no lo es menos hoy!), es decir que no hay otros dioses fuera de Jehová.

El poder sustentador de Dios

Hay una filosofía llamada deísmo que sostiene que Dios, después de su creación inicial, esencialmente abandonó el universo a su propia suerte. Esta idea estaba especialmente difundida durante el siglo XIX. Guillermo Miller, que en cierta forma

puso en marcha el movimiento adventista, al comienzo sostuvo esta opinión. Sin embargo, esta comprensión de Dios es bastante diferente del punto de vista bíblico acerca de cómo Dios se sigue relacionando con su Tierra después de la creación original.

“En lo que respecta a esta Tierra, las Escrituras declaran que la obra de la creación ha sido terminada. ‘Las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo’. Pero el poder de Dios está aún en acción para sostener los objetos de su creación. No late el pulso ni se suceden las respiraciones por el hecho de que el mecanismo una vez puesto en movimiento sigue actuando por su propia energía inherente. Cada respiración, cada latido del corazón es una evidencia del cuidado de Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos. Desde el insecto más pequeño, hasta el hombre; toda criatura viviente depende diariamente de su providencia” (*La educación*, pp. 130, 131).

Los cristianos han entendido desde hace mucho tiempo, por las Escrituras, que ellos dependen de Dios para su existencia espiritual. Además, comprenden que la esencia de la vida cristiana es el amor y la abnegación, que se debe poner el bien de otros en primer lugar. Pero en esta declaración de Elena de White vemos que esa interdependencia y abnegación no están limitadas a la esfera espiritual. Más bien, se extiende también al mundo natural. Toda la creación sigue dependiendo de Dios, no sólo en el sentido espiritual sino también en el físico, y todos nosotros, humanos o criaturas inferiores, dependemos los unos de los otros.

Esa interdependencia espiritual revela un profundo paralelo entre la vida espiritual y la ecología, el delicado equilibrio de la vida que podemos observar en la naturaleza. Los ecólogos han descubierto muchos delicados ecosistemas en el que todos sus miembros, sean plantas, animales, aves o insectos, son indispensables para la supervivencia de la comunidad como un todo. Si cualquiera de esos elementos deja de hacer su parte, toda la comunidad es destruida. Los principios que nos guían en nuestra vida espiritual deberían ayudarnos a darnos cuenta de nuestras responsabilidades hacia la naturaleza. ¡Los verdaderos cristianos son ecólogos!

Esto plantea una pregunta interesante que puede ser peculiar para los cristianos adventistas que creen que el Señor vuelve pronto. Ella es: ¿Cuál es nuestra responsabilidad hacia la Tierra? Para decirlo en forma contundente, si el Señor viene pronto y destruirá este planeta de todos modos, ¿por qué deberíamos molestarnos en cuidarlo?

Sin embargo, hay varias cosas en la vida cristiana que, aunque superficialmente parezcan insignificantes, Dios nos pide que hagamos, porque son cosas correctas que se deben hacer. Tomemos la oración, por ejemplo. Si Dios sabe todas las cosas, ¿por qué orar? ¿Acaso no sabe quién necesita ayuda, y qué necesita? O, ¿por qué cuidar nuestros cuerpos, si Dios nos dará cuerpos nuevos? Si se llevan a su conclusión lógica, este tipo de razonamientos nos haría votar en favor de leyes dominicales y realizar actos contrarios a la voluntad última de Dios ¡de modo que podamos apresurar su venida! Pero no, se nos dice que debemos hacer todo lo que podamos para resistir al mal y hacer el bien, aunque por quedar un tiempo breve puede parecer inútil. Que hagamos lo correcto es casi tan importante, si no más, que la acción misma. Es importante recordar que, así como Dios ha puesto valor a nuestros templos físicos (nuestros cuerpos), Dios mismo ha asignado un gran valor a su creación.

Dios ama a sus criaturas

Un cuadro consistente que surge del Antiguo y del Nuevo Testamentos es que Dios conoce nuestras necesidades y provee lo necesario para sus criaturas (ver Sal. 104:20, 21, 27, 28; 147:9; Mat. 6:25, 26; Luc. 12:22-24). Las Escrituras describen a Dios en

forma consistente, como atento a sus criaturas, a sus necesidades y a sus angustias. Provee alimentos para los cuervos y los gorriones. En general, el contexto de estos pasajes nos recuerda que si el gran Dios del universo se ocupa aun de un insignificante gorrion, entonces ¡seguramente se interesará por nosotros! Pero el hecho sigue en pie de que Dios conoce todos los aspectos de su creación y se interesa en ellos. Si Dios se interesa, ¿deberíamos hacerlo también nosotros?

Dios muestra su cuidado por su creación hasta el punto de amonestarnos a ayudar a esos animales que encontramos una carga o que están sufriendo de alguna otra manera. En Números 22:21-33 leemos del ángel que reprendió a Balaam por golpear a su asno. Proverbios 12:10 dice: “El justo cuida de la vida de su bestia; mas el corazón de los impíos es cruel”. De acuerdo con Elena de White, “los ángeles del cielo miran la angustia de la familia de Dios en la Tierra, y están dispuestos a cooperar con los hombres para aliviar la opresión y el sufrimiento... Las provisiones misericordiosas de la ley se extendían aun a los animales inferiores, que no pueden expresar con palabras sus necesidades y sufrimientos” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 462, 463).

“Pocos comprenden debidamente cuán inicuo es abusar de los animales o dejarlos sufrir por negligencia.

“Muchos creen que nunca será conocida su crueldad, porque las pobres bestias no la pueden revelar. Pero si los ojos de esos hombres pudiesen abrirse como se abrieron los de Balaam, verían a un ángel de Dios de pie como testigo, para testificar contra ellos en las cortes celestiales. Asciende al cielo un registro, y vendrá el día cuando el juicio se pronunciará contra los que abusan de los seres creados por Dios” (*Patriarcas y profetas*, pp. 472, 473).

Este problema de la preocupación de Dios por el sufrimiento de los animales plantea una pregunta adicional que parcialmente hemos considerado en el capítulo 8, donde tratamos con el tema de si la muerte precedió al pecado. Es muy difícil imaginar cómo Dios permitiría el sufrimiento de animales durante millones de años antes de crear a Adán y Eva. Dentro del marco bíblico, todo sufrimiento animal es el resultado de actos equivocados de la humanidad, bajo cuyo dominio y cuidado fueron puestos originalmente todos los animales (Rom. 8:18-23; Gén. 1:28; 2:19, 20). La ecología divina, que incluía la adecuada relación entre los humanos y el reino animal, fue alterada por el pecado.

Por supuesto, generalmente se piensa que las preocupaciones ecológicas son un fenómeno moderno que emergió cuando algunos hombres de ciencia observadores se dieron cuenta de que nuestra tecnología moderna y otros adelantos estaban realmente destruyendo nuestra Tierra. Los estudios de la ecología han mostrado que toda vida es interdependiente. Uno no puede desunir o alterar un componente del ambiente sin que tenga repercusiones en todo el ecosistema. De todos modos, los principios de la ecología, y cómo las cosas son interdependientes, pueden encontrarse en la Biblia. Esto puede hallarse en pasajes tales como Deuteronomio 20:19, 20; 2 Reyes 3:25 e Isaías 7:23, por mencionar unos pocos ejemplos.

El mandato de Deuteronomio es primariamente contra cortar árboles frutales. Sin embargo, la tala de árboles no frutales también producía consecuencias. Mientras la Biblia describe la tierra que el antiguo Israel heredó inicialmente como productiva, llena de árboles y vida vegetal, el continuo corte de bosques, eventualmente, resultó en la deforestación casi completa del país. En realidad, al final del siglo pasado, virtualmente no había árboles en las colinas y cerros de Palestina. La ausencia de árboles significaba que no había raíces para mantener en su lugar el suelo. Como resultado, el suelo se erosionó en las laderas de las colinas con las lluvias invernales, exponiendo el subsuelo rocoso y dejando el país bastante desolado. Al destruir la vegetación, todas las

variedades de animales y aves desaparecieron de Tierra Santa. Cuando comencé mis estudios de arqueología en Palestina y me estaba preparando para mi primer viaje, estudié muchas fotos que habían sido tomadas en la primera mitad de este siglo y me sorprendió ver cuán desolada estaba “la tierra donde fluye leche y miel”.

Afortunadamente, desde 1947 los gobiernos de Jordania y de Israel han estado invirtiendo el proceso mediante la reforestación sistemática. Los estudios de los eruditos de la Universidad Andrews y de otros colegios adventistas en Jordania han descubierto que, al volver a establecerse los árboles, se han vuelto a crear zonas de suelo, los pastos y arbustos están volviendo, y también ciertas aves y animales.

“Tanto las cosas del cielo como las de la Tierra declaran que la gran ley de la vida es una ley de servicio. El Padre infinito cuida la vida de toda cosa animada. Cristo vino a la Tierra ‘como el que sirve’ (Luc. 22:27). Los ángeles son ‘espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación’ (Heb. 1:14). La misma ley de servicio está impresa en todos los objetos de la naturaleza. Las aves del cielo, las bestias del campo, los árboles del bosque, las hojas, el pasto y las flores, el sol en los cielos y las estrellas de luz, todos tienen su ministerio. El lago y el océano, el río y el manantial, todos toman para dar.

“Cada objeto de la naturaleza, al mismo tiempo que contribuye a la vida del mundo, asegura la suya. No menos está escrita en la naturaleza que en las páginas de las Sagradas Escrituras, la lección: ‘Dad, y se os dará’ (Luc. 6:38)” (*La educación*, p. 103).

El salmista pinta con palabras un hermoso cuadro de cómo los árboles proporcionan un hogar para las aves (Sal. 104:10-12); aun los objetos inanimados juegan su papel, incluyendo el agua de la Tierra, las rocas, y el sol y la luna. Sin embargo, detrás de la función de cada objeto se encuentra el diseño del Maestro Creador. “Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien” (Sal. 104:27, 28).

Lecciones de la naturaleza

Además de los principios de interdependencia, abnegación y servicio, hay otras lecciones que la creación de Dios puede enseñarnos.

Obediencia. Una lección que como humanos podemos aprender por la observación de la naturaleza es la forma en que la creación obedece la voluntad de Dios, sin hacer preguntas. “Las lecciones que se pueden aprender de los diversos objetos del mundo natural son las siguientes: Ellos son obedientes a la voluntad de su Creador, nunca niegan a Dios ni rehúsan obedecer cualquier indicación de su voluntad” (*Joyas de los testimonios*, t. 3, p. 341).

La bondad de Dios. La naturaleza también nos proporciona ventanas para ver el carácter de Dios, especialmente su amor y su bondad. “La naturaleza atestigua que un Ser infinito en poder, grande en bondad, misericordia y amor, creó la Tierra y la llenó de vida y de alegría. Aunque ajadas, todas las cosas manifiestan la obra de la mano del gran Artista y Maestro. Por doquiera que nos volvamos, podemos oír la voz de Dios, y ver pruebas evidentes de su bondad” (*El ministerio de curación*, pp. 319, 320).

El poder, la sabiduría y el amor de Dios. Al describir el paso de los hijos de Israel por la grandeza del Sinaí, Elena de White escribió:

“Por todas partes, las enormes montañas escarpadas hablaban, en su solemne grandeza, de la paciencia y la majestad eternas. Se hizo sentir al hombre su ignorancia y debilidad en presencia de Aquel que ‘pesó los montes con balanza y con pesas los collados’ (Isa. 40:12). Allí, por la manifestación de su gloria, Dios trató de impresionar a Israel con la santidad de su carácter y de sus exigencias, y con la excesiva culpabilidad de la desobediencia” (*La educación*, p. 35).

Durante los tiempos del Nuevo Testamento, Cristo también usó la naturaleza para impresionar y para enseñar. “Cristo vino para enseñar a los seres humanos lo que Dios quiere que sepan. Arriba en los cielos, abajo en la Tierra, en las anchas aguas del océano, vemos la obra de la mano de Dios. Todas las cosas creadas atestiguan su poder, sabiduría y amor” (*El ministerio de curación*, p. 327). “Agradaba a Cristo reunir el pueblo en torno suyo, al raso, en un verde collado, o a orillas del lago. Allí, rodeado de las obras de su propia creación, podía desviar los pensamientos de la gente de lo artificial a lo natural. En el crecimiento y desarrollo de la naturaleza se revelaban los principios de su reino” (*Ibíd.*, p. 34).

El poder en la creación de Dios

Recreación. La mayoría de nosotros sentimos la necesidad de apartarnos de nuestras rutinas diarias, para salir a la naturaleza. De algún modo, estar “en el campo” nos rejuvenece. Al leer la biografía de Elena y Jaime White, parece que uno de los problemas de Jaime era que él no sabía cuándo tomarse un descanso. Esto aparentemente lo condujo, al fin, a un quebrantamiento de su salud y tal vez lo llevó a una muerte más temprana de lo necesario. Elena de White ciertamente apreciaba el valor de salir para estar en contacto con la naturaleza de Dios.

“Es correcto que escojamos lugares como este bosquecillo para momentos de relajación y recreo... Debemos contemplar las bellezas de la naturaleza... Al contemplar estas obras de la naturaleza deberíamos permitir que la mente nos eleve, al Dios de la naturaleza; que sea elevada al Creador del universo, y entonces a adorar a quien hizo estas cosas hermosas para nuestro beneficio y felicidad” (*Testimonies for the Church*, t. 2, p. 589).

Trabajo. No podemos siempre tomar tiempo para la recreación y el juego, pero aun trabajar en la naturaleza puede ser beneficioso. Soy afortunado en que, aunque la mayor del año trabajo en una oficina o en una sala de clases, una parte de mi trabajo requiere que esté al aire libre, en el campo, por varias semanas. Aunque ese trabajo es, en cierto sentido agotador, también me doy cuenta de que de alguna manera me siento recargado por el sol y el aire fresco. Más allá del beneficio físico, me siento más cerca de Dios estando al aire libre; y esto parece recargarme espiritualmente también. Mi trabajo al aire libre es hacer excavaciones arqueológicas. No todos tienen la suerte suficiente para tener esa clase de trabajo. Sin embargo, obtengo los mismos beneficios básicos del trabajo en mi jardín. El trabajo en la naturaleza...

“...nos recordará continuamente a nuestro Creador y Redentor. El pensamiento de Dios correrá cual un hilo de oro a través de todas nuestras preocupaciones del hogar y nuestras labores. Para nosotros la gloria de su rostro descansará nuevamente sobre la faz de la naturaleza. Estaremos aprendiendo de continuo nuestras lecciones de verdades celestiales, y creciendo a la imagen de su pureza. Así seremos ‘enseñados de Jehová’; y cualquiera sea la suerte que nos toque, permaneceremos con Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 15).

Recuperación de la enfermedad. La recreación y el trabajo tienen, por supuesto, la intención de mantenernos con buena salud, para impedir que nos enfermemos. Sin embargo, si caemos enfermos, la naturaleza puede ayudarnos a recuperarnos más rápidamente.

“Hay muchas maneras de practicar el arte de sanar, pero hay una sola manera que el cielo aprueba. Los remedios de Dios son los simples agentes de la naturaleza, que no recargarán ni debilitarán el organismo por la fuerza de sus propiedades. El aire puro y el agua, el aseo y la debida alimentación, la pureza en la vida y una firme confianza en

Dios, son remedios por cuya falta millares están muriendo” (*Joyas de los testimonios*, t. 2, p. 142).

“Aunque el pecado haya echado sus sombras sobre la Tierra, Dios quiere que sus hijos encuentren deleite en las obras que hizo. Cuanto más estrictamente se conforme el hombre con el régimen del Creador, tanto más maravillosamente obrará Dios para restablecer la humanidad doliente. Es preciso colocar a los enfermos en íntimo contacto con la naturaleza. La vida al aire libre en un ambiente natural hará milagros en beneficio de muchos enfermos desvalidos y casi desahuciados” (*El ministerio de curación*, pp. 201, 202).

El poder sanador de Dios se hace sentir en toda la naturaleza. Si se corta un árbol, si un ser humano se lastima o se rompe un hueso, la naturaleza empieza inmediatamente a reparar el daño. Aun antes que exista la necesidad, están listos los elementos sanadores, y tan pronto como se lastima una parte, todas las energías se dedican a la obra de restauración. Lo mismo ocurre en el trino espiritual. Antes que el pecado creara la necesidad. Dios había provisto el remedio. Toda alma que cede a la tentación es herida por el adversario, pero dondequiera que haya pecado está el Salvador. Es obra de Cristo “sanar a los quebrantados de corazón” (*La educación*, p. 113).

CAPÍTULO 12 – EL SÁBADO Y LA REDENCIÓN EN LA CREACIÓN

¿Un nuevo papel para el sábado?

Los cristianos adventistas han descubierto muchas dimensiones del sábado. Inicialmente, el sábado fue dado a la humanidad no caída como un monumento de la creación. Sin embargo, ¿qué papel desempeñó el sábado después de la caída? En años recientes, especialmente en las décadas de 1970 y 1980, los adventistas realizaron importantes estudios con respecto a dos aspectos importantes de la vida de la persona convertida. Estas discusiones trataron de la enseñanza bíblica de la justificación y de la santificación. Aunque un análisis detallado de estos conceptos teológicos, profundos y críticos está fuera del alcance de este capítulo, desempeñan un papel importante en la nueva función que el sábado ha asumido desde la caída.

La justificación, por supuesto, tiene que ver con el sencillo hecho de que la muerte de Jesús ha pagado totalmente por nuestros pecados y nos ha hecho aptos para la salvación y nos ha provisto la misma. La santificación, descrita por Elena de White como la obra de toda la vida, trata con la generosa gracia impartida de su Espíritu Santo para morar dentro de cada uno de nosotros, transformándonos más y más a su imagen. Reconocemos que, aunque podemos hablar acerca de estos dos fenómenos separadamente, en la experiencia real del verdadero creyente son inseparables.

En un sentido, tanto la justificación como la santificación se encuentran en el sábado. Aunque el sábado fue originalmente un monumento recordatorio de la creación de Dios, veremos que ahora ha llegado a ser el símbolo de su re-creación. Esto es porque el sábado no sólo es una invitación a descansar de nuestras propias obras, sino también una invitación a entrar en la presencia de Dios mismo y experimentar tanto su gracia como su poder transformador. Es decir, las experiencias de la justificación y de la santificación alcanzan su clímax en la vida del creyente al participar de la experiencia del sábado. Esta idea puede ser fácilmente captada al repasar el propósito original del sábado.

El propósito original del sábado

De acuerdo con Génesis 1, Dios creó la Tierra en seis unidades de tiempo, seis días de 24 horas cada uno. Para conmemorar los resultados acumulados de esos seis días, Dios escogió elegir una unidad de tiempo adicional, un séptimo día, y lo puso aparte como un monumento recordativo de su actividad creadora. Leemos en Génesis 2:2, 3: “Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación”.

Como Richard Davidson señala en su libro *A Love Song for the Sabbath* [Un canto de amor por el sábado], Dios no construyó un templo físico complicado en algún lugar como monumento de su obra creada. Más que un palacio físico, Dios construyó un “palacio en el tiempo”.

¿Cómo se construye un “palacio en el tiempo”, y qué hace una persona allí? El texto describe tres pasos específicos que Dios dio para destacar la importancia del sábado. Primero, *repositó*, luego *bendijo* el séptimo día; y entonces hizo que el día fuera *santo*. Los adventistas en general están familiarizados con estos tres actos divinos, y se los cita como justificación para guardar el sábado. Estamos específicamente familiarizados con la idea del “descanso” sabático, ya que la mayoría de los adultos están más que contentos de participar en ese aspecto del reposo sabático, ¡por lo menos en el sentido físico!

Pero permanece la pregunta: ¿Qué es, exactamente, este “reposo”? Ciertamente incluye una cesación de nuestro trabajo semanal acostumbrado. Pero ¿es esto todo lo que esté involucrado en él? Un indicio de la naturaleza de este reposo se encuentra en el hecho de que Dios mismo inició este aspecto del mandamiento del sábado con su propio ejemplo. El texto dice que Dios “reposó”.

Esto plantea otra pregunta, más bien curiosa. ¿Cómo es que Dios, que “no desfallece, ni se fatiga con cansancio” (Isa. 40:28), reposa? La respuesta está dada en Éxodo 20:8-11, que sugiere que el descanso de Dios era para darnos un modelo a nosotros. Richard Davidson dirige nuestra atención a un punto interesante: que las palabras hebreas para “reposo” en Éxodo 20:11 y Éxodo 31:17 son diferentes, sugiriendo el intento del autor de dar una comprensión más amplia del reposo. En Éxodo 20:11, la palabra es *núaj*, que incluye la idea de tranquilidad, serenidad, paz y reposo. En Éxodo 31:17, sin embargo, la palabra es *nafash*, que sugiere la idea de tomar una nueva vida, respirar libremente, y ser refrescado. Combinadas, estas palabras para reposo sugieren mucho más que el descanso físico. Más bien, apuntan hacia el rejuvenecimiento y el refrescarse.

¿De qué manera obtenemos ese rejuvenecimiento y ese refrescarse? Viene por un compañerismo íntimo con Dios, al experimentar la presencia de Dios. La *presencia* de Dios en el sábado está establecida por el hecho de que Dios llama santo al sábado. La santidad se deriva de la presencia de Dios. Esto es evidente en numerosos ejemplos en la Escritura, tales como el informe de Moisés ante la zarza ardiente (Éxo. 3:1-6), y la erección del tabernáculo (Éxo. 25:8; 29:43).

“El sábado es santo porque Dios lo llena con su presencia. Por lo tanto, el sábado no es sencillamente un día, ¡sino una persona! En una forma especial, durante sus horas Dios no sólo da descanso y poder sino, y esto es lo más importante, se da a sí mismo. En el sábado él viene para habitar con nosotros en persona. Es el día de los días para un compañerismo íntimo y una celebración con nuestro Creador y Amigo. Al contemplar lo que Dios puso aparte para el hombre, ¿cómo no deberíamos exclamar: ‘El sábado es la casa del tesoro de Dios’? Es así, ¡porque el don contiene al Dador!” (Davidson).

Es importante darnos cuenta de que el sábado no llega a ser santo porque “guardamos”. Como nota el escritor judío Abraham Heschel: “Aun cuando los hombres abandonen el sábado, su santidad permanece”. Esto es porque el sábado es santo por cuanto *Dios* lo hizo así. La esencia de su santidad es la *presencia* de Dios.

La caída y la separación de la presencia de Dios

Esto plantea otra pregunta interesante: ¿Cómo afectó la caída relación del sábado que Dios deseaba tener con sus hijos? El profeta Isaías nos dice: “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isa. 59:2; ver también Éxo. 33:19, 20). Por causa de la barrera del pecado, Dios no pudo ya encontrarse con la humanidad cara a cara tanto en el Huerto de Edén como en el sábado. La santidad de Dios es un fuego consumidor para el pecado, haciendo imposible que podamos encontrarnos con Dios cara a cara. Precisamente en el momento en que la humanidad caída necesita más a Dios, se nos niega el acceso a él. Sin embargo, el sábado permaneció, y mediante la comunión espiritual la humanidad todavía puede experimentar la presencia de Dios.

El poder transformador de la presencia de Dios. Esta presencia no es sencillamente una proclamación abstracta. Cuando Dios está presente, las cosas ocurren a su alrededor; ¡ocurren transformaciones! En la presencia física del pecado, la santidad de Dios consume. En la presencia espiritual de un corazón contrito, el carácter es transformado. “Cuando el Espíritu de Dios se posesiona del corazón, transforma la vida... La bendición viene cuando por la fe el alma se entrega a Dios. Entonces ese poder que

ningún ojo humano puede ver, crea un nuevo ser a la imagen de Dios” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 144). Como explica Richard Davidson, “en una forma especial, durante esas horas Dios no sólo da descanso y poder sino que, y esto es lo más importante, se da a sí mismo”.

La singularidad de la presencia del sábado. Algunas personas podrían objetar la importancia de experimentar la presencia de Dios en el sábado. Después de todo, ¿no está Dios disponible y presente para cada creyente cada día? Algunos eruditos han dicho astutamente que el sábado es para nuestra relación con Dios lo que la intimidad física es para el matrimonio, y esto no es insignificante, ya que ambos fueron instituidos esa primera semana de la creación. Cuando una pareja está casada todo el tiempo, hay momentos especiales de intimidad que realzan su relación. De una manera similar, la presencia de Dios en el sábado es el punto saliente de nuestra relación con él durante la semana. Es el día que Dios mismo ha puesto aparte para tener un compañerismo especial con nosotros. Por eso no sirve cualquier día. Aunque en un sentido podemos experimentar la presencia de Dios todos los días. Dios mismo ha escogido ese día para ponerse a nuestra disposición en una relación especial. Dejar de asistir a esa cita nos priva de ese contacto especial con lo Divino.

La re-creación sabática: el resultado de estar en la presencia de Dios. La separación de Dios que trajo inicialmente el pecado a la raza humana, será revertida. Mientras en esta vida nuestros pecados nos impiden tener una comunión directa con nuestro Dios, llegará el tiempo cuando, mediante la gracia de Dios, esa separación ya no existirá más y otra vez podremos mirar a Dios al rostro y tener comunión con él directamente. El proceso que nos capacitará para esa gloriosa experiencia comienza, por la gracia de Dios, aquí y ahora, especialmente cuando experimentamos la presencia de Dios en el sábado, pero también mediante nuestra comunión diaria con él.

“Si retrajerés del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado” (Isa. 58:13, 14).

Cuando leemos este texto, demasiados de nosotros nos concentramos en apartarnos de nuestros propios placeres (o negocios) durante el sábado, y dejamos de captar la importancia de llamar al sábado “una delicia”. La palabra *oneg* puede realmente traducirse como “delicia exquisita”, una palabra que se usa en otras partes del Antiguo Testamento sólo en relación con gozar de los placeres de la realeza. Como nos recuerda Richard Davidson, el sábado es una invitación para entrar en el “palacio en el tiempo” de Dios para tener compañerismo con el Rey de reyes. En este día, nuestro rey “nos invita para tener comunión íntima, una cita de todo el día con el Rey. Ante tal perspectiva gloriosa, ¿quién consideraría una restricción nuestras actividades usuales?”

Esta presencia no es sólo importante para nosotros al realizar las tareas diarias de nuestra vida en la presencia de Dios. Será un factor decisivo en nuestras vidas y la vida de la iglesia al entrar en esos días previos al regreso del Señor, el tiempo de la lluvia tardía. “En ese tiempo, descenderá la ‘lluvia tardía’ o refrigerio de la presencia del Señor para dar poder a la voz fuerte del tercer ángel, y preparar a los santos para que puedan subsistir” (*Primeros escritos*, p. 86). El hecho de que Dios ha establecido varias oportunidades para el compañerismo con nosotros subraya cuán importante debe ser esta comunión para nuestra restauración. Sólo pasando tiempo con Dios podemos ser transformados, “re-creados”, hasta ser las criaturas apropiadas para la ciudadanía de los cielos.

El sábado, la creación y la segunda venida

Satanás, por supuesto, está decidido a hacer cualquier cosa que perturbe nuestro compañerismo con nuestro Creador y Redentor. En nuestra época actual, uno de los medios más efectivos ha sido el de arrojar dudas, no sólo acerca de la declaración de Dios de que es nuestro Creador, sino aun de que Dios exista. Esto lo ha hecho en una forma muy efectiva mediante la proclamación de la teoría de la evolución. No asombra, entonces, que en el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14, el mundo reciba un mensaje especial: “Temed a Dios y dadle gloria” y “Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”. Que este mensaje es especialmente para nuestro tiempo surge claramente del texto mismo: “Porque la hora de su juicio ha llegado” (v. 7). Los adventistas del séptimo día han entendido que esta “hora del juicio” es una referencia al juicio investigador que precede a la segunda venida de Cristo y que comenzó el 22 de octubre de 1844, mencionado en Daniel 8:14 como la purificación del santuario. Aparentemente, cuando Dios le pidió a Juan que escribiera esta profecía, él sabía que sería especialmente importante recordar al mundo, precisamente antes de su segunda venida, que debían adorar al Creador. Muchos eruditos adventistas han hallado que es más que una coincidencia que en el momento exacto cuando debía proclamarse la advertencia del primer ángel al mundo, Darwin completó la revisión de su obra acerca de *El origen de las especies*. Esta obra ofreció al mundo una explicación alternativa del origen de la vida (ver *El conflicto de los siglos*, pp. 488-491).

El desafío que hace el evolucionismo a la misma existencia de Dios como Creador también demuestra por qué el sábado juega un papel tan importante al acercarnos al fin del tiempo. El evolucionismo aparta a la humanidad de la única Fuente de donde puede venir la salvación. La firmeza de que goza el evolucionismo en el pensamiento de la gente fue facilitada por una tendencia histórica, mediante la cual la gente se ha permitido, gradualmente, apartarse de su Creador. Pablo sugiere que el eterno poder de Dios y su divina naturaleza pueden de algún modo discernirse en lo que Dios ha hecho y existe alrededor de nosotros. Pablo sugiere además que aunque la gente conoció a Dios, deliberadamente se apartó de él. En resumen, no querían pasar tiempo con Dios, ni quisieron ser semejantes a él. Creciendo separados de Dios, prefirieron seguir sus propios placeres pervertidos. Sólo pasando tiempo con Dios podemos llegar a conocerlo y ser como él (2 Cor. 3:18).

El sábado tenía la intención de proporcionarnos algo de ese tiempo crítico. Desafortunadamente, la humanidad en general abandonó el sábado. De acuerdo con Elena de White, “si el sábado se hubiese observado universalmente, los pensamientos e inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacia el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría habido un ídólatra, un ateo o un incrédulo” (*El conflicto de los siglos*, p. 491). Sin embargo, el abandono del sábado hizo más fácil que la humanidad se olvidara de su Creador, y permitió que la teoría atea de la evolución se arraigara en el pensamiento de nuestra época actual. Una vez que Satanás arroja dudas sobre la idea de que Dios es nuestro Creador, y más todavía, sobre la cuestión de si Dios realmente existe, entonces se destruye la conexión esencial que todos necesitamos con Dios que el sábado y la adoración diaria proporcionan, y entonces quedamos solos en nuestro estado pecaminoso sin esperanza, exactamente donde Satanás quiere que estemos.

Con la amplia aceptación del evolucionismo, Satanás ha obtenido una ventaja especial para sí mismo en sus intentos por quebrar la conexión de la humanidad con Dios. Desafortunadamente, esto puede incluir la investigación científica si se la realiza de una manera puramente secular que no reconoce la posible existencia del Creador.

“Para muchos, las investigaciones científicas se han vuelto maldición...”

“Son muchos los que dan por hechos científicos lo que no pasa de ser meras teorías y elucubraciones, y piensan que la Palabra de Dios debe ser probada por las enseñanzas de ‘la falsamente llamada ciencia’ (1 Tim. 6:20). El Creador y sus obras les resultan incomprensibles; y como no pueden explicarlos por las leyes naturales, consideran la historia bíblica como si no mereciese fe. Los que dudan de la verdad de las narraciones del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, dan a menudo un paso más y dudan de la existencia de Dios y atribuyen poder infinito a la naturaleza. Habiendo perdido su ancla, son arrastrados hacia las rocas de la incredulidad” (*El conflicto de los siglos*, pp. 576, 577).

Personalmente, encuentro fascinante que dos instituciones que fueron establecidas sobre la Tierra antes de la caída sean el matrimonio y el sábado. Cada uno tiene que ver con relaciones y su importancia. El matrimonio representa lo máximo en las relaciones “horizontales” o de persona a persona. El sábado representa la culminación de las relaciones “verticales”, o sea, Creador-criatura. Cada una de estas relaciones depende de la lealtad, la fidelidad y el amor. Además, estas relaciones sólo pueden ser nutridas, crecer, sobrevivir y progresar cuando los que están involucrados en ellas pasan tiempo juntos.

¿Quién puede imaginar un matrimonio feliz y de éxito cuando los cónyuges nunca se encuentran el uno con el otro? Lo mismo es cierto de nuestra relación con Dios. Y, por supuesto, en cualquier buena relación matrimonial hay momentos especiales de acercamiento e intimidad. El sábado proporciona esta intimidad espiritual especial. Es el momento especial que Dios ha puesto aparte para estar con nosotros en una forma espiritual, especial. Es cierto, yo soy un cristiano los otros seis días de la semana, pero el sábado está puesto aparte para destacar mi relación con mi Creador/Redentor. De este lado de la segunda venida, esta relación es crítica para mi supervivencia. Sin embargo, esta relación no se detendrá una vez que Cristo regrese y el gran conflicto haya terminado. De acuerdo con Isaías 66:22-24, el sábado continuará siendo observado en el cielo nuevo y la tierra nueva. “Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová”.

“Puesto que el sábado es una institución recordativa del poder creador, es, entre todos los días, aquel en que deberíamos familiarizarnos especialmente con Dios por medio de sus obras. En la mente de los niños, el solo pensamiento del sábado debería estar ligado al de la belleza de las cosas naturales. Feliz la familia que puede ir al lugar de culto el sábado como Jesús y sus discípulos iban a la sinagoga, a través de campos y bosques, o a lo largo de la costa del lago. Felices los padres... que pueden reunirse bajo los árboles verdes, al aire fresco y puro, para estudiar la Palabra y cantar alabanzas al Padre celestial” (*La educación*, p. 251).

En la tierra nueva la relación ya no será una relación espiritual “distante”:

“El pueblo de Dios tiene el privilegio de tener comunión directa con el Padre y el Hijo. ‘Ahora vemos oscuramente, como por medio de un espejo’ (1 Cor. 13:12, Versión Moderna). Vemos la imagen de Dios reflejada como en un espejo en las obras de la naturaleza y en su modo de obrar para con los hombres; pero entonces le veremos cara a cara sin velo que nos lo oculte. Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro” (*El conflicto de los siglos*, p. 735).

CAPÍTULO 13 – LA RE-CREACIÓN DE DIOS: LA TIERRA HECHA NUEVA

La importancia de esperar un cielo nuevo y una tierra nueva

La mayor parte de este libro se ocupó de la creación *original* de esta Tierra. Aunque reconocemos la importancia de reconocer a Dios como nuestro Creador, es importante recordar que la Tierra ahora está afectada por el pecado, y que el planeta ya no refleja la creación original. Por tanto, se nos plantea el desafío de esperar una nueva creación.

Hay quienes no desean hablar acerca del cielo y la tierra nuevos por diversas razones. Algunos, influenciados por la era científica en la que vivimos, pueden albergar dudas secretas acerca de la realidad de la existencia futura de la que habla la Biblia. Otros sugieren que no es sabio pensar demasiado acerca del cielo y la tierra nuevos, ya que posiblemente no podamos comprenderlos. Todavía otros pueden creer que hablar de tales cosas es revelar motivos falsos para ser cristianos: de que estamos sólo interesados en lo que podemos obtener del cristianismo.

A pesar de esto, todas las indicaciones de la Biblia parecen sugerir que Dios está bastante ansioso por compartir el gozo de nuestra vida futura con él (por ejemplo, Mat. 5:12; 1 Cor. 3:14; Apoc. 22:17).

“Jesús viene para presentar las ventajas y la hermosura de las cosas celestiales, para que las atracciones del cielo se hagan familiares a los pensamientos, y que los recintos de la memoria se adornen con los cuadros de la hermosura celestial y eterna...”

“El gran Maestro da al hombre una visión del mundo futuro. Lo presenta con sus atractivas posesiones a la contemplación humana... Si puede fijar la mente en la vida futura y sus bendiciones, en comparación con las preocupaciones temporales de este mundo, el notable contraste causa una profunda impresión” (*Nuestra elevada vocación*, p. 288).

Dios espera que la promesa de gozos futuros nos ayude a alejarnos del mundo de pecado que ahora habitamos.

Jesús y los escritores del Nuevo Testamento pasaron bastante tiempo hablando acerca de la tierra nueva: es claro que esperaban que esto animara a quienes sufrían en esta vida (ver por ejemplo, 1 Cor. 3:14; 2 Cor. 4:17; Mat. 5:12; Apoc. 21:1-7, 10-21; 22:1-3, 17). Precisamente antes de la crucifixión, Jesús consoló a sus discípulos recordándoles lo que en última instancia estaba guardado para ellos. “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3). Jesús animó a sus discípulos dándoles un cuadro muy tangible de la recompensa celestial que aguarda a los fieles.

Además, como escribió Elena de White: “El temor de hacer aparecer la futura herencia de los santos demasiado material ha inducido a muchos a espiritualizar aquellas verdades que nos hacen considerar la Tierra como nuestra morada” (*El conflicto de los siglos*, p. 733). Estas declaraciones me recuerdan un comentario de C. S. Lewis:

“Si consideramos las desvergonzadas promesas de recompensa y la naturaleza asombrosa de las recompensas prometidas en el evangelio, parecería que nuestro Señor encuentra que nuestros deseos no son demasiado fuertes, sino débiles. Somos criaturas indiferentes, chacoteando con la bebida, el sexo y la ambición, cuando se nos ofrece gozo infinito; como un niño ignorante que quiere seguir jugando con el barro en un barrio pobre porque no puede imaginarse lo que significa la oferta de una vacación a orillas del mar. Nos sentimos satisfechos demasiado fácilmente”.

Con respecto a la idea de que el cielo está más allá de la posibilidad de imaginarlo, es cierto que es imposible para la mente humana finita comprender los cielos nuevos y la tierra nueva. Elena de White, a quien se le revelaron en visión las glorias del cielo, escribió: “El lenguaje humano no alcanza a describir la recompensa de los justos. Sólo la conocerán quienes la contemplan. Ninguna inteligencia limitada puede comprender la gloria del paraíso de Dios” (*El conflicto de los siglos*, p. 733). En otra parte ella escribió:

“Las palabras son demasiado pobres para intentar una descripción del cielo. Siempre que se vuelve a presentar ante mi vista, el espectáculo me anonada de admiración. Arrobada por el insuperable esplendor y la excelsa gloria, dejo caer la pluma exclamando: ‘¡Oh! ¡Qué amor, qué maravilloso amor!’ El lenguaje más exaltado no bastaría para describir la gloria del cielo ni las incomparables profundidades del amor del Salvador” (*Primeros escritos*, p. 289).

Es interesante que, aun cuando el cielo y la tierra nuevos son indescriptibles, ¡tanto las Escrituras como el espíritu de profecía intentan describirlo! En las secciones siguientes repasaremos brevemente cómo se describen las glorias futuras.

Imágenes de los cielos y la tierra nuevos

La Biblia deja bien en claro que, inmediatamente después de la segunda venida, los redimidos acompañarán a Cristo y a los ángeles al cielo, donde los santos vivirán por mil años. En realidad, tenemos muy pocas descripciones inspiradas del cielo mismo. Más bien, el centro de atención son las habitaciones de los redimidos. Aparentemente, viven con Cristo en la Nueva Jerusalén en el cielo hasta que los mil años hayan pasado. Entonces, la Santa Ciudad con sus habitantes descienden a la Tierra, donde pasarán el resto de la eternidad (ver Apoc 21:1, 2, 10-14).

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones” (Apoc. 22:1, 2).

Las imágenes verbales provistas por la Biblia de lo que Dios tiene reservado para nosotros es deslumbrante. ¡Elena de White amplía este cuadro aún más!

“Allí las corrientes claras como el cristal fluyen eternamente, y en sus márgenes los árboles se mecen y proyectan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas, el pueblo de Dios, por tanto tiempo peregrino y errante, encontrará un hogar” (*El conflicto de los siglos*, p. 734).

La naturaleza en la tierra nueva

Las Escrituras nos dan algunos cuadros muy vívidos de un nuevo orden en la naturaleza de la Tierra nueva, bastante diferente del actual. Ya no se oirán el llanto y el clamor. La vida ya no sufrirá más amenazas. “No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte” (Isa. 65:25b). Apocalipsis 21:4 nos informa que “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron”.

Elena de White amplía estas ideas. Ella escribe: “El dolor no puede existir en el ambiente del cielo. Allí no habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni manifestaciones de duelo. ‘Y la muerte no será más; ni habrá más gemido, ni clamor, ni dolor; porque las cosas de antes han pasado ya’. ‘No dirá más el habitante: Estoy enfermo’” (*El conflicto de los siglos*, p. 734).

Esta situación se aplica no sólo a la humanidad sino también al mundo animal. Las descripciones del profeta Isaías de la suerte de los redimidos claramente muestra el cambio del orden actual: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora” (Isa. 11:6-8).

“No habrá nada que dañe ni destruya ‘en todo mi santo monte, dijo Jehová’ (Isa. 65:25). Allí el hombre recobrará su perdida dignidad real y los seres inferiores reconocerán su supremacía, los fieros se tornarán mansos y los tímidos, confiados” (*La educación*, p. 304).

Más aún, el profeta Oseas incluye los animales en un pacto de paz: “En aquel tiempo haré para ti pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con las serpientes de la tierra... y te haré dormir segura. Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová” (Ose 2:18-20).

La muerte es una parte tan integral de nuestro mundo actual caído que es casi imposible para muchos hombres de ciencia imaginarse cómo será cuando no sea parte de la vida. Sin embargo, eso es lo que enseña la Biblia. Como vimos antes en el capítulo 8, el Dr. Jacques B. Doukhan aclara que la muerte nunca fue visualizada como parte del orden mundial en la creación original. Sin intentar dar una explicación científica de cómo serán posibles estas cosas (comprensión o explicación que probablemente estén fuera del alcance humano), en las Escrituras se nos dan indicios de que las cosas serán diferentes en la tierra nueva.

Al esforzarnos por responder a las preguntas igualmente desalentadoras acerca de la naturaleza del cuerpo después de la resurrección, Pablo contestó, en esencia, que hay diferentes clases de carne, diferentes clases de existencia, por así decirlo. Sin intentar ninguna clase de explicación científica (ciertamente una que no satisfaría a nuestros hombres de ciencia modernos), Pablo meramente dice: “He aquí, os digo un misterio”. Después de describir la resurrección, Pablo sigue diciendo que al sonido de la trompeta final, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos se levantarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. “Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Cor. 15:51-54). Pablo describe claramente un orden diferente de existencia, un ecosistema diferente, una biología distinta, algo bastante ajeno a cómo opera la naturaleza ahora. Como dice Pablo, es un misterio, pero esto perecedero se volverá imperecedero, y lo mortal, inmortal, y no habrá más muerte.

Además de las breves descripciones provistas por Isaías 65 y Apocalipsis 21 y 22, Elena de White proporciona algunos hermosos indicios de cómo serán los cielos y la tierra nuevos.

“De allí fuimos a un bosque, no sombrío como los de la Tierra actual, sino esplendente y glorioso en todo. Las ramas de los árboles se mecían de uno a otro lado, y exclamamos todos: ‘Moraremos seguros en el desierto y dormiremos en los bosques’. Atravesamos los bosques en camino hacia el monte Sión.

“Vi otro campo lleno de toda clase de flores, y al cortarlas, exclamé: ‘No se marchitarán’. Después vi un campo de alta hierba, cuyo hermosísimo aspecto causaba admiración. Era de color verde vivo, y tenía reflejos de plata y oro al ondular gallardamente para gloria del Rey Jesús.

“El monte de Sión estaba delante de nosotros, y sobre el monte había un hermoso templo. Lo rodeaban otros siete montes donde crecían rosas y lirios. Los pequeñuelos trepaban por los montes o, si lo preferían, usaban sus alitas para volar hasta la cumbre de ellos y recoger inmarcesibles flores. Toda clase de árboles hermoseaban los alrededores del templo: el boj, el pino, el abeto, el olivo, el mirto, el granado y la higuera doblegada bajo el peso de sus maduros higos, todos embellecían aquel paraje” (*Primeros escritos*, pp. 18, 19).

La vida en la tierra nueva

Malaquías afirma que los redimidos volverán a tener el vigor de un “becerro de la manada” (Mal. 4:2). Elena de White amplía esto notando: “Reintegrados en su derecho al árbol de la vida, en el desde tanto tiempo perdido Edén, los redimidos crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de la raza humana en su gloria primitiva” (*El conflicto de los siglos*, p. 703). “Si Adán, cuando fue creado no hubiese sido dotado con veinte veces la fuerza vital que los hombres tienen hoy, la raza, con sus hábitos actuales de vida que violan la ley natural, se habría extinguido” (*Fundamentals of Christian Education*, p. 23). “Nadie necesitará ni deseará descanso. No habrá quien se canse haciendo la voluntad de Dios ni ofreciendo alabanzas a su nombre. Sentiremos siempre la frescura de la mañana, que nunca se agostará” (*El conflicto de los siglos*, p. 735).

Nuestros amados fallecidos volverán a la vida

Uno de los gozos más grandes que cada uno de nosotros espera es la resurrección de nuestros amados fallecidos. A menudo hablamos acerca de este concepto en lo abstracto, pero, ¿se han preguntado alguna vez cómo será eso, cuál será su aspecto? ¿Los reconoceremos? Hay varias indicaciones en las Escrituras que sugieren que reconoceremos a nuestros familiares y amigos. Aunque algunos no reconocerán inicialmente a Jesús por causa del choque de ver a quien había muerto que vuelve a la vida, en última instancia, los amigos de Jesús lo reconocerán. María reconoció la voz de Jesús (Juan 20:11-16); Tomás, su apariencia física (Juan 20:27, 28); y los discípulos de Emaús reconocieron los gestos de Jesús (Luc. 24:30, 31, 35). En realidad, la esperanza básica que en Cristo es el deseo de gozar la vida eterna con él y con nuestros amados.

“La resurrección de Cristo fue una figura de la resurrección final de todos los que duermen en él. El semblante del Salvador resucitado, sus modales y su habla eran familiares para sus discípulos. Así como Jesús resucitó de los muertos, han de resucitar los que duermen en él. Conoceremos a nuestros amigos como los discípulos conocieron a Jesús. Pueden haber estado deformados, enfermos o desfigurados en esta vida mortal, y levantarse con perfecta salud y simetría; sin embargo, en el cuerpo glorificado su identidad será perfectamente conservada” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 744).

Las familias en la tierra nueva

Estamos familiarizados con las palabras de Jesús de que en la vida futura el matrimonio tal como lo hemos conocido no continuará (Mal. 22:23-30). Sin embargo, hay mucho que no sabemos. Durante los primeros días de la Iglesia Adventista, algunos estaban tan preocupados con este problema que Elena de White se vio en la necesidad de escribir: “Los que trabajan para Dios no deben perder tiempo especulando acerca de qué condiciones imperarán en la nueva Tierra. Es una presunción entregarnos a suposiciones y teorías referentes a asuntos que el Señor no reveló. Él hizo toda provisión para nuestra felicidad en la vida futura” (*Obreros evangélicos*, p. 329).

Al mismo tiempo, ella escribe este emocionante pasaje: “Cuando los niñitos salen inmortalizados de sus lechos polvorientos, inmediatamente vuelan hacia los brazos de sus madres. Se reúnen para nunca más separarse” (*Mensajes selectos*, t 2, p. 297).

“Amigos, a quienes la muerte tenía separados desde largo tiempo, se reúnen para no separarse más, y con cantos de alegría suben juntos a la ciudad de Dios” (*El conflicto de los siglos*, p. 703).

En última instancia, sabemos que en la tierra nueva los redimidos no serán privados de ningún bien, porque Dios ha prometido que “no quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11). En la presencia de Dios experimentaremos la plenitud de gozo, y sabemos que hay “delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:11).

Las actividades en la tierra nueva

Encontrarnos con los amados que partieron es probablemente lo que más ansiamos (por lo menos los adultos). Sin embargo, después de habernos reunido con nuestros amados, ¿qué haremos? He escuchado a algunas personas que expresaban poco interés en el cielo, porque creían que lo único que hará la gente es estar sentada sobre alguna nube tocando el arpa. Eso puede ser una actividad para alguna tarde, pero para toda una eternidad no suena muy atractivo. Sin embargo, ni la Biblia ni Elena de White limitan la eternidad de ese modo. En los escritos inspirados por el espíritu de profecía leemos que habrá numerosas actividades que ocuparán nuestro tiempo: adoración, música, investigación, conversaciones, construcción, compañerismo... por mencionar sólo algunas de ellas.

Vivir en hogares con la familia. Isaías 66 proporciona un cuadro idílico de vida rural en hogares no muy diferentes del ideal que muchos de nosotros tenemos en esta vida actual. “Edificarán casas y habitarán en ellas”. Basada en lo que ella vio en visión, Elena de White amplía estas imágenes:

“Comenzamos entonces a mirar las espléndidas afueras de la ciudad. Allí vi bellísimas casas que parecían de plata, sostenidas por cuatro columnas engastadas de preciosas perlas muy admirables a la vista. Estaban destinadas a ser residencias de los santos. En cada una había un anaquel de oro. Vi a muchos santos que entraban en las casas y, quitándose las resplandecientes coronas, las colocaban sobre el anaquel” (*Primeros escritos*, p. 18).

La adoración y el compañerismo sabático. Parece que la adoración en sábado continuará, y que el pueblo de Dios se reunirá regularmente para tener compañerismo. “Y de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová” (Isa. 66:23).

“Vi después un gran número de ángeles que traían de la ciudad brillantes coronas, una para cada santo, cuyo nombre estaba inscrito en ella. A medida que Jesús pedía las coronas, los ángeles se las presentaban y con su propia diestra el amable Jesús las ponía en la cabeza de los santos. Asimismo los ángeles trajeron arpas y Jesús las presentó a los santos. Los caudillos de los ángeles preludiaban la nota del cántico que era luego entonado por todas las voces en agradecida y dichosa alabanza” (*Primeros escritos*, p. 288).

La exploración del universo. Mas allá de construir y mantener nuestras casas y vivir como familias, habrá una infinita variedad de ocupaciones intelectuales y estéticas. “En la Tierra renovada, los redimidos participarán en las ocupaciones y los placeres que daban felicidad a Adán y Eva en el principio. Se vivirá la existencia del Edén, en huertos y campos” (*Profetas y reyes*, p. 540). El universo entero estará abierto a que lo investiguemos. “Todos los tesoros del universo se ofrecerán al estudio de los redimidos. Libres de las cadenas de la mortalidad, se lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos

mundos” (*El conflicto de los siglos*, p. 736). “La multitud de los redimidos viajará de un mundo a otro mundo, y mucho de su tiempo será empleado en escudriñar los misterios de la redención” (“Comentarios de Elena G. de White”, *Comentario bíblico adventista*, t. 7, p. 1001).

Amentaremos nuestra comprensión. Por supuesto, los viajes sin limitaciones y la oportunidad de encontrarnos con seres a través de todo el universo, para conversar y aprender de ellos, expandirá grandemente nuestra comprensión de la creación y del amor de Dios. “A medida que vayan aprendiendo más y más de la sabiduría, el amor y el poder de Dios, su mente se irá ampliando constantemente y su gozo aumentará de continuo” (*Joyas de los testimonios*, t. 2, p. 307). “Entonces se abrirá ante su vista [la del estudiante de los cielos] el desarrollo del gran conflicto que se originó antes que empezara el tiempo y que no acabará hasta que termine” (*La educación*, p. 304).

En la tierra nueva, todas las cosas que nos han preocupado aquí, incluyendo todas nuestras preguntas acerca de cómo Dios creó el universo, serán contestadas de una vez para siempre.

“Entonces serán aclaradas todas las perplejidades de la vida. Donde a nosotros nos pareció ver sólo confusión y desilusión, propósitos quebrantados y planes desbaratados, se verá un propósito grandioso, dominante, victorioso, y una armonía divina” (*La educación*, p. 305).

¡Qué momento maravilloso será cuando toda la creación haya sido re-creada, y podamos pasar la eternidad con nuestro Salvador, siempre aprendiendo más y más de Dios y de su creación!